



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA



PLAZA DE TOROS DE MADRID 1901 DOMINGO DE PASCUA 1941

1901	7-IV Veragua	Algabaño-Bombita-Lagartijo Chico.
1902	30-III Veragua	Conejito-Bombita-Saleri I.
1903	12-IV Biencinto (1 Palha)	Mazzantini-Fuentes-Lagartijo Chico.
1904	3-IV Palha (8)	Bonafillo-Litri-Villita-Guerrero.
1905	23-IV V. Martínez	Lagartijo Chico-Mazzantini.
1906	15-IV Benjumea	Bombita-Machaquito-Regatería.
1907	11-IV Veragua	Algabaño-Machaquito.
1908	19-IV Aleas	Quinito-Conejito-Relampaguito.
1909	11-IV Trespacios	V. Pastor-Manolete-Gaona.
1910	27-III Tabernero (1 Baza)	V. Pastor-Pepete-Gordito.
1911	18-IV Olea	V. Pastor-Regatería-Manolete.
1912	7-IV Murube y S. Coloma (8)	Fuentes-V. Pastor-Manolete-Gaona.
1913	23-III Bañuelos (8)	Cocherito-Manolete-Malla-Gallo.
1914	12-IV Olea (8)	Cocherito-M. Bombita-P. Madrid-U. Posada.
1915	4-IV Aleas	V. Pastor-Cocherito-Algabaño II.
1916	23-IV Aleas	Martín Vázquez-Malla-Celita.
1917	8-IV Lama (8)	Gallo-Cocherito-Peribáñez-Silveste.
1918	21-III Benjumea	Josefita-Saleri II-Camará.
1919	20-IV Benjumea	Gaona-Saleri II-Fortuna.
1920	4-IV Molina	P. Madrid-Saleri II-Camará.
1921	27-III M. Santamaría	Freg-Algabaño II-Nacional.
1922	16-IV Villalón	Fortuna-Valencia II-Nacional II.
1923	1-IV NOVILLOF	...
1924	20-IV Sotomayor	Dominguín-La Rosa-Márquez.
1925	12-IV Molina	Larita-Barajas-Fuentes-Bejarano.
1926	4-IV Sotomayor	Valencia I.F. Bejarano-A. Posada.
1927	17-IV Sotomayor	Saleri II-Armillita (J.)-Belmonte III.
1928	8-IV Molina	Freg-Lalanda (P.)-Mendoza (J.).
1929	31-III Sotomayor (1 Soler)	Fortuna-Lalanda (P.)-Palmeño.
1930	20-IV B. Quirós (1 Aleas)	M. Rodríguez-H. García-Maera II.
1931	5-IV Miura	Posada-Niño de la Palma-Armillita.
1932	27-III E. Hernández	Posada-M. Rodríguez-Torón.
1933	10-IV Clastrac (8)	F. Bejarano-N. Palma-Amorós-Carriero M.
1934	1-IV P. la Concha	Fortuna-N. Palma-L. Morales.
1935	21-IV Ang. Sánchez (8)	Solórzano-Bienvenida-Estudiente (Simón).
1936	19-IV Pallarés (8)	Valencia II-Amorós-P. Gallardo-R. Torres.
1937	28-III
1938	17-IV
1939	9-IV
1940	24-III J. Cobaleda	Estudiante-E. Domínguez-Madrile-Alto.
1941	13-IV At. Fernández (2 Cifeco)	Villalta-Gitanillo-C. Caro.



ANTONIO BIENVENIDA ANTE "SI"

18 de septiembre de 1941 — 5 de abril de 1942
"¿QUE TE PROPONES HACER ESTA TARDE?"

Faltan unas horas para que Antonio Bienvenida—figura eminentemente popular en el ámbito taurino—confirme ante la afición madrileña su singular triunfo en la tarde memorable del 18 de septiembre. De entonces acá no ha existido una mayor actualidad taurina. Las circunstancias que rodean el acto emocional de su alternativa—toros de Miura, en un "mano a mano" con su hermano-padrino—hacen de este torero motivo de especial interés público. Y deseosos de saciar la curiosidad de todos, hemos dirigido a Antonio Bienvenida, por escrito, una lacónica pregunta, a la que el simpático artista—vibración de una estirpe siempre en alto—nos ha contestado amablemente con las adjuntas cuartillas:

"¿Qué me propongo hacer esta tarde? ¿Antes de la corrida, en la plaza o después de los toros? Porque esta tarde es para mí tan larga y tan trascendente... Procuraré satisfacer los deseos de SI contestando a mi manera a estos tres supuestos.

Antes de la corrida..., pues disimular el sufrimiento... Nada más que eso. Y disimularlo como es corriente en estos casos, en los que el público desconoce, por lo general, las intimidades del torero, pronto a jugarse la vida. Y es... "escuchando" sin atención a todo el que me hable; adelantando la hora de mi reloj de pulsera; quitándome de la muñeca y volviendo a sujetarlo; intentando recontar inútilmente las hojas del árbol que cae frente a mi balcón; sonriéndome cada vez que me anuncian que no hace un soplo de aire; llamando a mi mozo de espadas sin saber para qué lo necesito; soñando despierto y embelesándome con el sueño; figurándome que mis seres más queridos están muy lejos, muy lejos, para darme la satisfacción una y otra vez de atraerlos a mi lado con un halago pueril; convenciendo a mi padre de que no tiene motivo alguno para andar preocupado; acudiendo al teléfono a cada llamada, a sabiendas de que alguien, antes que yo, llegará a alcanzar el auricular; haciendo flexiones inverosímiles con mis músculos, como si temiera que alguno iba a estallar; variando porque sí los pequeños objetos depositados sobre mi mesilla de noche, etc., etc. Y..., después, a vestirme de torero.

¿En la plaza...? ¿Qué me propongo hacer en la plaza? Eso es otro cantar. De lo que me proponga a lo que pueda realizar media la misma distancia que del dicho al hecho, que de la ilusión a la desesperanza. Pero como SI me pregunta taxativamente "¿Qué es lo que me propongo hacer?", diré, pública y lealmente, que mi pensamiento alienta sólo al calor de una sola idea: pagar al público de Madrid todo lo mucho que le debo. Y ya que se me presenta la ocasión—en esta hora de tan profunda responsabilidad—de hablar de mí y de mi alternativa, diré que en esta decisión propia, tan variadamente comentada por todos, no me ha guiado ni jactancia, ni presumimiento, ni propósito de desorbitar... ¡Libreme Dios! Sólo ansias de corresponder, de demostrar mi gratitud a todos. Y aquí estoy, ajeno a todo interés que no sea colmar la medida expectante despertada alrededor de mi última actuación. Lo que sea tronará... ¿Cómo iba yo a replicar a esta misma pregunta en la tarde del 18 de septiembre? Pues algo parecido me ocurre hoy. Pero hoy, como ayer, mi escaso arte y mi excesiva voluntad, por entero al servicio del público de Madrid. ¿Qué otro mejor propósito?

Y después de los toros..., si hay suerte, asistir embelesado al espectáculo que de niño presencié siempre que mi hermano Manolo, que me falta, lograba un éxito, o cuando mi hermano Pepe, que me viva mucho, regresaba victorioso de la plaza grande, para reunirme luego con mis padres y mis hermanos en una comida única, en la que no faltaría ni una satisfacción, ni un regalo. Y si no hay suerte, pasaré lo que reste de la tarde esperando la noche, que, inevitable e inmutablemente, trae detrás al nuevo día..., si es que Dios nos deja llegar."

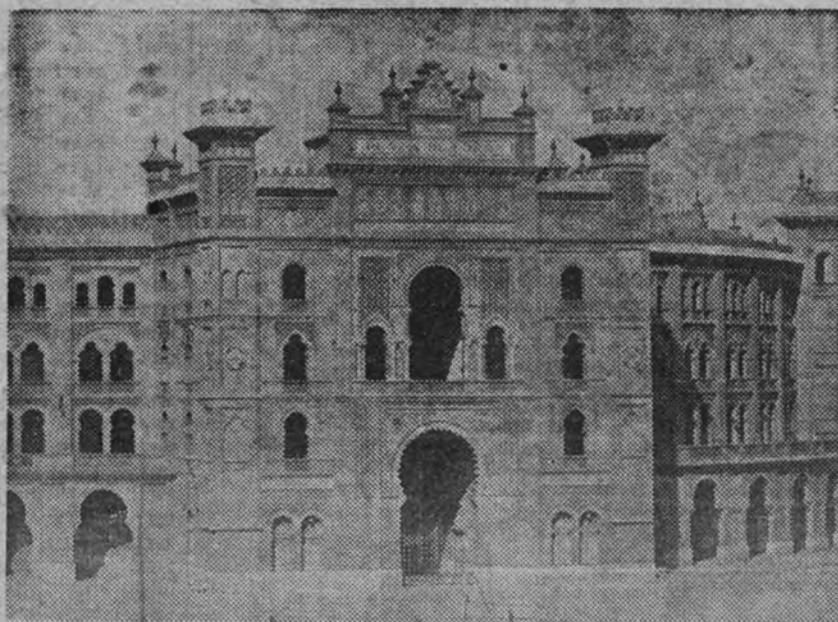
Año I - Madrid, 5 de abril de 1942 - Núm. 14



TOROS

Portada de Roberto Domingo.
Afirmaciones sobre los toros, por Giménez Caballero; con un dibujo de Tola; página 3.
SOBRE EL TORO DE LIDIA
I. Abolengo del toro bravo, por G. Co-rochano; página 5.
II. El mapa ganadero español, por "Clarito"; con mapas de L. Reiz; páginas 7 y 8.
Feria celeste, por R. Capdevila; dibujo de Escassi.
III. Técnica de la cría, por Luis Fernández Salcedo; con dibujos de L. Reiz y Alberto Rivas; página 9.
IV. La suerte de varas, por Félix Moreno Ardanuy; página 10.
V. De ayer a hoy, por "Relance"; con un dibujo de Serny; página 11.
Fiesta Nacional (Rojo y negro), por Manuel Machado; página 12.
Escalafón de espadas en activo; página 13.
VI. El toro en la economía nacional, por Antonio García Romero; página 14; y
VII. Política de criadores, por Manuel G. Aleas; página 17.
Unas opiniones sobre la Fiesta Nacional, por "Juan León"; con cuatro retratos por Segura; página 19.
Sangre y luces, por José Peire; con dibujos de Gabriel y Rivas.
EL RESPETABLE PÚBLICO; páginas 22 y 23.
Galería ganadera de honor; página 24.

La primera Plaza de Toros del Mundo



Es la Monumental de Madrid crisol, yunque y filtro donde se moldean, forjan y depuran los valores taurinos. Sin el marchamo de esta plaza—la de máxima categoría en el Universo taurí-maco—no hay prestigio sólido ni gloria completa.

Su soberbia fábrica, de magnífica belleza arquitectónica, es propiedad de la Excm. Diputación Provincial de Madrid, y lleva su explotación con singular acierto la Empresa PLAZA DE TOROS DE MADRID, S. A.

Una nueva ganadería de gran porvenir:

VICTOR Y MARIN,
de FERNAN-CABALLERO
(Ciudad Real)



(Divisa negra y roja)

La afición y el entusiasmo de dos prestigiosos labradores, D. Eloy Victor y D. Alberto Marin, lograron, en 1933, fundar en el corazón de La Mancha esta ganadería, a la que sirvieron de base un magnífico semental y vacas de Clairac.

Española y bárbaramente sacrificada por la vesania roja la incipiente ganadería, que ya gozaba de gran crédito en la región, al terminar la Cruzada, los señores Victor y Marin han acometido con tenacidad loable la empresa de rehacer su vacada. Con los restos del ganado que pudo salvarse y un nuevo semental recién adquirido del Sr. Escobar—antes Graciliano Pérez Tabernero—, soberbio ejemplar que en la tienta tuvo nota sobresaliente, los señores Victor y Marin se disponen a acreditar ante la afición española la divisa negra y roja adoptada para su ganadería. El celo, la escrupulosidad y el desprendimiento de los nuevos ganaderos empezaron ya a dar sus frutos en la anterior temporada, y conocida su competencia y su afición, es justo esperar que en no lejana fecha el nombre de Victor Marin alcance una cotización brillante en los carteles taurinos de más prestigio en España.

AFIRMACIONES SOBRE LOS TOROS

Por GIMENEZ CABALLERO



ADA cual tiene su violín de Ingres.

Mi vocación secreta fue siempre la de torero. Torero, tocador de guitarra y caballista.

En las vocaciones fracasadas hay que ver muchas veces el origen del arte: Dime lo que has soñado ser y te diré cómo escribiste. El Arte ¿qué es, al fin y al cabo, sino la sublimación de instintivas querencias malogradas por la vida?

Quizá la raíz de mi estilo—si es que lo tengo y tiene raíz—sea la de un "espontáneo" que al ver lo mal que torearon de tanda se quita la chaqueta, y se tira al redondel entre el escalofrío de la muchedumbre espectadora.

A fuerza de capeas, encerraderos y cornadas yo logré vestir de luces a mi pluma y tomar un día la alternativa. Después, toda mi vida torera—desde 1923 que me tiré al ruedo ibérico—ha consistido en lanzar al bicornio lápiz—rojo y azul—de la Censura española: el torero más dramático que exista. Todo el cuerpo de mi obra lo tengo acibillado de puntazos, varas y serias empitonaduras, con muchos días de hule y de quirófano.

Pero a pesar de todas las cogidas y cicatrices no ha perdido uno la vergüenza torera y le sigue a uno gustando eso de arrimar bien la taleguilla y la faja, clavados los pinreles sobre la arena.

¿Es tan hermoso después de un buen arrastre, saludar con la mano abierta, echar un trago en la bota de un tío entusiasta y recoger un clavel bajo el tendido?

¡Torero, tocador de guitarra, caballista! Si algún lirismo tenemos es el fondo de una guitarra muy adentro rasgueada en el alma. Y si alguna voluntad: gracias al acicate de plata caballeresca con que nos espoleamos las entrañas. Mi infancia ha pasado entre toreros. También mi adolescencia.

Entre toreros, gente del bronce y mujeres de trono.

He ido a los toros recién nacido y en mantillas. De niño he visto tripas despanzurradas de caballos y hombres tras pasados de muerte. Sólo dejé de ir a los toros — un período crítico y pedante — cuando en la Universidad me dijeron un día los de la Institución Libre de Enseñanza que las corridas de toros era una fiesta antieropea, antiprogresista, bárbara y sin "fina sensibilidad". Duró poco aquella gripe o "influenza" antitaurina. El tiempo que tardé en regresar a España de la Europa culta y liberal adonde me pensionaron mis mentores. Eso sí: no fui a los toros esa temporada, pero por mi honor que tampoco al fútbol, ni aprendí a jugar al hockey ni al bridge. Y no es que desprecie al fútbol por aburrido. No. Pero es malthusiano. Es como un preservativo de la guerra. Es querer engañar a los hombres con la sustitución inocua de la guerra con el deporte. En vez de prepararnos con el deporte a la dura ley —pero inexorable ley— de la lucha.

Quizá por eso muchos futbolistas españoles nos salieron rojos. (Con excepciones gloriosas.) En cambio, casi todos los toreros resultaron nacionales. Esa ha sido para mí una gran prueba de la causa genial, españolísima y archieuropea a que hemos servido los hombres de Franco.

Porque la fiesta de Toros—contra lo que creían aquellos falsos y descastados europeizantes de la "fina sensibilidad"—es la única fiesta aria y europea que le queda al mundo.

A su lado—toda la monserga de los "Juegos Olímpicos" es una pedantería, una fría construcción de gafas y ficheros universitarios con el concurso de unos tíos de circo.

¡Ciertos son los toros!

Toro de Jarama, guarde del cuando brama.

Toro del ejido, un cuco en cada cuerno y no se oye el vecino.

Se pelean los toros, mal para las ranas.

Las Corridas de Toros ni son bárbaras, ni son árabes ni tienen nada que ver con los musulmes.

El Toro es el dios más ario que tuvieron nunca los arios. Es la imagen misma de Zeus, de Júpiter, del raptor de Europa. Y el Torero: el Héroe humano que logra con su magia, su arte: su "Técnica", vencer esa fuerza natural del dios, domarla—en sacrificio de sangre.

Toda la Mitología aria es una mitología torera. Desde Teseo, el mancornador de Tesalia hasta Sigfredo que de un volapié mató al dragón. Desde Prometeo que banderilleó con banderillas de fuego a los gigantes cornúpetos hasta el Doctor Fausto de Goethe que veroniqué a Mefistófeles para lograr que una rubiales como Margarita se tomase unas cañas en un reservado después de la corrida. Julio César, el Cid y César Borja, torearon.

La fiesta de Toros es la única fiesta de pura religiosidad aria que le queda al mundo: el Hombre y la Bestia. La Técnica frente a la Naturaleza en bruto. Y un público como el de las tragedias

Al "Caballero" le quitasteis de su caballo para poner al piquero; esto es, al "peón", al hombre de a pie, al que iba antes en cuadrilla auxiliar y con librea, al que no tenía ni podía tener del caballo la idea sublime del Caballero; al que no le importaba destripar caballos, como no le importó segar cabezas señoriales o religiosas. El piquero es el que transformó al noble caballo en escudido jamelgo. Y la bella armadura caballeresca en unos "hierros" para las pantorrillas. Y la heroica lanza en una pica de la Bastilla.

Ese fue el resultado de la Revolución del 800 sobre las corridas de toros: achabacamiento y crueldad. Y no es que yo desdeñe a nuestros casticísimos picadores. Al contrario: los admiro mucho porque ellos no tienen la culpa de su institución. Al contrario: hoy en los picadores perdura una raza bronceada y maja que se va acabando en España desgraciadamente.

Además, los piqueros quitaron en Barlen mucho poder a Napoleón, y se lo prepararon al Chispero del Bruch o Zaragoza.



de Esquilo que, en un lúrgico anfiteatro, comparte el drama de sangre, el sacrificio hecatómbico: el dionisiaco holocausto. Con clamores cósmicos.

Una plaza de toros es lo único de veras romano y sin falsificar que nos resta de Roma. El único edificio cesáreo que no ha perecido en España. Lástima que la Democracia quitase del Palco presidencial a un César con el pólipo o pulgar verso o reverso y de sustituyera con un concejal sacando el pañuelo del moco.

¡Esa Democracia! Esa maldita Democracia francoinglesa: exclusiva responsable de la corrupción en nuestras divinas y egregias corridas de toros.

A mí me sacaban fuera de quicio aquellos turistas "europeos", demócratas, sensibles e idiotas que venían a desmayarse con el espectáculo de los picadores: "¡Oh, qué bárbaros de españoles, que crueles!" —exclamaban al salir de su desmayo. Siempre que pude les respondí como se respondía en mi barrio natal de la calle Toledo: "¡En la tuya por si acaso!" Es decir: "¡Los bestias sois vosotros!"

¡Quién sino vosotros—europeos demócratas—nos trajo a España esa brutalidad cruel y plebeya de los picadores?

Con la Revolución liberal quitasteis a la vieja España tradicional sus privilegios jerárquicos e imperiales. Desde nuestras posesiones ultramarinas hasta nuestras fiestas inmemoriales: hasta un espectáculo tan noble, intangible y aristocrático como los toros.

za o Arapiles para el estoconazo definitivo.

Dicen los "inteligentes" que la suerte de varas es una propedéutica para una buena fanea de muleta. Y que un toro bien picado es la condición para un toro bien estoqueado. Yo no lo creo. Pero es porque no soy un "inteligente" de corrida. Detesto la "intelectualidad" hasta en los toros, sobre todo en los toros, que es lo menos intelectual del mundo: lo más genésico, intuitivo, inspirado y vital que exista.

Yo he toreado. De muchacho. Tuve por maestro supremo a Vicente Pastor, al que le llamaban "el Soldado romano"—nombre que me gustaba mucho más que el otro de "Chico de la blusa", apodo éste socialoide y sainetero.

En los inviernos iba a la finca de mi abuelo en Talavera. Y allí se entrenaba para las temporadas próximas, ante mi muda y enorme admiración. Es a la única cátedra—la suya—que yo asistí en mi vida sin aburrirme. Con el corazón palpitante.

Yo podría contar anécdotas y sucesos de mi vocación taurina y os divertiría mucho.

Pero esa derivación tendría un aire personal y petulante que me apartaría de ciertas disciplinas impersonales en las que uno anda metido. Me llevaría al género literario de las "Confesiones"—género peligrosísimo, aunque delicioso. O al de las "Memorias"—género de viejos, de

gentes que en realidad han perdido ya la memoria y no tienen nada que decir sobre el presente ni el futuro.

Yo prefiero afirmar que las corridas de toros ¡tienen que falangizarse! Ponerse un poco más al tono de la vida creadora, jerárquica y antidemócrata por la que hoy lucha el mundo. Tienen que volver más a sus orígenes arios, heroicos y antiplebeyos.

Es una campaña que llevo haciendo desde hace mucho.

Ya D. Miguel Primo de Rivera—aristarca y caballero inolvidable—salvó bastante al caballo con los petos, venciendo hostilidades populacheras. Y revalorizó el torero a la jineta, con Cañero. ¡Hay que sacar a las corridas de su aguafuerte gogresco, décimonono y napoleónico, en donde andan metidas aún. De sus anquilosados gestos de manolera chispera.

¿Cómo podrá eso conseguirse? Sin preocuparse demasiado. Porque las transformaciones en una fiesta tan secular y honda como los toros—vienen lentamente, subconscientemente. El mismo genio de nuestro pueblo se encargará de tan profunda tarea.

Cuando el "Nuevo Orden" jerárquico y ario de Europa se dé cuenta de lo que significan las corridas de toros—la nueva Europa mirará a España de otro modo que la miraron París y Londres, que la miraron aquellos que nos tuvieron por bárbaros y moros. Entonces se verá que la esencia más pura del arianismo: del helenismo: de la Roma cesárea, pervive en nuestra inmortal fiesta sacra.

Y que los españoles son los depositarios históricos de ese mito civilísimo. De ese combate prodigioso—Técnica contra Naturaleza—Arte contra Cuernos—que supimos extender hasta América: hasta esa América que hoy lucha contra la moral deportiva y malthusiana de los anglosajones. ¡Oh, México entrañable que salvaste nuestra grandeza taurina y que salvarás otras grandezas del genio español frente a seculares enemigos!

"Los toros"—escribí yo en "La Conquista del Estado", 1931—son el último refugio que resta a la España heroica, audaz, viril, ya a punto de ser asfixiada por una moral humanitarista, socializante, semieuropea, híbrida, burguesa, pacifista y pedagógica. Los toros son el último reflejo del español que se jugó la vida en aventuras, que conquistó América, que invadió dominador la Europa del Renacimiento."

Sí. El Toro es el mito trágico de España—que diría Nietzsche. El Toro: creador de nuestra fiesta más potente y fuerte del mundo actual—hecha con sangre, muerte y sol, al gran estilo antiguo.

Esa fiesta que es "un baño de juventud, de la más joven juventud vecina todavía a la animalidad"—como rió asustado el exangüe Mauricio Barres. Si se salvan—y se salvarán siempre—las fiestas de toros en nuestra España es porque constituyen su más misterioso drama nacional.

El Toro en el cielo antiguo—fué la deidad fecundadora, donjuanesca, raceadora, genésica por excelencia. El símbolo indoeuropeo de la fuerza erótica, el más ilustre animal adorado por las mejores razas rubias y morenas.

Ennoblecere de nuevo esa fiesta: extraer su genio secreto y sublime—debe ser la labor de los nuevos españoles consecuentes de un pasado y de un porvenir: orgullosos y leales de una tierra milenaria como España.

Por eso—avanzo hoy mi voz, mi canto hondo de guitarra—con galope caballista—sobre la vieja Europa derruida y mancornada. Y pido al nuevo mundo que surga—pido energicamente—respeto para el culto de mi patria al toro: animal divino. Y como divino: bravamente sacrificado.

SI

REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE

"ARRIBA"

LARRA, 8
Teléfono 32610



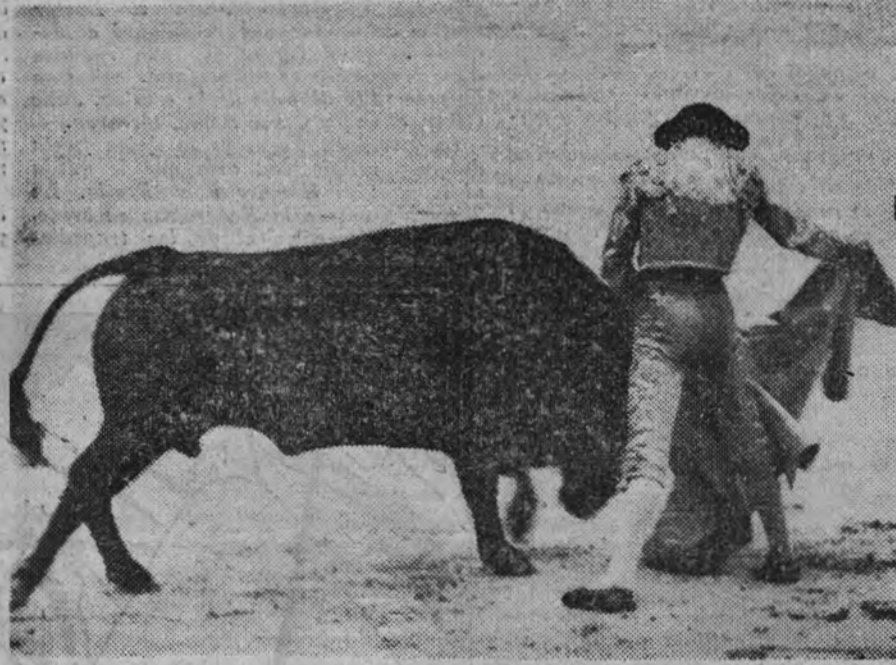
UN NOMBRE QUE ES TODO UN SIMBOLO TAURINO RAFAEL ORTEGA "GALLITO"

¡"Gallito"! Nombre que vibra como un clarín de gloria en todos los ámbitos de la geografía taurina. ¡Casta de toreros! ¡Toreros de casta! Dinastía de geniales creadores de arte que encuentra su ápice y su máxima categoría estética en este mozo moreno y cinbreño—bronce y palmera del Guadalquivir—que se llama Rafael Ortega "Gallito".

En sus faenas, que alcanzan la cumbre de la emoción y la belleza artística, palpitan, con la gallardía maestra de Joselito, la gracia profunda e inefable de Rafael, el improvisa-

dor maravilloso de la calva socrática y los contrastes inefables.

Rafael Ortega "Gallito" torea por sonetos de "martinete" gitano, y los vuelos de su capote y el rojo airón de su muleta esparcen aromas de soleras próceres. Pureza redondeada y alegrías sevillanas. Toda la gama y toda la liza de un arte personal, único, inimitable. Ritmos hondos de guitarra flamenca, majestuoso hieratismo faraónico y emoción indescriptible de arte puro y gallardía valerosa... ¡"Gallito"! ¡"Gallito"!...



MORENITO DE TALAVERA



El más completo y más emocionante torero contemporáneo, cuya alternativa, el 14 de mayo, será la iniciación de su ascenso indiscutible a figura del toreo

SOBRE el TORO de LIDIA

I-ABOLENGO DEL TORO BRAVO

(Breve mención del origen de las ganaderías)

Por G. CORROCHANO

NUESTRA ganadería, padre, es una de las más antiguas.

Levantó el padre la cabeza, cerró el libro que leía, dejando el índice entre páginas y, pausadamente, contestó:

—Nuestra ganadería, hijo, es una de las más antiguas. Aunque has de tener en cuenta que la antigüedad de las ganaderías, más que por la fecha de su origen, se registra por la fecha de su aparición en la plaza de Madrid. Por el año 1770 vivía en Dos Hermanas un rico labrador llamado Rivas, que poseía una punta de vacas bravas, cuya procedencia no es fácil precisar. Entonces era famosa la ganadería de D. José Rafael Cabrera. El conde de Vistahermosa, D. Pedro Ulloa, de gran competencia en cuestiones ganaderas, quiso poner frente a las reses de Cabrera otros toros que les aventajaran en condiciones de lidia, y compró la piara de Rivas, el de Dos Hermanas, y organizó la ganadería llevando de conocedor al célebre Curro el Rubio. Esto de

saber elegir conocedor es importantísimo para la buena marcha de la vacada. El conocedor no es un criado; si es criado, no es criado del dueño, sino criado del toro, que es a quien sirve su afición; el conocedor es el hombre que vive con el ganado, que trajina con el ganado, hace la tienta, aconseja las elecciones y es, por tanto, el esfuerzo, el espíritu

del hombre aplicado al mejoramiento de una raza. Curro el Rubio hizo tan escrupulosas y atinadas selecciones en el ganado de Rivas, que los toros de Vistahermosa no tardaron en competir con los de Cabrera desde que se lidiaron por primera vez en Madrid el año 1870.

De este magnífico tronco, del frondoso árbol de la casta de Vistahermosa, nuestra ganadería es una de las ramas, como lo es la de Arias de Saavedra. Aprovecho, para evitarte una confusión, en la que seguramente caerás el día de mañana, porque es error tan extendido que se ha consagrado como verdad. La ganadería de D. José Arias de Saavedra tiene una gran reputación en la historia del toro bravo. Se menciona el toro saavedreño como algo excepcional. Nada más injusto. Precisamente, en posesión de Saavedra, decayó la casta que hizo el conde de Vistahermosa.

Muerto el conde, se dividió la ganadería, llevándose la mayor y mejor parte, pues se le dejó elegir, D. Juan Domínguez Ortiz, conocido por "el barbero de Utrera", donde vivía. En poder del "barbero de Utrera", los Vistahermosa mejoraron, hasta el punto que los toros, que se denominaban "Condesos", llegaron a conocerse por los "Barberos". Don José Arias de Saavedra hijo político de don Juan Domínguez Ortiz, de quien heredó la acreditada vacada, mejorada por su suegro, y en manos de Saavedra se vino aba-

jo. Desilusionado o sin afición, vendió Saavedra la ganadería a D. Ildefonso Núñez de Prado por el año 1865, y aquí vuelve a resurgir la casta de Vistahermosa, a lo que contribuyó no poco el conocedor Juan Jiménez, de Utrera. (Observa, hijo, cómo Utrera tiene un gran abolengo en la ganadería andaluza.)

—Además de la nuestra, padre, ¿hay muchas ganaderías de raza Vistahermosa?

—Muchas, hijo, y muy famosas; no sé si podría ertártelas todas de memoria, aunque las aprendí de niño en un árbol dibujado por tu abuelo. Entonces, el árbol tenía cuatro ramas y treinta y cinco ganaderías; después, a cada rama le han salido numerosas hojas. Casi toda la ganadería española tiene sangre de la casta Vistahermosa.

—La ganadería de tío Antonio, padre, ¿es también Vistahermosa?

—La de tío Antonio, hijo, es de origen vazqueño, y, por lo tanto, también tiene sangre Vistahermosa. Has de saber, hijo, que los elementos con que D. Vicente José Vázquez, vecino de Sevilla, comenzó en 1780 la crianza de toros bravos, fueron reses adquiridas a D. José Rafael Cabrera, al marqués de Casa-Ulloa y a don Juan Becker, vecinos de Utrera. Los toros de Becker se caracterizaban por su dureza de patas y la fuerza de las acometidas, que han transmitido a casi toda la raza vazqueña, y por la malicia o sentido; los de Casa-Ulloa eran muy pegajosos; los de Cabrera, les dieron tamaño y peso. Entendía D. Vicente José Vázquez que a estas cualidades les faltaba otra esencialísima: la bravura amasada con la nobleza y sostenida durante toda la lidia. Entonces pensó en la casta Vistahermosa. Un acierto, pues los toros de Vistahermosa, sin corpulencia, sin peso y de poco poder, hacían la delicia de los aficionados, por su rapidez para acudir al engaño, por el número de varas que tomaban, por lo que recargaban en todas ellas y porque morían con la bravura que habían salido del chiquero. El conde de Vistahermosa se negó a ceder vacas de su ganadería. Entonces, D. Vicente José Vázquez apeló a un recurso muy hábil: arrendó en algunos pueblos de la diócesis de Sevilla el diezmo con que contribuían labradores y ganaderos, que consistía en una res por cada diez del nacimiento de la piara. Por este procedimiento se llevó Vázquez el diezmo de Vistahermosa y lo incorporó a su ganadería.

Ya tenemos la raza vazqueña con sus cuatro raíces: Cabrera, Becker, Casa-Ulloa y Vistahermosa. Por esto tu tío Antonio, hijo, que tiene casta vazqueña, tiene también Vistahermosa como nosotros, aunque no en su pureza. Esto de la pureza es hoy difícil de apreciar, porque con las herencias y las particiones y los cambios de dueño, y con el dueño el criterio, se han mezclado mucho las ganaderías. Además, la inmensa mayoría de los ganaderos han derivado (hemos derivado, ¿por qué no meternos a nosotros, hijo?) a buscar un toro único, a gusto del torero, que consienta esa lidia moderna llena de detalles preciosos y precisos, de quietud y lentitud, que parecen inverosímiles y lo serían con otros toros.

La rivalidad quedó establecida entre las tres famosas ganaderías de Vistahermosa, Cabrera y Vázquez, desde 1790 hasta 1830, en que murió Vázquez y se vendió la ganadería entre D. Fernando Freire, D. Domingo Varela, Hidalgo Barquero, Benjumea y Taviel de Andrade, entre otros. Se presentó a escoger D. Fernando Freire, en nombre del Rey Fernando VII. Entre Sebastián Minguéz y Francisco Sevilla (Troni) se tentaron la mayoría de las vacas y se escogieron unas 500, que se llevaron a los prados del Jarama. Allí se hizo la retienta, bajo la dirección del ganadero D. Manuel Gaviria, y con asistencia y consejo del Duque de Veragua. A la muerte del Rey, la Reina gobernadora la enajenó a los duques de Osuna y Veragua. Los nuevos propietarios extirparon todo lo que no fuera vazqueño. El duque de Veragua sabía que Gaviria había cruzado con toros suyos y de D. Julián Fuentes, pero siguiendo sus consejos, el

conocedor Minguéz hizo distinta señal en la oreja de las crías de esta cruce, señal que los vaqueros llamaban "zarcillos". Unos años después, hacia 1850, el duque de Veragua compró al de Osuna su parte, y quedó de único ganadero D. Pedro Alcántara Colón. Este es el tronco de la raza vazqueña, y para no caer en charla difusa, no andaremos por las ramas, que son muchas.

—De todas las ganaderías de que tú has oído hablar, ¿cuál es la más antigua, padre?

El padre sonrió, complacido de ver a su hijo tan interesado por el tema de la ganadería. El niño era el primogénito, y la ilusión del padre era que heredara su afición, convencido de que la vida de un hombre es corta para el mejoramiento de las razas, y hace falta una continuidad. Así, pues, reflexionó un instante. Durante la pausa, el reloj de alta caja media con sonoros tic-tac el tiempo, con el mismo tic-tac que había asistido a otras conversaciones cuando el padre de ahora era niño; y con el mismo tic-tac que acompañará la conversación cuando el niño de hoy sea padre.

—La ganadería más antigua que yo conozco, hijo, es la de Raso del Portillo, de Valladolid, cuyos toros se corrieron en funciones reales del principio del siglo XVIII y en las fiestas que tuvieron lugar en la inauguración de la antigua plaza de la Puerta de Alcalá. Hay quien dice que en el siglo XVII se corrían ya en fiestas reales. De esta raza proceden los toros de Mazpule, los que tuvo D. Enrique Salamanca en Talavera de la Reina, una parte que se llevó don Esteban Hernández, y más tarde Oñoro.

También era muy antigua la del conde de Espoz y Mina, oriunda de Tudela (Navarra), de D. Francisco Javier Guendulain, que la hizo cor vacas de Lecumberri, de las que decía mi padre que eran vacas mansas a las que hicieron bravo los pastos. De aquí vienen los Carrigüiri, famosos por su temperamento. Ya otro día te hablaré con más detalles de los bravísimos toros navarros. Y de los toros de Colmenar, empezando por la ganadería de Bañuelos, que es una de las más antiguas de España y que más conservó su sangre de origen.

—¿Y me contarás también, padre, lo del toro "Finito" y Frascuelo?

—También te contaré, hijo, lo del toro "Finito" y Frascuelo.

El padre, cabeza entrepelada y cara curtida por el sol, el viento y la lluvia, abrió el libro por donde había dejado el dedo índice de señal y se dispuso a leer. Era un grueso volumen que decía en tinta roja: "La tauromaquia", bajo la dirección técnica del célebre diestro cordobés Rafael Guerra "Guerrita".

El reloj, dueño del silencio, lanzaba sus tic-tac sin que ningún ruido le interrumpiese; alguna vez, la leña húmeda que ardía en la chimenea, tiroteaba al reloj, y el reflejo de las llamas ponían brillo de vida en los ojos muertos de la cabeza del toro "Finito".



Hierro fundacional de Jijón



Hierro fundacional de Cabrera



Hierro fundacional de Vistahermosa



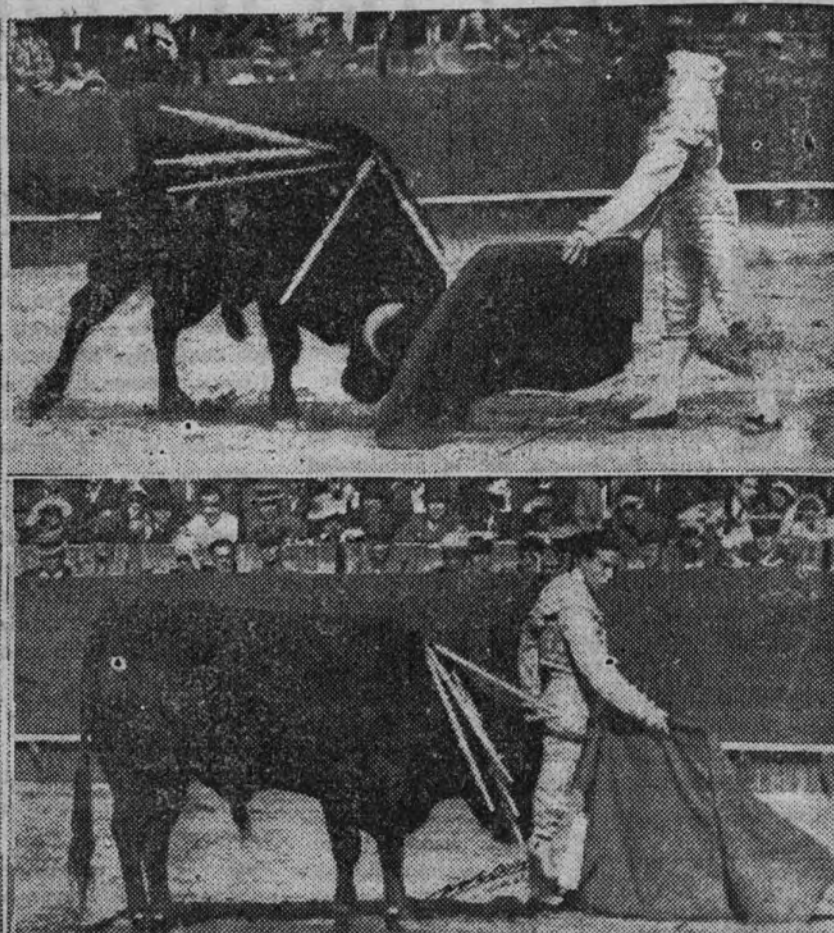
Hierro fundacional de Vázquez

EL ARTE Y LA CIENCIA DEL BIEN TOREAR.

PEPE LUIS VAZQUEZ

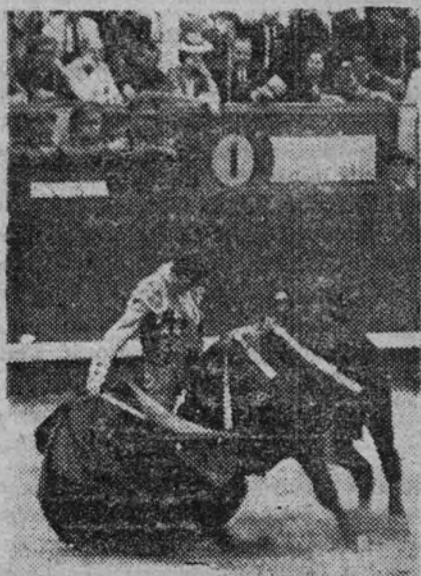
Hay una clase de toreros en los que el arte y la ciencia de lidiar reses bravas parecen dones nativos. La técnica y la gracia son en ellos frutos espontáneos y naturales. Dios quiso que nacieran para toreros, y no necesitaron aprendizaje ni más escuela que la de su propia intuición. Su precocidad es ya maestría, y desde los principios su arte tiene esplendores de plenitud.

Tal es el caso de Pepe Luis Vázquez, el incommensurable lidiador sevillano, cuyo nombre preside, como imprescindible, los carteles de todas las ferias taurinas de España.



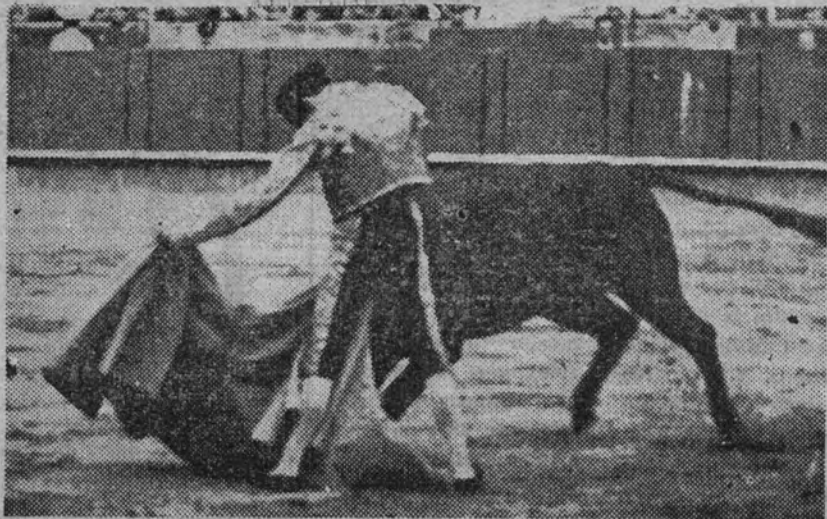
LA ESPERANZA DEL MADRID TAURINO:

MANOLO ESCUDERO



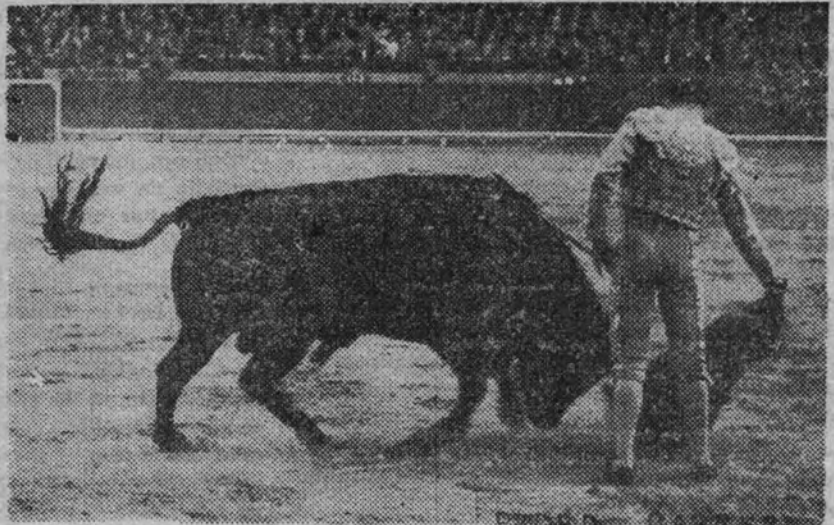
¡Ya tiene Madrid su torero! La esperanza de los aficionados que llenan la primera plaza de toros del mundo es este muchacho artista y valiente, grande por el corazón y por la simpatía, que ha nacido en el popularísimo barrio de Embajadores. Sus grandes triunfos de la temporada anterior en el ruedo madrileño acreditan que Manolo Escudero viene a ocupar el sitio que en la tauromaquia tuvo siempre la capital de España, desde Vicente Pastor a Marcial Lalanda.

Estilista magnífico con el capote, mulettero del más puro clasicismo, que da a sus lances y a sus pases una emoción irresistible de valor y de arte, Manolo Escudero es un torero de calidad excepcional, digno de sostener el puesto para el que la afición le ha designado: el de la representación del Madrid taurino en todos los cosos de España, donde se le espera como la novedad y la atracción señera de la temporada novilleril.



UN MAGNIFICO Y VALEROSO ARTISTA:

PEDRO BARRERA



Revelación feliz de la temporada taurina pasada fué el valerosísimo diestro de Caravaca Pedro Barrera, que tras una fulminante, triunfal, campaña novilleril, se consagró como matador de toros de primera categoría en la plaza madrileña.

Pedro Barrera une a un enorme valor consciente, sereno, imperturbable, un arte magnífico, de raigambre clásica, de pureza impecable, de emoción suprema. Su voluntad es una línea recta, una flecha lanzada inexorablemente a la diana del éxito. Su noble ambición de triunfo no conoce treguas, y después de un invierno dedicado a un entusiasta entrenamiento, Pedro Barrera ha inaugurado su temporada obteniendo en la tercera corrida de las famosísimas "fallas" valencianas el más resonante triunfo.

Fué la de Pedro Barrera la faena cumbre de las "fallas", un auténtico prodigio de valor y de arte, que mereció del público el supremo galardón y consolidó la figura del gran torero de Caravaca como imprescindible en todo festejo de categoría que pueda celebrarse en Valencia y en toda la región levantina.

Hoy, Domingo de Resurrección, torea Pedro Barrera en Sevilla, y ya no ha de interrumpir su actuación, para cumplir los contratos convenidos en las plazas de más categoría de España.

II - El mapa ganadero español

Por "CLARITO"



ALVADOS los reses y distancias del simi, pudiera decirse que de un siglo a otro, y principalmente desde mediados del XIX, a estas horas en que el XX discurre por muy cerca de su mitad, el mapa de la ganadería brava —de "las tierras de toros españolas"—ha experimentado alteraciones casi tan notables como las del mapa político de los viejos continentes. (Y aun de los nuevos.)

Apenas enfocada la carta topográfica, al primer golpe de vista el historiador taurino echa de ver, sin penetrarse de su causa, la desaparición de zonas, de provincias y hasta de regiones enteras. Quizás el fenómeno se deba más a las veleidades del tiempo que al fundamento y eficacia de la vieja y tónica literatura de oradores latiguilleros y fisiócratas a la violeta. Las reses de lidia rara vez han defendido terrenos susceptibles de mejor aprovechamiento. El toro bravo, lejos de constituir un escollo o una rémora—como pretendía advenir el conde de Campomanes en su edicto prohibitivo de la época de Carlos IV—, regala a la ganadería genérica de su especie—la de carne y labor—los frutos de su selección: brio, fortaleza muscular, reducción de despojo, finura de piel. A su lado, acogidas a su noble bondad, beneficiándose de su amplia mesa, pacen las yeguas y las parras de ganado menor. Mas, pese a tan evidentes razones, ello es que se han borrado del mapa taurómico valles y vegas, y riberas, y solanas, de curiosa historia y de rancio ablenço.

Ninguno de los campos y dehesas de Palencia y Valladolid, que proveían a las fiestas reales de los Felipe más aficionados—el último Felipe de los Austrias y el primer Borbón—, existe ya como cunco de toros. Los Razo y los Pedraja del Portillo, alfa de la bibliografía, cuyo origen remonta algún investigador al siglo XV; sus sucesores, los Mazpule, que dieron sangre a las ganaderías viejas de Salamanca; los toros de Rioseco, de Mayorga, de Montemayor (Garrido y Cuadrillero, Presencio y Lafuente), que la prestaron a vacadas de vecindad salmantina y de la sierra de Colmenar, son hoy un simple y vago—recuerdo de eruditos.

Tampoco una sola ganadería supérstite de los famosos toros navarros. Nada de Navarra, ni de Aragón. La lectura de los trabajos folklóricos del siglo pasado me hizo advertir que por las cuencas de los ríos anda errante el alma de la copia popular. Que el venticillo—airecillo—riberaño transmite, de pueblo a pueblo, el estilo del cantar, como el polen, de flor a flor. Y así que hay también ríos, ríos toreros, que llevan, aguas adelante, ruido de zumbas y canción de toros. Tal es el Duero, el Ebro, el Guadiana—¡ah, aquel Villar, rubia de sus ojos, cuna, yerna ya, de la casta básica de los Jijón!— y el Tago, y el Jarama, y no se diga si el Guadalquivir... Pues bien; en toda la cuenca del Ebro se ha apagado la canción. De la Rioja a los Alfaques—hubo también puntas bravas en la desembocadura tortosina y en las lindes de Tarragona y Teruel—se ha arrancado de raíz. De aquellos Carriquirri y Guendulain, alimentados en sus márgenes picantes, pequeños y "coloraos" como las guindillas de su vega y como la tierra de las Bardenas, no queda sino su leyenda. Pasaron luego a Espoz y Mina. Y un día tomaron las cañadas hasta la dehesa salmantina de Bernabé Cobaleda y se extinguieron. Ni uno en pie de los Zaldueño, de Caparrosa—tenidos por los navarros más antiguos—, Ni de los Lizaso, de Tudela, aquellos "para raza navarra" que al matar al torero Parra, sugirieron a Fernando VII la creación de su célebre Escuela. Ni de los de Peralta, Tudela, Cascante, Lodosa y Funes—excepto unos pocos de Cándido Díaz—que no se juegan. Ni de los aragoneses de Ripamillán en Egea, o de los Gastón, de Pina de Ebro. Los últimos vestigios de la raza colorada, pequeña, ágil y nerviosa pastan más arriba, en los predios ebreños de Calahorra y Alfaro, o, más abajo, en las puertas de Zaragoza, en la Puebla de Alfindén, y se consumen, sin rango y sin nombre en capeas y festejos de poca monta.

Asimismo en Zamora—vertientes del Esla y del Duero—aparece en blanco casi toda su histórica comarca. Una ganadería tan sólo, y muy reducida y moderna—lote de "Coquillas" comprados por el marqués de Villagodio—, da hoy su única patente de tierra de toros a la tierra zamorana. Sin embargo, allí fueron las dehesas de Osuna, refugio u hospedería de la clásica vacada vazqueña, a poco de adquirida su mejor parte por Osuna y Veragua al Real Patrimonio. Y los prados inmediatos de la tropa de Francisco Roperuelos. Y los cerrados de Angel Rivas...

Todavía más huecos en La Mancha, en el paso de Despeñaperros—zona de la Carrolina—y en el haldá norte de la Sierra Morena, sin contar los que, de probable repoblación, abrió la horda durante el Movimiento, dejando exhaustos Colmenar, El Escorial y los Montes de Toledo, en donde el exterminio rojo alcanzó a cerca de una docena de ganaderías bravas.

Mas toda esta enorme mutación de la

fisonomía de la tierra torera resulta leve si se compara con los vaivenes de los toros mismos y con el trasiego de sus razas, de sus castas. La vacada de Viragua, por ejemplo, formada a poco de llegar a los vergeles de Aranjuez aquella espléndida piara de Vázquez, se ve de nuevo en la madre Andalucía. La de Parladé salta en pedazos desde la campiña de Carmona a la Sierra de Alcaraz y a Salamanca. Y un pedazo se rezaga "allá abajo". Y otro rebota a Borox. Y otro emprende la vuelta al campo andaluz. La de Albaserrada, que se desgajara de Santa Coloma unida bajo mano andaluza, distribuye, bien aina,

dor revolucionario, de la industria ganadera del país, que le ha dado a su campo el color de las faenas de acoso y derribo, y a sus toros el primer "auténtico corte y confección" de las razas del Sur. A su ganadería, de ascendencia portuguesa (de Gama), le transmitió el "Azulejo" las características de Parladé con la misma fortuna que el "Diano"—hermano del otro gran semental de Ibarra: "Gañafote"—encarnó en la vacada de Martínez, hoy de María Matea Montalvo (esposa de Antonio). A las dos ganaderías—Pérez y Montalvo—las libra el sabio criador de los rizecos del clima. La de su hierro

ahora por Juan Terrones, que conserva los toros de Contreras y Sánchez Rico. Y todavía, sin recorrer muchos kilómetros, se encuentra Arturo Sánchez Cobaleda, (lote de Villar hermanos), en Terrubias y Earcialejo; a los Lamamié de Clairac (parte de Gamero Cívico y parte del añejo Terulino Fernández, el de Tordesillas, que los toreros distinguen por el hierro C), en el Moral de Castro y, con menor cartel, a Gabriel González, que colecciona los berrendos en melocotón de Buenabarba (casta de Arribas), en Cabezueta de Salvatierra, y a Santos que entre Sanchón y Villavieja cria lo que fué del colmenareño Pepe Aleas.

En otro sector cercano, el de Campo Cerrado—quince kilómetros de Salamanca—, se alza "Andrés Bueno", hacienda de los toros de Arranz (cruzas de Martínez, Graciliano Pérez y conde de la Corte). En Campocerrado y El Aguila Atanasio Fernández—sangre de Parladé y de toros del conde de la Corte—. Entre Campocerrado y Hernandinos, los de J. Sánchez Cobaleda—de Villar—y Caridad Cobaleda—Villar y Galache, o sea Urco a.

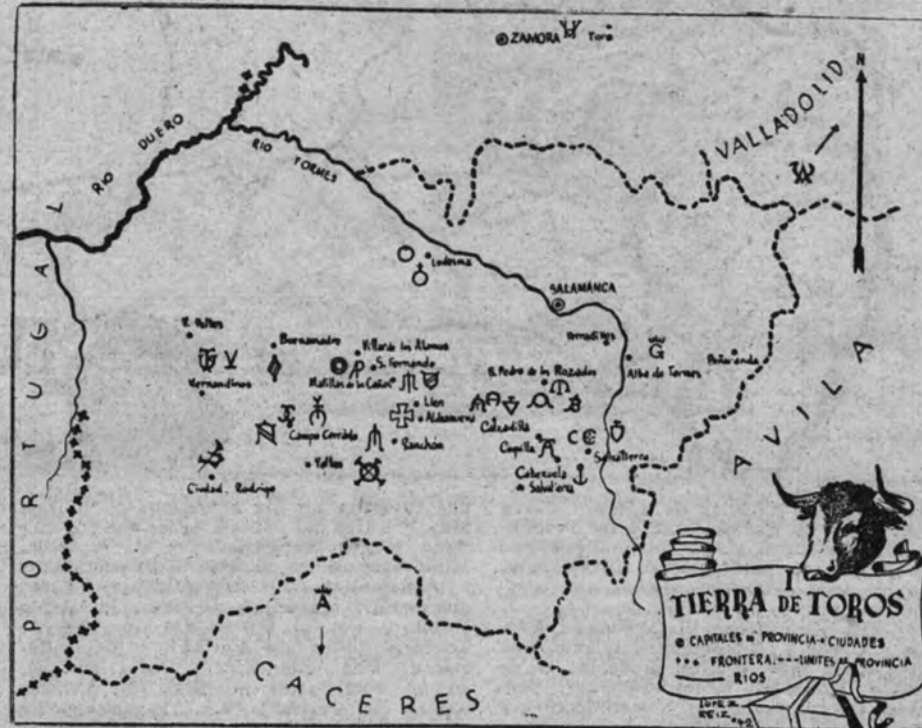
Con buena voluntad aún halláramos algunas reses bravas en la ribera del Yeltes, como las de Corral, procedentes de Angoso, o en Ledesma—las de Villarreal—, o en el extremo Oeste y término de Alba de Tormes, residencia de un nuevo ganadero el vizconde de Garci Grande, que posee la antigua ganadería de "Neches", sustituida casi por entero, con casta de Santa Coloma y Albaserrada. Pero lo verdaderamente jugable, o conjugable, está dicho.

Atrás, Salamanca y Zamora, con sus nuevos Villagodios—la entrada en Madrid por El Escorial es lastimosa, Murieron a tiros los toros de Perogordo, los de Abente—viejos Bañuelos, tan viejos como la plaza de la Puerta de Alcalá—, los de Hernández y los de Encinas, que conviven en "Cuarto Carretero". Por casualidad, y provisionalmente, no hay en toda esa zona otra divisa que la que Graciliano Pérez vendió a José Escobar. Pues en todo Colmenar Viejo, ni un pitón. Es decir, unas pocas cabezas de D. Manuel Aleas y la tropa de Félix Gómez, que saca sus camadas prematuramente. La nueva vacada de Pinohermoso—Martínez y Albaserrada—, huésped del Soto memorable de D. Vicente, está en pie de marcha para los montes de Toledo...

En las riberas del Jarama y del Tago—¡tan ganaderas!—, solamente dos piaras: la del duque de Tovar, herrada por Suárez en Andalucía, y la del torero Ortega (parte de Parladé), en la que fué dehesa verazueña de Valjuanete.

Otraño hubiese valido la pena vagabundear por Toledo y sus montes, por Ciudad Real y su valle de Alcudia, por Albacete y sus fronteras con Jaén en la vertiente Norte de la Sierra Madrona. El insólito "mal rojo" del ganado vacuno exterminó también por aquí todas las ganaderías: la del Cruz del Castillo; la de Marcial Landá, la de su esposa, Emilia Mejías; la del conde Casal, la de Flores, la de Ayala... Y hay que trasponer Despeñaperros.

Los primeros núcleos—nucleolos— que ofrece la región andaluza por los cotos jienenses (Sierras de Vilches, de Ubeda, de Cazorla) son de sangre morucha, y no cuentan. Si acaso cabe anotar en La Ca-



sus retazos entre Castilla y Extremadura...

Por el mismo metro, las cruces y recruzadas de las nuevas formaciones bordean el caos. Siempre las castas básicas—jijona, vazqueña y Vistahermosa—procuraron sementales y vacas a las ganaderías derivadas. Y más que la mancha de los Jijón—Salamanca y Colmenar, en sus comienzos, se nutrieron de ella—, y mucho más que la vazqueña, la del conde de Vistahermosa. Esa bravura igual, templeada y pastueña de sus toros se perpetúa en la divisa de Ibarra con características igualadas por sus otras derivaciones, y llega boyante y magnífica a nuestro tiempo con los colores de Santa Coloma y Parladé. Los toreros, que de antiguo rehúsan la áspera bronquedad del toro castellano, endurecido en la Sierra—el de Peñaranda que mató a Pepe-Hillo y el talaverano que sorprendió a José, comieron en las faldas de Gredos—y que encuentran resabios a la casta vazqueña, han terminado por imponer el patrón del toro andaluz, representado en el toro de tipo y sangre vistahermoseño. No es, pues, chocante que los descendientes de esta casta, los Murube y Saltillo, los Ibarra y Santa Coloma y Parladé, hayan derramado su simiente por toda la España de los toros. Pero de eso al desbarajuste contemporáneo, a la acumulación de "desechos" sobre "desechos", media un mundo "Las castas"—escribíamos en 1933—fundidas, refundidas, confundidas, remezcladas. Y los árboles genealógicos, entrelazados, al extremo que ni se cuentan los troncos.

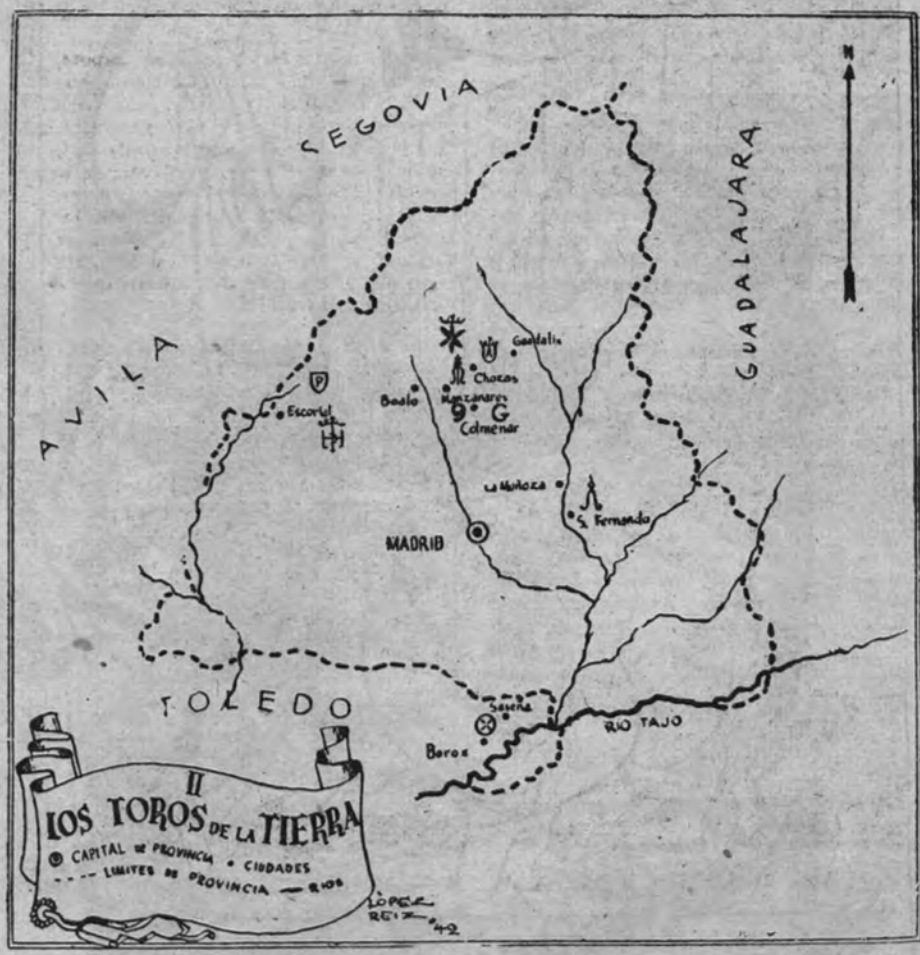
Imposible por tanto, orientar un estudio crítico. No hay sino tomar al lector de la mano, y paseándolo por las dos zonas supervivientes (Salamanca y un rincón del centro, y Andalucía contra el otro de Extremadura), decirle "quién vive" en cada cerrado, ya que no, siempre, "quién es".

Si entramos al campo de Salamanca por el Oeste, dejando a la espalda en los barruntos de Portugal, la ganadería de Bernabé de Quirós—antes de Arribas y del duque de Tovar—y su finca de "Fuenterrabía", en término de Ciudad Rodrigo, y, proa a la capital, nos detenemos en Matilla de los Caños, hemos puesto el puntero en el cogollo de las vacadas salmantinas del siglo XX. Todas ya modernas o modernizadas. Se fué de Matilla la de D. Fernando Pérez Tabernero, progenitor de una resonante dinastía de criadores. La vendió no ha mucho, después de mejorada, y con la reserva de unas pocas cabezas, su hijo primero, Graciliano. También la que el sin ventura de Argimiro Pérez—inmolado en Málaga—formó con reses de Peláez y que anda por una heredad de Amatos con el nombre de García Boyero. Pero, a cambio, previve la de Alipio Pérez T. Sanchón, remozada con casta de Santa Coloma y Albaserrada, y que, además, tiene en su linde al Villar de los Alamos...

En la casa de San Fernando, del Villar, hay siempre ruido de estribos, mover de garrochas, trajes de corto y sombrero ancho. Es la casa charra montada a la andaluza por Antonio Pérez, el cria-

acampa en el Villar y Linejo. Come en verano la hierba fresca del río Franco. Y en el invierno, con un sentido inverso al éxodo de los ganaderos trashumantes, que venían de Andalucía a la vieja Castilla, la envía a Cáceres, a su posesión de "Campillo", al abrigo de la sierra de Gata, donde florecen los naranjos con la misma presteza que en la costa mediterránea. La de Montalvo—herrada de Martínez, de Colmenar—pasea en Moraleja y Amatos. Y sus vacas veranean, al pie de El Escorial, en dos cuarteles de la soberbia trilogía campestre que en tiempos de Jorge Berenda se llamaban "Campillo", "La Solana" y "Monasterio".

En ese mismo careo tiene Sánchez Fabrés la parte mayor de los "Coquillas", distribuidos entre Pedro Llen y Aldeanueva de Campomojado. Y Muriel—cruza de Salas con Albaserrada—, sus cerrados de Olmedilla y Sanchón. Y Vicente Charro, la parte de Juan Sánchez Cobaleda que ocupa Llen, sede del antiguo marqués. No muy lejos—en la inmensa Calzadilla de Mendigos—están afincados los Sánchez (María, Angel, Ignacio y Antonio), con sus cuatro puntas de lo que fué de Trespalacios. Algo más al Sureste, hacia Cáceres, se ve Coquilla habitada



rolina, la ganadería de Pérez Padilla, que fué de Lagartijo.

Ha de rebasar Córdoba, y por la antigua calzada romana de "Córdoba la Vieja" entrar en Almodóvar del Río, para que comiencen las manchas de los toros andaluces a uno y otro lado del cauce, pegados a sus blandas riberas o metidos en lo fuerte de la campiña. Hasta su desembocadura, ningún guía más certero que el Guadalquivir. En su cuenca, hasta el Puerto—campiña, ribera o marisma, que es el trozo de ribera de Sevilla a Sanúcar—, se alimenta del grueso de la ganadería.

En la dehesa del "Temple", de Almodóvar, se halla la vacada de Natera, y en el "Cortijo Nuevo", la de García Pedrajas (restos de la que Curro Correa formó con los cuatro primeros deshechos de Parladé). De aquí a Palma, en "El Carrascal", un vano: faltan los Abaldas, exterminados. Y ya entre Palma y Peñarol, a caballo en la raya de Córdoba y Sevilla, los cortijos de D. Félix Mereno y doña Enriqueta de la Cova. Don Félix tiene los Saitillos. Doña Enriqueta, unos toros que eran ya "asatillados" en tiempos de don Pedro Salvador. Reza con ellos aquella historia de las cruces clandestinas de Saltillo. Cuando e. marqués malcerraba sus toros en la Isla, había allí una linda dudosa—barrera descuidada—y los machos saltaban al regosto de las hembras de sus cercanías: los criadores comarcanos llamaban a aquel lugar "Casa de amores". El marqués daba a sus toros hierba marismeña. Y a las vacas, campiña, en "Las Merinas", "El Campo", y "La Trinidad", fincas eminentes de los calmaros de Carmona. Hoy, en manos de don Félix, los "Saitillos" de saca comparten con los "Coveños" su cajón de atardecer en "La Vega". Los añejos, erales y uteros disfrutan de "El Charco de la Adelfa", la heredad del Condado de Palma del Río, que Fernando el Santo donó a Misir Egidio Bocanegra, a mirantes genoveses, por su ayuda en la conquista de Sevilla. Las vacas saltillos invernan en "Guzmán", y las coveñas en "La Palmosa". Y veranean en "Calonge". Aun hay más ganaderos en la Cesa Moreno: su hijo Javier, que ha adquirido lo de Antillón, y los herederos de José de la Cova, que cierran en "Malapicla" una piara de López Quijano y Urcola.

Un pasito más, y Lora. ¡Miura! Los feriantes sevillanos vinculan el nombre de Miura en el cortijo de "Cuatro", al lado de la Venta de Antequera, del que los Miura fueron renteros muchos años. Pero las dehesas miureñas son de este pedozo de campiña, entre Lora y Carmona: "Los Gallos", "La Gitana", "Azanaque", "Los Castellares", "Cerro Gordo" y "El Pozo de la Huerta". Fué por aquí por donde anduvo "Perdigón".

Maldito sea aquel toro
y la hierba que comió...

Si en plena vega de Carmona tomásemos un toro, ¿qué toro sería? ¿el que por donde quizá diésemos con los Arias de Reina—antes de Gregorio Campos—, y hacia Marchena, de cuyo término es "La Cobatilla"—Veragua, hoy propiedad de Calderón—, y bajáramos en busca de Morón y Utrera, habríamos recorrido la tierra novelera de los bandidos, del "cante jondo"—manes del Fillo y de Silverio!—,

y de no pocas vacadas de antaño: tierra de romance de Carlos Luna y de Fernando Villalón. Pero a Utrera pudiera irse por más abajo, por Los Palacios. Y, además, no vale el trabajo de ir. Allí, alrededor del puente de La Pájara, en el marco en que compitieron Vistahermosa, Vázquez y Cabrera, se encuentra hogaño una divisa nada más, y muy modesta: la de Esteban González. Seguimos, pues, pendientes del guía—del río, quiero decir—, y hénos ya en plena Sevilla.

Hay una ruta—por "Cuatro"—que va a "Tiger", mansión de los Villamarta, y a "Cestero", de los Surga (hoy de Bartolomé), y a "Cañonavero", de Anastasio Martín. Otra, hacia "La Pajanosita", de los López Plata. Su continuación por la "Cuesta de la Media Fanega" nos conduciría a contemplar lo que queda de la zona extremeña: "Los Bolsicos", del conde de la Corte, en Jerez de los Caballeros; los toros de Marzal, en Olivenza; los de Albarrán, en Badajoz, y más lejos, ya en Cáceres, en "Monteviejo", una punta de los Albaserrada. Pero hay también otra ruta, la de Sevilla-Cádiz, por agua y por carretera, que es la que tomamos.

Aquí, la campiña y la marisma se reparten un puñado de ganaderías. Algun-

nas tuvieron un día su campo en la Isla Mayor, antes del ensayo de los nuevos cultivos. Hoy se ve ganado en ella y en la Minima; pero no de lidia. Entre Sanlúcar y Aznalcóllar—"La Herreña" y "Casa quemada"—engordan los toros de Pablo Romero. Por el mismo término, los de Tassara (lotés de Parladé y de Villamarta). Por Aznaóllar y Coria del Río, en los cortijos de nombres tan señeros cuales "El Juncal", "La Alegría" y "La Abundancia", los toros de la heredera de Concha y Sierra. En la Puebla, junto a Coria, los Moreno Santa María. Y marismero también, el ganado de Pérez de la Concha; los toros de aquellas antiguas "niñas de Pérez". Conradi emigró de La Isla a "Puyana", en Alcalá de Guadaira.

Sobre la carretera de Sevilla a Jerez aparecen, junto a Dos Hermanas, "La Contienda", de Buendía, nada menos que con los Santacolomas, y luego "Juan Gómez", de doña Carmen de Federico—los clásicos Murubés—; y "Gómez Cardena", de Juan Belmonte (casa de los Guadalquivir), lindante con el "Zarracatin", donde estuvieron los Molinas y Arias de Saavedra, que el famoso ex torero aprovechaba para rees de Guadalest y de Parladé.

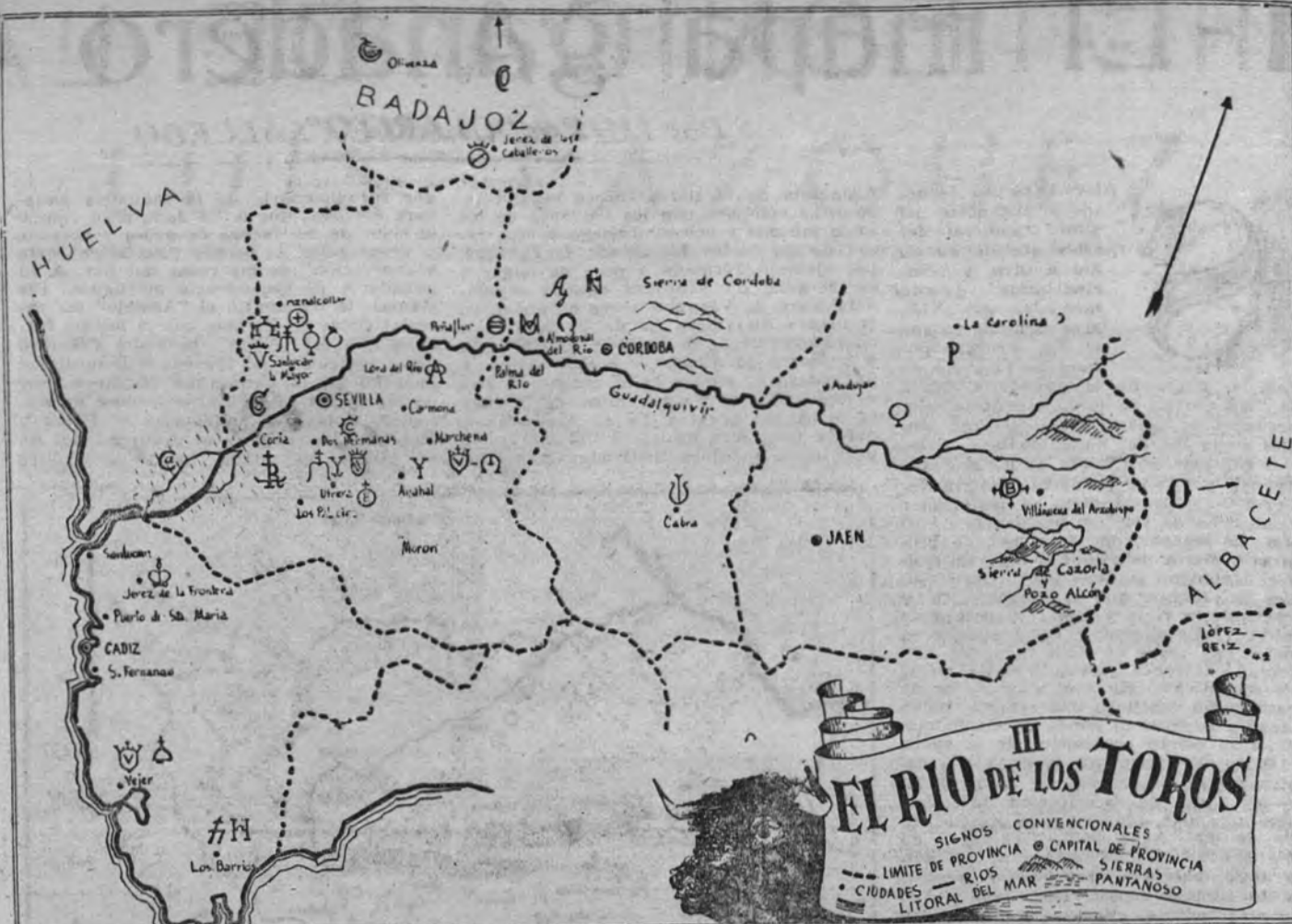
En Vejer, "Jandilla", de los Domecq.

que vendieron los Veragua para hacer sitio a la punta de ganado de Ramón Ortega, mezcla de Mora y Tamarcn.

Y ya en los últimos reductos gaditanos, de cara a Tarifa, la nueva ganadería de Carlos Núñez (a la que acaba de añadir un lote de Villamarta); en Los Barrios, la vieja de Salas, que es, hace ya mucho tiempo, de Gallardo...

Desaparecida la zona Norte, exterminado el Centro y con grandes lagunas en el legendario campo andaluz, ¡qué corto y pobre se nos muestra el mapa! Está más lleno de recuerdos que de toros bravos. Hay menos ganaderías que jamás. Las docientas piaras multiformes capaces de servir a fines del XVIII el toro enjuto y correoso de la Sierra, el cebado de las vegas el blando de las marismas, se resumen a la sazón en 50, que dan el toro "standarizado". Y para eso muchas "cuelan" el novillo. O lo venden descaradamente.

Las unas, muy cortas. Las otras—como las de Miura y Veragua—, muy recortadas. Por primera vez en la historia del mercado bravo, la oferta ganadera quizás no cubra este año la mitad de la demanda empresarial...



FERIA CELESTE

(Pascua del toro)

Por R. CAPDEVILA



UN día, el alma de aquel toro de bandera a cuyo cuerpo le iban ya a cortar la cabeza en el desolladero para disecarla y embetunarle los cuernos, y regalársela al torero que tan bien lo llevó y lo acabó—, se presentó en un portillo del cerrado celestial de los toros bravos. Y estaban los toros de luz, con grandes bromas, jugando a la corrida de los mansos, con los sefines más jacarantosos y alegres.

Al oír la noticia del recién llegado, se arrancaron en tromba hacia aquí—¡qué arrancada!—a buscar por las habitaciones traseras, las cabezas de sus respectivos cuerpos, que andaban disecadas también, asomándose igual por el hogar de los cortijos que por los panderetes de museos, despachos, colmados y prenderías. ¡Fué de ver cuando, encajándose en ellas como los chicos que juegan al toro, pegaron la nueva embestida, estropiciando quincalla, desplomando tabiques y sembrando el pánico por las tertulias que derri-

baban las botellas al huir, lo mismo que en las historietas "de monos"!!

Llegaron a tiempo al desolladero; los últimos, los que venían de ultramar. Y se llevaron a la dehesa elisea, no aquella cabeza, sino el cuerpo entero del toro de bandera. Que es el único que está, en espíritu y carne, en el paraíso de los toros; ¡y es el que les sirve a los toros de luz para jugar, ya de verdad, con los arcángeles, al toro!

P. S.—Las otras cabezas las encontraron sus dueños algo apolilladas y decidieron facturarlas, de vuelta, para sus puntos de origen. No en doble pequeña, claro es, sino en doble gran velocidad.

Por eso, cada cual, sigue en su puesto. Ornamentando—y cornamentando—paredes. Hasta con ese escapulario dorado donde dice las indulgencias de los toros, que a las cabezas disecadas—con hocico y pitones de betún y con los ojos de cristal—les cuelga de la goja, pendiente de un cordón torcaz por el que corre la espiral de color de la divisa...

III.--TECNICA DE LA CRIA

Por LUIS FERNANDEZ SALCEDO

(Ingeniero agrónomo).



COMPARATIVAMENTE con el resto de nuestros animales, el toro bravo constituye un auténtico producto de selección, motivo por el cual la técnica de su crianza, aparte del interés que en sí encierra, representa un indudable valor de ejemplaridad, como señalamiento de una meta a la que los criadores de otra clase de ganado no llegan porque no quieren, y ello es bien lamentable.

Si por nuestros conocimientos profesionales no tuviésemos formado criterio acerca de la maleabilidad y ductilidad del material zootécnico, la experiencia propia acerca del ganado de lidia hubiese sido suficiente. El ganadero que conoce su oficio moldea sus animales con menos trabajo que cincela su estatua el escultor, aunque, naturalmente, con más gasto de tiempo. Veamos cómo.

Sabiendo que Arquímedes no pudo mover el Mundo porque no le dieron el punto de apoyo para la palanca que, sin duda poseía, no puede extrañarnos que el buen criador, apoyado en su entusiasmo, levante su ganadería accionando tres palancas, que son: método racional de mejora, prueba de aptitud y alimentación suficiente. Considerar brevisimamente estos tres factores—no hay espacio para otra cosa—equivale a reseñar a grandes rasgos la vida placida del toro, desde antes de iniciarse hasta el encajonamiento.

METODO DE MEJORA

El ganadero de hace treinta años tenía ante sí un formidable dilema para mejorar su ganado: ¿Selección? ¿Cruzamiento? Los tratadistas de zootecnia siguen hoy mismo señalando las ventajas e inconvenientes de estos dos métodos, como si realmente por uno u otro hubiera que decidirse. La selección es procedimiento más científico, más perfecto, más prudente, pero, ¡ay!, muy lento. Actúa a manera de criba para separar lo bueno de lo malo, y si lo bueno no existe o tiene muy exigua representación, este sistema—que nada crea—no nos conviene.

El cruzamiento es más práctico, aunque más aleatorio, pero da frutos que se palpan relativamente pronto. En estos tiempos en que se vive tan de prisa, que a veces basta una novillada "a modo" para encumbrar a un ganadero, es el método aconsejable, porque el que cruza puede también seleccionar, pero la inversa no se verifica. En suma, cruzar es jugar a la lotería, y seleccionar es ir ahorrando, ahorrando... En otros términos: el que selecciona, evoluciona, y el que cruza hace una revolución.

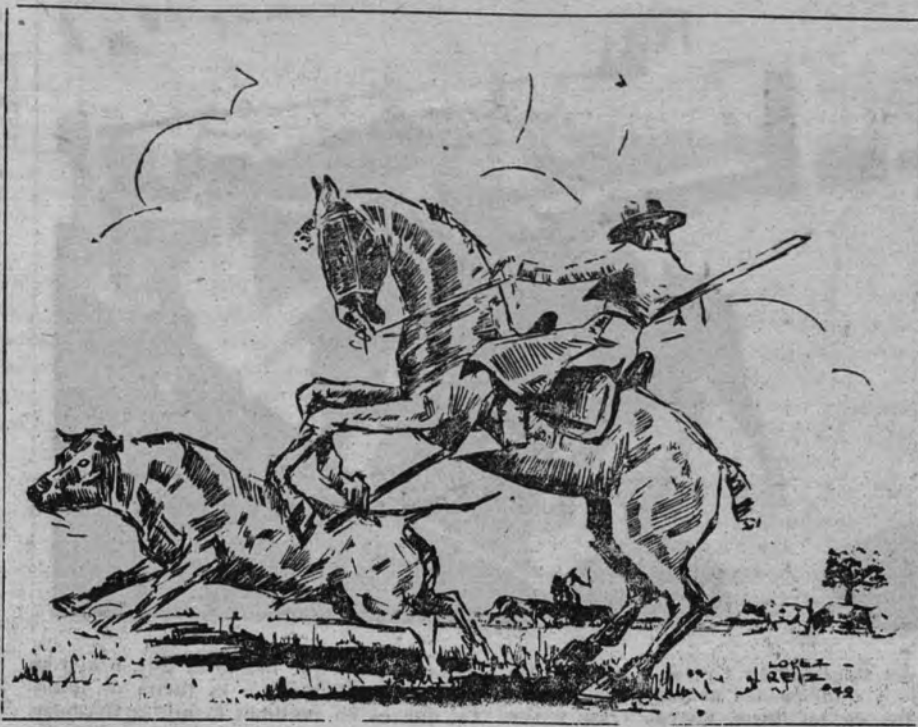
De cara a la primavera y elegido el semental, bien de la propia ganadería del que selecciona o traído de fuera, por el que cruza, llega el momento de unirle a un lote de vacas, que no debe sobrepasar las sesenta, para que la cubrición tenga lugar en buenas condiciones. Si el número de vacas de vientre es tres o cuatro veces mayor, como ocurre con frecuencia, necesitaremos otros dos o tres toros para padrear, bien entendido que cada lote de vacas, con su respectivo semental, permanecerá totalmente independiente de los otros, único método de que se sepa luego con certeza de quién es hija cada cria, pues de no ser conocido este extremo cae por su base toda la mejora. Dicho sistema tiene el inconveniente de que la nascencia dura cuatro meses—de enero a mayo, si el toro permanece con las hembras desde abril a agosto—, y que, por lo tanto, la cria es desigual; pero esto no debe importarnos gran cosa, ya que la temporada dura desde el festejo de la Magdalena en Castellón, a mitad de Cuaresma, a los del Pilar en Zaragoza, y, por tanto, habrá corridas tempranas y tardías para los toros tempranos y tardíos. Distinción esta última, por cierto, que no desaparece más adelante, porque la ventaja de dos meses en el nacimiento no se suele perder con el transcurso de los años.

Antiguamente, para evitar esta pequeña contrariedad diferencial, los ganade-

Estreno de alcalde, novillos y baile.

Toro muerto, vaca es

¡A tres de mes, toros en Jerez!



ros echaban a las vacas a un tiempo más sementales "temporeros" de los precisos, con lo cual se lograba que la cria fuese algo más pareja; pero no sabían a qué carta quedarse cuando se lidiaban los padres después y unos eran regulares y otros malos. Con este procedimiento se ahorran además el gran trabajo de anotar los libros con el necesario detalle. ¡Y así salía ello!

Acabamos de tocar, de pasada, un punto interesante: el del historial. No puede llevarse una ganadería—de cualquier clase de ganado—en su adecuada forma si no se registra, por uno u otro medio, individualizar a cada res para que nadie la confunda con las demás de la perra, a fin de atribuirle, sin el menor asomo de duda, sus propios meritos y defectos. En el ganado bravo esta operación se llama "el nerradero", y por su significación, y porque envuelve ideas de inmutabilidad, equivale, en realidad, a la pista de largo. Una por una van soltándose las crías, recién destetadas, por lo común, a un corral, en donde, tras de incidentes bastante divertidos, son agarradas por mocetones con más maña aún que fuerza y tumbadas en el suelo, para ponerlas, ya reducidas a la inmovilidad, la marca candente de la ganadería y los números, generalmente en el anca y en el costillar. Se cortan también las cerdas del rabo al nivel de la última vértebra para que surga después un hermoso penacho, rizado y por igual, y a punta de navaja se hacen unas incisiones en las orejas, siempre las mismas en cada Casa, y de tal modo en combinación, que sin necesidad de ver el hierro sirven para identificar la ganade-

ria. Su verdadero fin es dar lugar a la sangría que sirva para contrarrestar la congestión que origina al animal el verse totalmente reducido a la impotencia precisamente cuando, haciendo los primeros pinitos, acababa de meter la cabeza con verdadera furia.

No hay ningún suceso saliente que reseñar desde entonces—ocho meses—hasta los dos años en que se efectúa la tiente.

PRUEBA DE APTITUD.

Dicho en plata, "la tiente". Se dice corrientemente que se tientan los machos y las hembras, pero en realidad (salvo los que se destinan a sementales) las únicas que se prueban a fondo son las novillas, ya que en los erales la necesidad de conservarlas vírgenes para el toro de a pie hace escasa la prueba, limitándola a una parcial suerte de varas exclusivamente; por desgracia, la que menos interesa hoy al público, pues si el toro no se deja torrear, poco o nada importa el hecho de haber estado bravo en el primer tercio.

Así, las hembras se deben tentar en plaza, y verlas con detenimiento en el caballo y en la capa y muleta; en cambio los becerros no se deben tentar o a lo sumo, hacerlo en campo abierto, constituyendo la faena esa estampa, llena de vigor y colorido, propia para atracción de forasteros. La perra se lleva a un sitio poco querencioso y se van dejando despuntar uno a uno los toretes para que, libremente, se dirijan a su querencia, perseguidos por la "collera", que es el par de caballistas, los cuales cada vez van ganando más terreno—merced al rápido galope de las jacas—hasta que la res se pone a tiro, y al apoyar la garro-

cha junto a la penca del rabo, el palo transmite todo el impulso de la carrera, y el bicho pierde estabilidad, cayendo a tierra, de donde se levanta presuroso; y una de dos: o sigue su rumbo haciéndose el distraído, porque es manso, o, en el otro caso, revolviéndose desafiador, da lugar a que entre el picador en escena y le pueda propinar unos cuantos puyazos, mientras los invitados—con la "Leika" y el "Baedeker"—batan palmas de contento.

La razón de desechar implacablemente las vacas que no son buenas radica en que la bravura es un carácter hereditario, como las llamadas funciones económicas, si bien el mecanismo genético de la transmisión es todavía desconocido. Seguramente la bravura depende de varios factores, todavía no localizados, en los numerosos cromosomas de la célula sexual del toro, los cuales, sumando o restando sus efectos, dan ocasión a varias "tonalidades" de bravura. Es difícilísima la selección de este carácter, porque no se ve a simple vista como la capa, ni se puede medir como la producción de leche. Por el contrario, se trata de un carácter anímico, eminentemente subjetivo, y que, en realidad, no está definido totalmente. Yo confieso que no sé lo que es la bravura, porque hoy se ovacionan en el arrastre toros que hubieran sido calificados de mansos en 1910, y viceversa. Es decir, que el concepto está (como todo lo que se relaciona con la fiesta) en una inacabable evolución, y viene enmascarándose con otras cualidades, y entre ellas: la nobleza, el poder, el temple, el genio, el temperamento, la suavidad, el sentido, el nervio, la rectitud en la embestida, etc.

A fuerza de distinguos y de sutilezas, el

ALIMENTACION

Una vez más he de traer a colación la frase famosa de un técnico, que decía: "Sólo hay dos razas de ganado en España: el que come y el que ayuna." El toro de lidia pertenece a la primera clase. Desde que nace se cría "a regalo", en pastos de buena clase, siempre con menor número de cabezas que el cupo correspondiente. A medida que va creciendo se le da mejor "plato". Es decir, que los toros van "desfloreciendo"; las vacas "aplicando" el pasto que ellos dejan, y el ganado menudo "apurando" el despojo.

A los tres años se les enseña a comer grano, y en el año de su muerte, en invierno y en verano, hay que suplementar su alimentación, durante más o menos tiempo, con piensos concentrados, a base de habas y avena (mezcla clásica), algarrobas, yerros, almortas, centeno, cebada, etcétera. También consumen otros alimentos más groseros, como son remolacha, pulpa, heno de prado y de alfalfa, incluso paja. Y un recurso grande para adelantar las corridas tempranas es pastar alcornoques—generalmente de centeno—, los cuales, además de engordarlos, hacen a los toros tirar el pelo viejo, que se reemplaza por ese otro, sedoso y cortito, que más de un profano toma después por producto de almohaza y canchales.

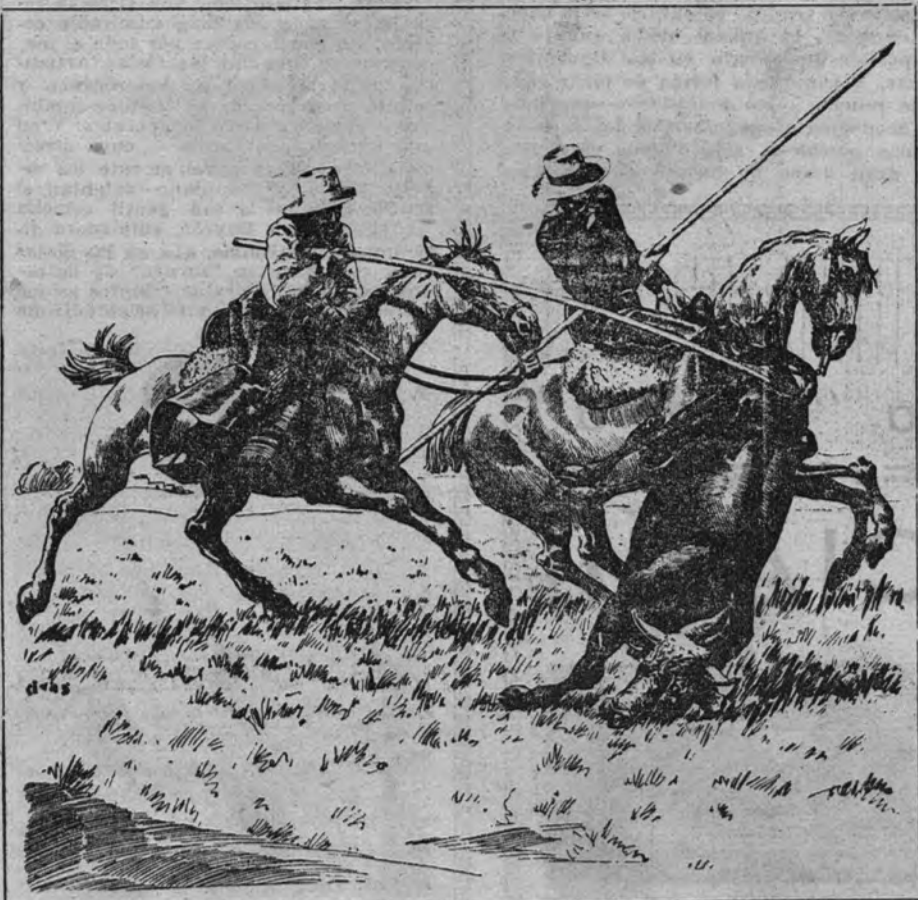
Al cabo de esos ciclos queda aún la faena campera decisiva: "el encajonamiento". Cuando suena su hora, se efectúa en menos que se cuenta (y lo haré en pocas palabras): encerrados en un corral los componentes del lote, se apartan uno a uno, y ellos solitos, "buscando mayor espacio para sus hazañas", dan en lugares cada vez más pequeños, hasta que, arrancados a un rayo de luz, quedan paradójicamente a oscuras en el cajón. En quince minutos se enjaula una corrida, y yo invito a ustedes a que consideren la trascendencia de este invento.

En resumen: la vida del toro es sosegada y feliz durante cuatro años, a los cuales sigue una semana de preocupación y un cuarto de hora de sufrimientos. Y comoquiera que este último es el momento más conocido por todos, yo aquí me permito recomendarlos lo demás: con que, si tenéis ocasión, no dejéis de ver la película de "La vida privada del toro", que os aseguro es interesantísima.

Al cojo coge el toro.

Al loco y al toro, darle corro.

Torico de Medina, que no vale una sardina.



IV-LA SUERTE DE VARAS

Por FELIX MORENO ARDANUY



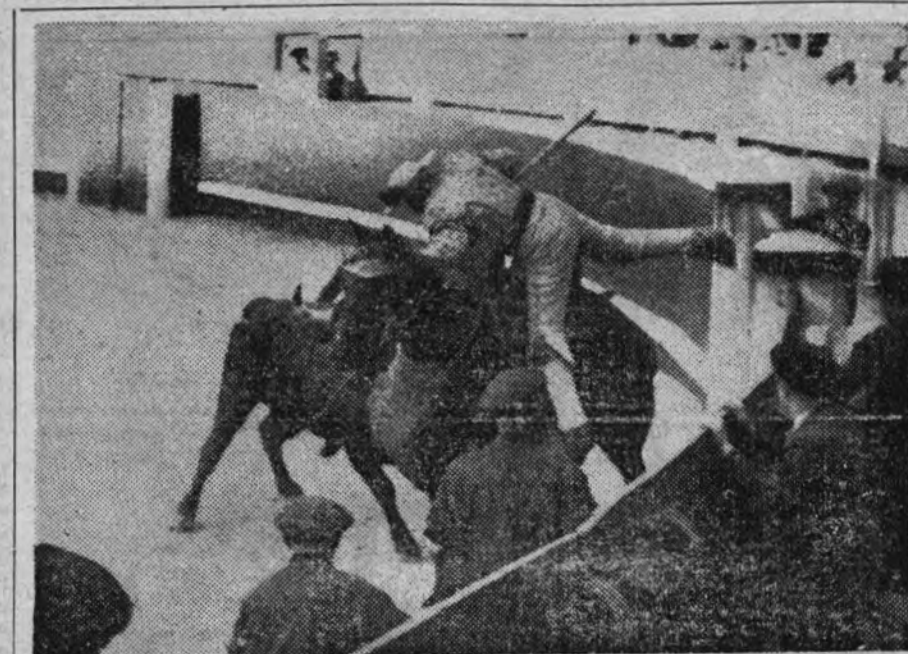
Se le pregunta a un ganadero por la suerte básica de las corridas de toros, y como los ganaderos en general somos o poco escritores, apenas sabemos expresar nuestro pensamiento por escrito, aunque lo sintamos en lo más profundo de nuestras aficiones ganaderas.

Fué sin duda el empezar a alancearse a los toros el principio de nuestra Fiesta Nacional. Los toros no tenían bravura suficiente para buscar por instinto la lucha fuerte y violenta que supone la suerte de varas actualmente, y por ello se alanceaban; esto es: el jinete buscaba al toro, y algunos de éstos, al verse martirizados, arremetían al caballista. Después, y a medida que se hizo la selección del toro de lidia, éste fué teniendo la suficiente bravura para buscar por sí mismo la pelea.

La suerte de varas—manifestación fundamental de esta última—ha ido modificándose extraordinariamente a lo largo del tiempo. Primero, por la rapidez de la vida, que ha hecho se acorten las horas que se dedican a presenciar las corridas. Supongan los actuales asistentes a la fiesta si aguantarían el tiempo preciso para ver, no a uno, sino a seis toros, tomar diez, doce o veinte puyazos, y aun más, como es fama se arrancaban los toros a los picadores hace setenta u ochenta años; a menos tuviera la rapidez del rayo para acometer a los caballos, es indudable que sólo en la suerte de que nos ocupamos tardaba cada toro más que los seis de una corrida en la actualidad.

Vino después a disminuirse—y por tanto a quitarse importancia—la mayor fortaleza de los toros (aunque otra cosa crean y prediquen los modernistas), que hizo se aumentaran extraordinariamente las dimensiones de las puyas y se estrecharan éstas en cada corrida, lo que hace estén completamente afiladas y causen sus heridas mucho mayor efecto en los animales que las puyas antiguas, más pequeñas, muchas veces mohosas y que apenas hacían daño a las reses. Para convencerse de esto, no tiene el aficionado más que pensar en qué estado quedaria un toro al que se castigara con los ocho o diez puyazos antiguos. Y no se diga que el toro actual es más pequeño ni pesa menos que los de hace cuarenta o cincuenta años, pues hoy sólo se ha reducido en los toros la cuerna; para confirmarse en ello basta ver, por ejemplo, las viejas fotografías del "Sol y Sombra" o leer las colecciones de este semanario, tan lastimosamente desaparecido. En algún punto de ella se inserta una entrevista con el abuelo del actual ganadero D. Manuel García Aleas (decano hoy de los de toros de lidia), en la cual aquél—ya con unos ochenta años—citaba toros jugados en la plaza de Madrid con 220 kilos de peso y aun menos.

Más tarde, produjéronse las muchas intervenciones de los diferentes elementos interesados en las corridas, que unas veces particular y otras oficialmente, tuvieron que entrevistarse para tratar principalmente de la suerte que nos ocupa. A propósito de esto, recuerdo una entrevista ante el entonces director general de Seguridad, general Bazán, y en la cual, a las observaciones formuladas por un ganadero madrileño (que formaba parte de la Comisión nombrada para tra-



tar del Reglamento Taurino) sobre el tamaño y dimensiones de las puyas, cuyos efectos en los toros bravos eran y son terribles, el representante de los picadores decía simplemente: "Más vale un hombre que un toro." Ante esta manifestación, piensen por nosotros los aficionados los argumentos que cabe emplear, dado que aquí los silenciamos en virtud de las breves dimensiones de estas notas. Que en cuanto a aquellas entrevistas, los ganaderos perjudicados llegamos a la necesidad de presentar algunos hierros, de los cuales, por un movimiento de la vara o garrocha en el momento de la suerte, salía una puya de más de nueve centímetros de longitud; instrumento que llamó poderosamente la atención del general Bazán, que dirigiéndose al inspector de Policía, Sr. Fenol, que asistió a nuestra demostración, le dijo: "Fenol, esto es una lanza."

Vinieron, por ende, los petos, y los ganaderos protestamos de ellos e hicimos cuantas gestiones estuvieran a nuestro alcance para evitarlos. Creemos hoy que, haciendo mucho daño al lucimiento y bravura del toro, quizás hayan extendido la afición a nuestra Fiesta Nacional a un elemento que, sin ser verdaderamente aficionado, le da realce y número a las corridas; por mucho que se haga actualmente por evitar el peto, todo será inútil ante la gran escasez de caballos existente.

Por último, ha llegado y hasta está en moda hoy, la forma de picar llamada "la carioea", implantada por un picador—excelente faete—que ha encontrado la forma de castigar grandemente a los toros blandos, buscando la manera de que no se retiren del caballo al sentir el "hierro". Lo que empezó a ejecutar ese buen pique, ro, que sabe de toros, lo han copiado muchos, creyendo que todos los toros necesitan castigarse de la misma forma; pero cuando hay un toro bravo y duro, al que sobre su empuje voluntario se le hace "la carioea", es animal medio muerto y sin posible lucimiento en las siguientes faenas. Y como esta forma de picar conviene mucho a los matadores—que quizás aconsejen a sus subordinados la usen lo más posible—, sólo cuando ellos tienen gran deseo de lucimiento procuran

evitarla para que llegue el toro bravo en debidas condiciones a la faena de muleta, que es en realidad la que actualmente agrada y satisface al 80 por 100 del público que acude a nuestras plazas.

Simultáneo con todo ello ha surgido otro vicio que no deja de perjudicar a la suerte de varas: los capotazos y vueltas que actualmente se les dan a los toros antes de que tomen los puyazos. Llegando las reses a éstos con mucho menos poder y brío que si al salir del chiquero se encontraran directamente con los picadores, los cuales han conseguido con ello ventajas muy considerables.

Señalados así los defectos que desde el punto de vista ganadero se observan en el tercer primero de lidia, creemos podría hacerse mucho en favor del toro con nuevos modelos de puyas que, garantizan de debidamente al picador, no perjudiquen

a los animales. No creo sea este el sitio ni momento de describir las modificaciones que cabe practicar en los actuales modelos de puyas, pues ello sería abusar de la paciencia de los que nos lean. Pero esa y sólo esa sería la solución para la fiesta.

La suerte de varas es la verdadera prueba del toro bravo, entendiendo nosotros por bravura primitiva y esencial el crecerse al castigo. Bien lejos del proverbio de la gente de campo "lo poco espanta y lo mucho amansa", el animal de casta brava, a medida que la lucha aumenta, desarrolla su coraje y deseo de pelea. Por ello vemos en los tentaderos de becerras algunas que en el primer puyazo salen rebotadas; en el segundo, menos, y al tercero o cuarto se quedan—como decimos en términos ganaderos—"curmiendo" en la suerte: se les hace el quite y, al notar la falta de dolor, las hay que casi dejan el capote y vuelven voluntarias y con coraje a meterse materialmente debajo del caballo. Parece como si fuera un goce para el animal el que esté la puya entrando en sus carnes. Este es verdaderamente el momento de satisfacción extraordinaria que siente el verdadero ganadero—y comparte el verdadero aficionado—cuando tiene la suerte de que salgan animales realmente bravos!

Y nada más por hoy. Por estar nuestro cometido circunscrito estrictamente a la suerte de varas, no desarrollamos nuestro pensamiento y observaciones sobre el resultado de lidia total de los animales que han sido bravos en la suerte de varas—primordial en las corridas de toros—, bien entendido que esa es siempre la verdadera prueba de bravura, porque lo difícil en la clase de ganado que nos ocupa es conseguir que los animales se crezcan al castigo. Buena prueba de ello es, sin duda, que el conseguirlo ha costado más de dos siglos de selección, y en cambio, en una quincena de años se ha conseguido el toro dócil que aguanta faenas de muleta de larga duración; la razón es tan sólo porque la "cama" estaba hecha, al tener la "masa" de sangre brava obtenida a fuerza de selección en la suerte de varas.

EL PRESTIGIO DEL TOREO COMICO

Las altas GALAS ARTISTICAS Y EL EMPASTRE

El toreo cómico ha tomado merecida carta de naturaleza en la fiesta de toros, y la lógica ponderación de la amenidad y la risa trae, con cierto derecho de fuerza de actualidad, a estas páginas taurinas de nuestro número extraordinario el elogio bien ganado de estos dos espectáculos, en los que se ofrece a los públicos fuertes rasgos de ingenio, de regocijo, de buen arte de torear en determinados momentos, hasta llegar a la emoción, y de raudales de carcajadas constantemente. Por colofón, el atractivo indiscutible que brinda el toreo cómico le ha hecho indispensable en todos los redondeles.

Se ha impuesto con una firmeza resuelta el cada día más admirable espectáculo que reparten por todo el mapa taurino mundial las Galas Artísticas, integradas por un heterogéneo y selecto programa de variedades combinadas con un acierto insuperable. Y en esta agrupación taurina—cuya dirección llevan irreprochablemente los señores Gómez y Jumillano—detentan el relieve máximo la tan gentil estrella "de coicr" Elsie Bayrón, animadora difícilmente sustituible, que en las Galas va a comenzar su "turnée" de despedida realmente ahita de triunfos en las temporadas últimas, y el celebradísimo



e inagotable Bombero Torero, del que se puede decir, sin rozar la hipérbole, que tiene la llave de arrancar la risa en las plazas, hasta provocar el estrépito en las carcajadas. Y a título informativo apuntamos el detalle de que este mago del regocijo embarcará en breve, ya de regreso a la Patria, terminada su campaña de triunfos ininterrumpidos en las plazas de América.

Justificación plena de que las cuadrillas cómico-artístico-musicales-taurómacas han conquistado un sólido prestigio en el toreo contemporáneo, la tenemos en la circunstancia de gozar estas dos organizaciones el máximo favor de los públicos. Ello se hace patente en la apresurada petición de fechas para todas las plazas de gran prestigio, hasta pasar del medio centenar las ya firmadas. Lógica demanda en los empresarios, pues que la lucha sería en las corridas de toros—sería cuando el pundonor se impone—precisa la contrapartida del humorismo. El drama solicita la compañía del sainete. Lo reclama el equilibrio en los escenarios. El drama en los redondeles tiene por contrapartida la gracia del toreo cómico, que, actuación por actuación, es lógico que abarrota los circos taurinos al conjuro de su anuncio.



La "gaonera"
= D E =

VALENCIA III

He aquí dos momentos magníficos del arte insuperable con que JOSE ROGER «VALENCIA III» mantiene triunfalmente la tradición de su valerosa dinastía taurina





V-DE AYER A HOY

Por "RELANCE"



En los primeros tiempos del toreo, los toros eran presentados con manifestas desigualdades en tamaño, fuerza, tipo, carnes y cuerna. Pero acontece que al nacimiento, siguen el desarrollo, la prosperidad y la decadencia. Y así, en el espectáculo taurino. Parece que con el transcurso de los años se rehuye la lucha y se buscan trampas y ventajas, en demanda de la comodidad, el menor esfuerzo y la mayor retribución. Numerosos ejemplos existen de ello en el valén de la fiesta. Vaya el más representativo de todos:

Una de las grandes épocas del toreo fué la de "Lagartijo" y "Frasuelo", por su competencia de veintitrés años y por ser más verdad el toro y la lidia. Rafael y Salvador mataban lo que les echaban; no así sus sucesores. Porque al Califa, al coloso cordobés, siguió su tocayo, paisano y discípulo, el inmenso "Guerri-ta", señor absoluto, sin competidores. Y su aislamiento, sin contrincante, achicó el ganado.

El 15 de octubre de 1833 se retiró Rafael, en Zaragoza, y fueron las reses, navarras, de Funes, de los Hijos de D. Raimundo Díaz Bermejo. Por cierto, que sobrino y heredero de ellos se ha dicho que fué Cándido Díaz. Y éste era primo carnal y empezó con la ganadería riojana, de Calahorra, de Beriain; que la otra la compraron personas de Zaragoza, salvo una punta de vacas adquirida por navarros de Tudela.

Ya de escritor taurino alcancé dos temporadas de "Guerrita", pues, desgraciadamente—triste privilegio—, si no soy el uecano le faltará bien poco. Era el año de la pérdida de las colonias, cuando "Sobaquillo" abandonó los trastos y yo escribí el primer "Relance", precisamente por ser también una suerte de banderillas: lance repetido—el segundo, de lo mismo—, y al banderillear, y no al revuelo de un capote, según muchas veces se ha escrito, sino banderillero inmediatamente después de banderillero, aprovechando, casi sin ser visto por la res, y ésta descompuesta. Pero... sigamos el proceso pendular de que hablabamos.

Se observa en él que a poco de retirarse el Guerra, con Bombita y Machaco—poderes menos fuertes—, crecieron los astados; algunos en edad, y muchos en corrupción, poder y cuerna. Y que también Juan.

La Historia se repite...

Al principio de la centuria actual aún existían seis razas (ganaderías, diez veces más) andaluzas, la manchega de JI.

jón (que con dos equis se escribía antiguo), y aun otras varias de soleras navarra, aragonesa, riojana, castellana, portuguesa, salmantina, colmenareña... Bien pronto, sin embargo, la sangre andaluza—de la buena de Andalucía—pasó a fecundar en las demás regiones. Y se ganó en tipo y bravura, pero se perdió en variedad de tamaños, hechuras, pintas y condiciones de lidia. Así acabaron, verbigracia, matices interesantes en alto grado, como los que resultaban de los bureles navarros puros, con su lidia alegre y dura: pequeños—y no bonitos—, colorados y chatos, recargados de delante, veletos, corniblanco, y no sólo carifoscas, sino, muchos, rizados hasta las agujas y los codillos, los ejemplares de Navarra asombraban por la enorme bravura y por su nervio, rabia, rapidez y resistencia.

Todavía existían en España los ganaderos por lujo y afición, que presentaban plausiblemente sus corridas, con la excepción de contados colegas desaprensivos.

El precio de las reses era intermedio entre el de los antiguos tiempos y el elevadísimo de hoy. Ya entonces costaba un toro más que cuando antes se pagaba uno del duque—que marcaba el máximo—a mil pesetas; de donde a estos billetes se les llamaba "Veraguas".

Si se empleaban los piensos, el grano, era en pequeña escala, y rara vez para adelantar una corrida, y más como suplemento o en crudas invernales. Que el agua, el clima y la comida son los que influyen en la bravura, y ésta no aumenta con la alimentación artificial, sino con la natural, con la hierba. Comiéndola los animales a boca llena, lo cual, por otra parte, es muy costoso, pues supone fincas buenas y abundantes, no se desmerecerá en trapio, presencia y poder.

La vaca gorda y hermosa, así cria a sus hijos; y si, después, éstos comen a placer, serán buenos mozos en llegando a la edad conveniente: la de los cinco años. La piden la Naturaleza y la lidia.

Es cuando el animal está en la plenitud de su desarrollo, lámina y fortaleza. Cuando tiene seriedad, respeto, morrillo, calzones, fuertes los músculos. Cuando no pelea ligero y alocado, sino enterándose, con reposo y aplomo, tirando secas las cornadas, cebándose más...

Por eso hay que meterse y exponer más también en los quites; torear con cuidado, serenidad y valor, y herir como es debido. Y así resulta más lucido y meritorio: acaso hasta más fácil, puesto que el diestro sabe a qué atenerse.

Contra esto y otras cosas—con ventaja para ellos, pero con perjuicio del público, de la fiesta y del toro—acabaron, no obstante, por ir los toreros. Y los ganaderos.

A este malhadado siglo XX pertenece la "Unión de Criadores de Toros de Lidia", la cual, como suele ocurrir, nos trajo bueno y malo. Entre esto último, sobresale el perseguir a los no "unionistas", impedirles el ingreso y monopolizar la venta, para beneficiarse con la consecuencia, que no podía ser más rotunda y halagüeña: venderlo "todo" como bueno y caro.

¡Toro bravo, de estampa, de boca y romana! ¡Fiesta sin pleitos! Sin petos ni lanzas, cosas todas perjudiciales, según tengo demostrado en tantos artículos.

En "los buenos tiempos" no se conocía nada de esto último, y era la pica vara de detener. Y el toro, toro: fácil o difícil, bronco o pastueño, noble o marrajo, claro o de sentido... Y suave o de terribles arrancadas. El uno, daba vueltas, como en una noria; otro saltaba mucho la barrera; aquel se defendía en los medios "emplazándose"; este se amparaba en las tablas... Y uno no tomaba ni una puya; otro, muchas; a unos se les fogueaba; a otros se les perdonaba la vida, por bravos... Como debe ser: distinto, variado, accidentado, interesante, imprevisto...

Después se perdió eso, y la gallardía, y el brío, y el peligro, y la emoción. Por contra vinieron el estilismo y la línea. Y con éstos el torito "standard", infeliz, dócil, inocente, tierno, obediente, encarrilado, poco menos que inofensivo; la menor cantidad posible de fiera. Eso que, amaestrado, baja la cara, embiste derecho, no tira cornadas y se deja torear, en el tercio, como un borrego.

"Afuera", como decía un amigo y tocayo (q. g. h.), paisano del Ingenioso Hidalgo e ingenioso también, amén de entusiasta lagartijista y joselista decidido.

Y "standard", igualmente, la lidia, sujeta a modelo o regla. Que es monotonía y conocimiento previo de lo que va a ocurrir.



Solana, lance alto y res veleta; la lidia de otros tiempos. Ahora, en otra sombra menos cruda, lance suave llevando en las manos—muy bajas—el medio toro recortado que, sin puntear, hace un surco en el suelo con el morro.



FIESTA NACIONAL

ROJO Y NEGRO

Por MANUEL MACHADO

I

Una nota de clarín
desgarrada,
penetrante,
rompe el aire con vibrante
puñalada...
Ronco toque de timbal.

Salta el toro
en la arena.
Bufa, ruge...
Roto cruje
un capote de percal...

Acomete
rebramando, arrollando
a caballo y caballero...
Da principio
el primer
espectáculo español.

La hermosa fiesta bravia
de terror y de alegría
de este viejo pueblo fiero...
¡Oro, seda, sangre y sol!

II

En los vuelos del capote,
con el toro que va y viene,
juega, al estilo andaluz,
en una clásica suerte,
complicada con la muerte
y chorreada de luz...

Elegante
y valiente,
y con una seriedad
conveniente,
va burlando
la feroz acometida
y jugando
con la vida
ágilmente.

III

Un montón
de correas y de astillas
y de carne palpitante
y sangrante...
Un fracaso de costillas
con estruendo...



Correaes perforados
y hebillaes
destrozados...
Sangre en tierra...
Polvo, un grito... ¡Una ovación!

Sobre la arena, roja
de sol y sangre, en confusión de rotos
arreos y correas,
derrilados se agitan entre el polvo
caballo y picador... Y al palpitante
montón convulso el toro
asesta, rebramando,
el duro cuerno hasta la cepa rojo.

...Y encuentra en el camino
nada la orla de un capote, sólo
una figura esbelta que se esquivo
jugando con su enojo...
Que se esquivo elegante,
dejando desde el hombro
pender la rica seda... Y paso a paso
la sigue ciego, absorto,
hasta parar rendido,
el duro cuerno hasta la cepa rojo.

Y la paz es un charco
de sangre mala y negra
y aquellos dientes fríos y amarillos...
Un azadón, un esportón de tierra
y aquel montón de arreos
que, como cosa muerta,
junto del jaco muerto
están sobre la arena.

IV

Agil, solo, alegre,
sin perder la línea



—sin más que la gracia
contra de la ira—
andando,
marcando,
ritmando
un viaje especial de esbeltez y osadía...
llega, cuadra, para
—los brazos alzando—,
y, allá por encima
de las astas, que buscan el pecho,
las dos banderillas,
milagrosamente
clavando... se esquivo
ágil, solo, alegre
¡sin perder la línea!

Veinte mil corazones
laten en un silencio
claro y caliente. Brindis.
Suenan con golpe seco
las banderillas mustias
en el lomo del toro, y a su cuello
la roja sangre tibia
hace un "fourlard" soberbio.

De un lado, por debajo
del rojo trapo en que su furia engríe,
el toro surge, alzando
remolinos de arena.
De otro lado sonríe una cara morena.

O bien, en los tres tiempos
del pase natural, tendiendo el brazo
guarnecido de oro,
la clásica elegancia
con seriedad ejerce y arrogancia.

¡Fué, pudo ser! Los alamares de oro
rozaron con el asta ensangrentada,
en la arena tendido yace el toro,



y de pie, sonriendo, está el espada.
Veinte mil voces—una—gritan locas.

La inesperada acometida ha hecho
del elegante paso
un revuelo confuso... y al'a, junto
de la barrera, hay algo
indiscernible... Enfrente
se ven rostros de espanto...
Y, entre manchas de grana
y reflejos metálicos,
el toro, revolviéndose,
alza en los cuernos un pelele trágico.

VI

Y suena esa divina musiquilla
de "La Giralda", que es toda Sevilla,
y es torera y graciosa y animada.
Y habla de la mujer enamorada
que nos espera... Y nombra
naranjos y azahares,
y la caña olorosa,
y una alegría rítmica en cantares,
y una tristeza vaga y lujuriosa...

Los látigos chasquean,
agitan las mulillas
en su carrera locas campanillas,
y mientras que se olean
las frentes sudorosas
y en el pecho golpean
los corazones, suena
la música torera y sevillana,
y, dejando en la arena
un surco negro y grana,
pasa arrastrado el toro...
Lleva en el fuerte cuerno
un hilillo de oro.

Después, como de un tajo,
la música, la luz y la algazara
cesan en un momento
contra compás... De un golpe el movimiento
se desvanece y para.

VII

El gran suspiro que es la tarde, crece
como de un pecho inmenso. Palidece
el sol. Y, terminada
la fiesta de oro y rojo, a la mirada
queda sólo... un eco
de amarillo seco
y sangre cuajada.



CHICUELO
23 septiembre 1919

ESCALAFON DE ESPADAS EN ACTIVO

4 DE ABRIL DE 1942



LALANDA
26 septiembre 1921



VILLALTA
6 agosto 1922



POSADA
29 septiembre 1923



NISO DE LA PALMA
11 junio 1925



CAGANCHO
17 abril 1927



KERA
17 septiembre 1927



10 agosto 1930



ORTEGA
3 marzo 1931



P. BIENVENIDA
5 julio 1931



NOAIN
17 agosto 1931



LASERNA
29 octubre 1931



ESTUDIANTE
20 marzo 1932



MARAVILLA
7 agosto 1932



P. GALLARDO
25 septiembre 1932



GITANILLO
20 agosto 1933



CURRO CARO
27 mayo 1934



GOMEZ LAINE
21 septiembre 1934



MADRILENITO
18 marzo 1935



RAFAELILLO
6 octubre 1935



PERICAS
17 marzo 1936



BELMONTE
12 septiembre 1938



MANOLETE
2 julio 1939



MARIANO GARCIA
19 agosto 1939



P. L. VAZQUEZ
15 agosto 1940



CASADO
1 septiembre 1940



GALLITO
22 septiembre 1940



SANCHEZ MEJIAS
13 abril 1941



MARTIN VAZQUEZ
6 julio 1941



P. BARRERA
25 julio 1941



MORENITO VALENCIA
27 julio 1941



ANDALUZ
15 marzo 1942

VI - El toro en la economía nacional

Por ANTONIO GARCIA ROMERO



En la dehesa, que limita una cerca de toscas piedras superpuestas, pastan tranquilos unos toros, con el tipo y figura, la cornamenta y las hechuras del ganado de lidia. Varios, se adivinan entre los robles—"roble y fresno prado bueno"—, y otros se dejan ver por entero acariciados por un claro sol de primavera.

Los que pasan, con cierta prudencia, ante la finca, hacen en voz alta sus comentarios: "—Mira cómo se encampana y se alegra aquel ensabanao!" "—Son pequeños!" "—Lo que son es bajos de agujas, y por eso parecen chicos." "—Y que la hierba está crecida y les tapa." "—¡Lástima de tierra sin cultivo y de animalitos criados para una fiesta barbara!", se oye una voz que desentona.

No es justo. Habla de ligero ese señor...

La agricultura, nuestra agricultura, no necesita precisamente para prosperar de mucha más tierra en cultivo. Lo que sí hace falta es que cada suelo tenga su aprovechamiento adecuado. Una mejor ordenación de superficies.

Lo absurdo es querer poner trigo en lo que mal puede con centeno; lo suicida es roturar lo que a poco, tan pronto se agote la materia orgánica reunida en el transcurso de los años, no será, hasta que pase tiempo, ni monte ni mediana tierra de labor. Muchas de esas fincas que pasean y aprovechan las reses bravas, tierras "malonas", sin substancia, de poco fondo, donde se tropieza con la piedra a poco que se hincan el arado, ni aun ahora, que todo se paga bien, sería negocio cultivarlas. Y esas dehesas de encinares o fresnos, esas extensas praderías, se revalorizan por el ganado de lidia. Porque, progresivamente, mejora el suelo con la basura de las reses y se hace capaz para sostener más cabezas.

La mayoría de los ganaderos de reses bravas comparten su cría, que a veces les cuesta muy buenos cuartos, con la de otros animales: cerdos, ovejas, que apuran pastos—otro empleo de esos terrenos—de los que el ganado de lidia sólo consume, puede decirse, "la flor". Si estos ganaderos, que son también agricultores, estimaran de mayor beneficio meter tales tierras en cultivo, es de suponer que muchos lo harían, porque a nadie le amarga un dulce. Pero saben bien que no es económico.

De una encuesta realizada en 1931 por la "Unión de Criadores de Toros de Lidia", salieron muchos datos interesantes, ya sólo de un valor relativo por las grandes mudanzas habidas en los años últimos. Entre ellos, la conclusión—relacionando en aquel entonces hectáreas y reses—de que a cada res brava correspondían, como promedio, tres hectáreas de tierra, habiendo casos—ganaderías—en que salía la cabeza por cinco o seis hectáreas de pasto.

Pudiendo sostener un buen prado de dos a tres reses vacunas por hectárea, el dato anterior dice bien claro la clase—con las naturales excepciones—de los terrenos reservados al ganado de lidia. Un regalito para cuantos hablan, sin base, de cultivar lo inculto! Entre las cien mil y pico hectáreas que se estima ocupan hoy las ganaderías—varias desaparecieron con la guerra y también surgieron otras nuevas—, no llegarán probablemente a tres mil las que podrían roturarse con ventaja.

Resumiendo: no todas las tierras dedicadas a reses bravas son malas. Algunas son buenas, excelentes, pero excelentes... para pastos. Entre nuestras principales necesidades agrícolas figuran los prados. Más falta nos hacen buenos prados que malas tierras de labor. Y los prados, por productivos que sean, tienen un magnífico empleo criando y formando reses de lidia; ayudando, a la vez, al sostenimiento de otras de renta, y permitiendo cortas y aprovechamientos maderables. A un tiempo, suelo y vuelo.

Aparte lo ya dicho, el toro bravo es merecedor de mayor cariño y atención que los que la gente—profanos y técnicos—le concede. Por lo que significa, haciendo posible la fiesta española, y porque en el toro y con el toro se ha llegado a un tan alto perfeccionamiento zootécnico, que ya lo quisiéramos para otros animales de trabajo y de renta de nuestra cabaña nacional.

Admirable lo conseguido por los ganaderos con los toros de lidia. Realizaron, sencillamente, sin darle importancia, cuanto progresivos países efectuaron

para lograr la mejora de sus ahora famosas razas: asociación de criadores, libros genealógicos, estudios sobre alimentación y empleo de adecuadas raciones, selección, cruzamientos... Se ha trabajado con el toro como si fuera barro. Ganaderías que hace veinticinco años eran malas, sin atenuantes, gozan hoy de justo renombre. Toros precoces, que comen—más o menos—en todo tiempo, que no saben del hambre que antes pasaban, en invierno, sus estados talarabucos; ganado, el de ahora, que por virtud de un régimen alimenticio equilibrado y variado, que combina la hierba con el forraje verde y el heno y con diversos granos, da, a los cuatro años de edad, "cinco" en la boca—los ocho dientes permanentes—, burlando a la Naturaleza.

El sistema actual de crianza—tan distinto del de tira y afloja de antaño, que hoy padece, en su mayoría, el ganado cerril, y al que debe su poca airosa construcción—, cuando se realiza con mesura, evitando que el animal engorde con exceso, ni congestiona ni aploma.

Y respecto a bravura, si el toro es bravo por herencia, por lo que sea, factores anímicos o psicológicos no bien conocidos, dará juego esté gordo o flaco, y si le sale de dentro ser manso, se desengañará y se pondrá a la defensiva, lo mismo si tiene poco que mucho sebo.

De otra parte, los toros de lidia, producto genuinamente español, tienen excelentes condiciones para la producción de carne. El final de los corridos en las plazas, de las hembras y adultos y crías de deshecho, es la carnicería. Su rendimiento de vivo a canal, que en el ganado corriente es del 50 al 52 por 100, llega al 63 por 100, cifra que alcanzan pocos ejemplares de las razas especializadas para el abasto. Con la ventaja, en favor del toro bravo, de tener menos sebo, más músculo, mejor carne.

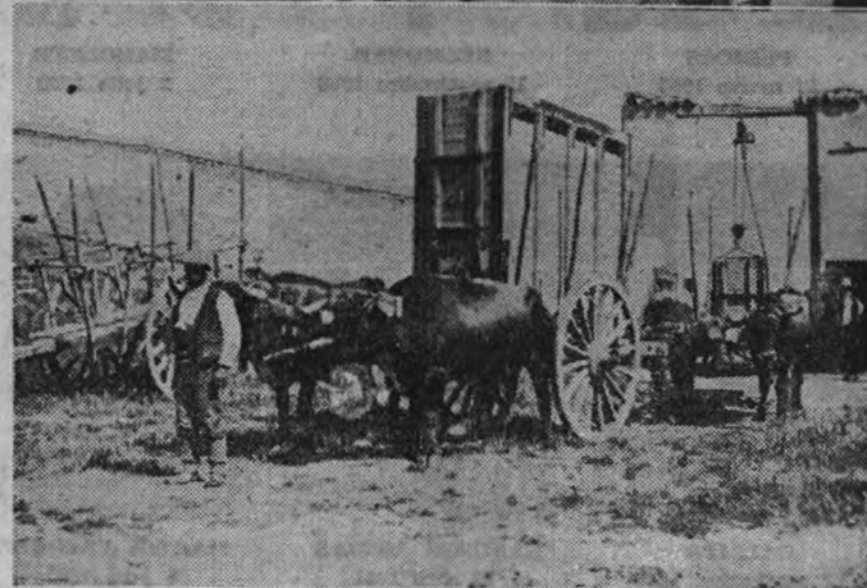
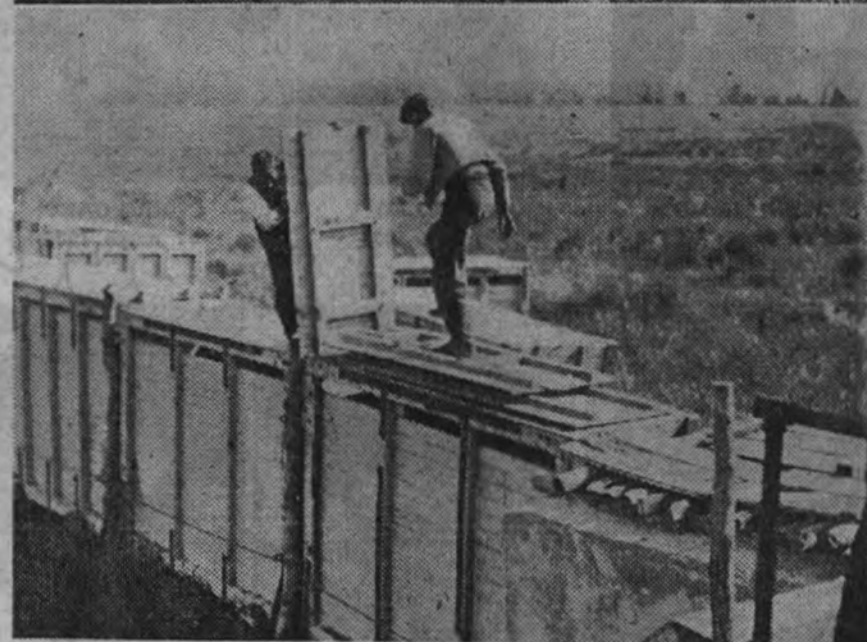
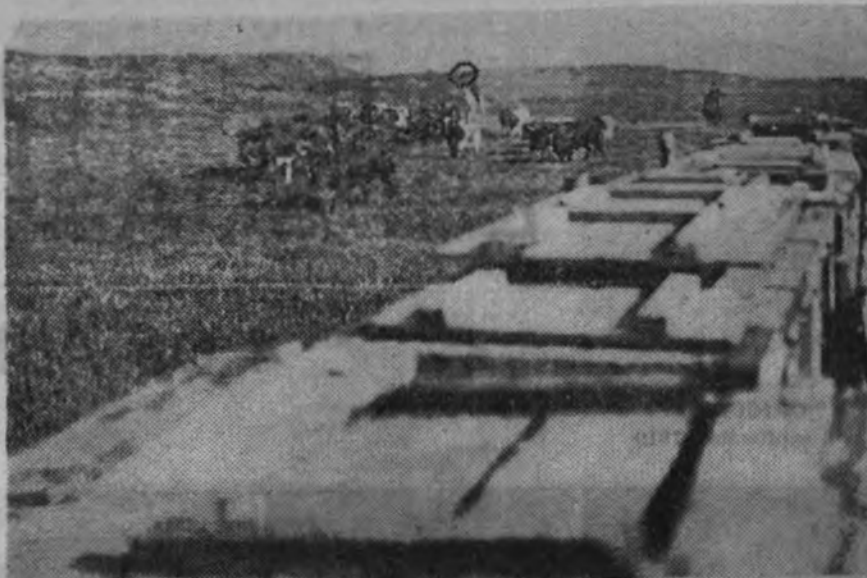
Si no temiéramos, con motivo, hacernos pesados en la faena—se presente el primer aviso—enumeraríamos, con lujo de datos, otras diversas ventajas económicas. Mencionémoslas brevemente. El toro de lidia adquiere un valor muy superior al que se obtendría de otro animal de su especie y sexo dedicado a carne, aunque sea difícil apreciar este sobreprecio, más en los momentos actuales, en que todas las cifras bailan. Puede ser—lo han sido y serán—caudaloso manantial de divisas ("divisas" en términos financieros): sin contar el pago de cuadrillas, ciertos toros que pasaron el charco, valieron en fechas no lejanas a 6.000 duros por cabeza. Contribuye, directa e indirectamente, a los gastos del Estado—según apreciaciones autorizadas con más del doble de su valor—y estimula la circulación de riqueza en proporciones insospechadas.

Contad los factores y elementos que intervienen en la preparación y celebración de una corrida: vaqueros, caballos, cabestros; artistas y obreros para carteles y billeteaje; carpinteros para hacer o reparar los cajones del enchiquerado; plataformas para el transporte ferroviario; jornales de carga y descarga; confección de trajes y artefactos para torrear; trenes especiales; gasolina, vehículos de todas clases—"eh, a la plaza!", empleados y asistencias... una verdadera multitud. Desde la bordadora en oro a los que venden por tendidos y gradas naranjas, gasosas y abanicos. Vida de las fondas y hoteles, ganancia de todo el comercio, ingresos cuantiosos en la capital o simple villa donde se celebra, ruidosa, animada, la corrida de toros.

Esas corridas tan censuradas por algunos—que a lo peor tienen afición al boxeo—, son, como dice el castizo, inteligente y competentísimo ganadero don Manuel García Alías, en el texto de una memorable conferencia, el paño de lágrimas de muchas desdichas. No pocas plazas pertenecen a Hospitales, Casas de Misericordia, Diputaciones, y rara será la que al acabar la temporada no haya celebrado varios espectáculos benéficos: para el torero herido, para la familia del muerto, para los obreros sin trabajo, para la Cruz Roja, los asilos; ¡los perdidos!

Hoy, como siempre y más que nunca, las corridas de toros no faltan en ningún programa humanitario, conmemorativo y patriótico.

Río de riqueza, en el que no he de bucear, puesto que mi cometido termina al esbozar los dos intrínsecos valores fundamentales—agrícola y zootécnico—que representa el toro bravo en el campo económico español.

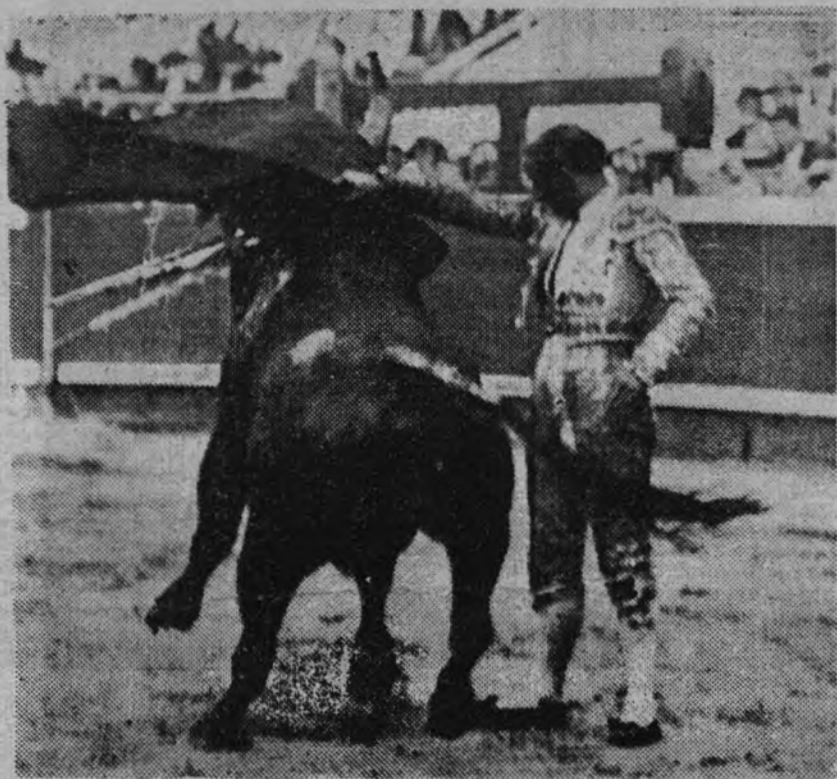


PEPE BIENVENIDA



Mayorazgo actual de una brillante dinastía de grandes lidiadores, Pepe Bienvenida es, por méritos propios, primera figura del toreo contemporáneo

UN MAESTRO DE TAUROMAQUIA: VICENTE BARRERA



Son excusados los adjetivos cuando se trata de definir la personalidad de Vicente Barrera, el famoso torero valenciano, veterano del triunfo. Basta enunciar su nombre para que todo buen aficionado lo asocie a la idea de un lidiador perfecto, dominador absoluto de la técnica, dueño de todos los secretos de la profesión y con un arte depurado y un valor constante para practicarla.

Hoy, como hace diez años, Vicente Barrera mantiene firme, con plena dignidad, su prestigio de auténtico maestro del toreo, y su nombre sigue siendo cabeza y fama de los carteles taurinos de mayor categoría.

LOS NUEVOS VALORES DEL TOREO: MANOLO MARTIN VAZQUEZ



Este muchacho, espigado y recio, de gallarda prestancia física y garboso empaque, viene de casta de toreros: Curró Martín Vázquez y Vázquez II, hermanos por la sangre y por la majeza de sus volapiés impecables, fueron toreros famosos en una época en que era muy difícil sostener airoso un pabellón de arte ante el empuje arrollador de los colosos Joselito y Belmonte.

Manolo Martín Vázquez, doctor en tauromaquia desde el año pasado, es una de las figuras más interesantes entre los nuevos valores del toreo. Fino artista con el capote, formidable rehiletero, muletero clásico y fácil estoqueador, su juventud y su valor le han llevado a ocupar rápidamente un puesto de honor en la moderna torería.

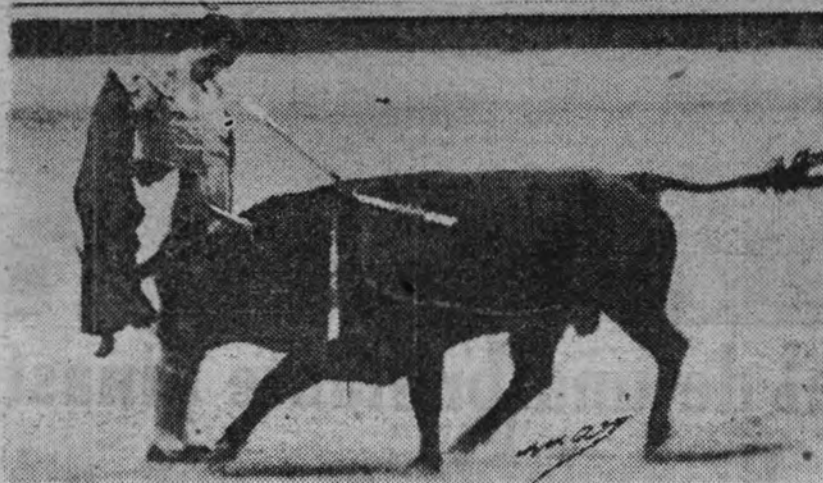
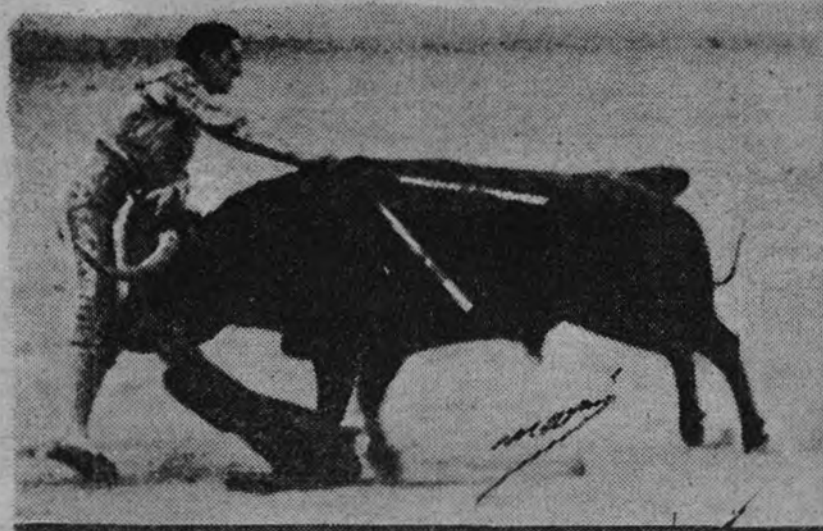
Manolo Martín Vázquez ha empezado su temporada este año en la tradicional corrida de la Magdalena, en Castellón, lo mismo que empezó y terminó su temporada del año pasado: cortando orejas y rabos, como premio a sus magníficas faenas. Ello prueba que el animoso lidiador está dispuesto a mantener su cartel con el brío inicial. Empresas y públicos tienen puesta en él su atención, y Manolo Martín Vázquez, pleno de entusiasmo, de facultades y de arte, será en la temporada que ahora empieza uno de los primeros favoritos de la afición.

"Lagartijo"... "Guerrita"... "Machaquito"... No hay una época del toreo en que Córdoba, la sultana andaluza, no haya hecho acto de presencia con una gran figura mantenedora de la tradición de arte y de valor que dió nombre glorioso a una auténtica escuela tauromáquica.

Escuela de viril sobriedad, de majestuosa estética; arte recio y puro, solera prócer, gallardía y maestría. Tres Rafaeles fueron jefes supremos del Califato taurino cordobés... El califa del toreo actual se llama Manuel Rodríguez "Manolete", y en él se aúnan y mejoran la elegancia señorial de "Lagartijo", la ciencia suprema de "Guerrita", la majeza emocionante de "Machaquito"...

Dotado de estas cualidades magníficas, "Manolete" ascendió el año pasado al puesto más alto del escalafón taurino, y es para esta temporada la figura del máximo prestigio, la atracción culminante de todas las combinaciones tauri-

EL CALIFA DEL TOREO: MANUEL RODRIGUEZ "MANOLETE"



nas de verdadera categoría. Otra vez en el ciclo taurino que empieza, Córdoba y Sevilla van a enfrentarse en una noble y viril competencia de valor...

Y VII-POLITICA DE CRIADORES

Por MANUEL G. ALEAS



En el supuesto natural de que los diversos elementos que intervienen en la fiesta la ven y sienten de distinto modo e influyen en ella de manera diferente, por el toro, elemento imprescindible, intervenga su valor: el ganadero.

El valimiento se manifiesta con más o menos eficacia en varios aspectos. El primero en la selección y crianza para presentar en condiciones de lidia: trapío, pujanza, bravura. Además prevé contingencias que consignará en el contrato con la Empresa. En las estipulaciones se refleja el ganadero y su afición al toro.

El agricultor vende sus productos, la mayoría indiscernibles, a medida o peso; hay ganado de abasto que, aunque puede venderse por cabezas, es muy general hacerlo por kilos de carne o por vagones o pisos. Los toros bravos, por el contrario, si bien se dan en corridas, son "individuos" distinguidos, con su marca y señal, número, reseña y nombre.

El labrador, vendido sus trigos, y el pastor, sus corderos, cortan su relación y sus cuidados con ellos; aun el ganadero de otras especies seleccionadas, perfección, nada la compra-venta, suele desentenderse por completo. El criador de toros de lidia, opuestamente, no los abandona ni encadena propiamente hasta su sacrificio: estipula y afianza el buen trato—la lidia reglamentaria—, lleva la vigilancia a examinar sus vísceras y ver los cuartos colgados del garabato, y ante el lastimoso estado del toro bravo en el desolladero, se consuela pensando que en aquel instante en que estarán oreándose en los mataderos muchas reses innominadas, a ésta, por su brava pelea, se le diseña la cabeza.

Pero este aspecto peculiar y este modo de ver celoso, se relajaba antiguamente por muy complejas causas de interesantes pormenores, cuando no se exigía autenticidad para llamarse ganadero ni para anunciar los toros, y figuraban en carteles ganaderos desconocidos y conocidos tratantes. Fuera de unas cuantas ganaderías antiguas y acreditadas, las demás no las conocían las Empresas, pues descontadas algunas plazas importantes que se entendían directamente con los ganaderos, a veces de un año para otro, las otras corridas las organizaban, entonces más que ahora, Comisiones de los pueblos, que eran esperadas por los corredores, personas serviciales, conocedoras del asunto—generalmente toreros retirados—, que aprovechaban sus relaciones con las Empresas y ganaderos para ayudar en la organización de corridas por un módico interés, y no siempre se preocupaban de aconsejar lo más conveniente, sino de hacer trato fácil y cobrar su comisión. Simultáneamente con el corredor de ciudad, nació y fué desarrollándose el de campo o tratante, que compraba los toros o becerros para revenderlos—algunos sin desplazamiento de ganado hasta su envío a la corrida, otros para recriarlos—, y surgió el abastecedor de toros. Ambos tipos, de mediadores netos: tan útiles si no se salen de su papel auxiliar, cuanto perniciosos si se convierten en centro imprescindible de relaciones comerciales entre productor y consumidor.

Al propio tiempo, y como consecuencia de ello, los ganaderos aislados, y más los nuevos, a los que parece había de favorecer la falta de reglamentación, sentían más entre sí la competencia que la alianza, y por aquel camino, el toro, perdiendo defensores hubiera salido a la plaza vencido, porque el ganadero que con más celo le defendiera sería peor mirado. Tan sólo era posible esa defensa en alguna ocasión de competencia apasionada entre diestros, en los que ellos mismos, por emulación, daban ventajas al toro; por lo demás, se hubieran eliminado ganaderías enteras.

Hizo falta un revulsivo que conmoviera a todos los componentes de la fiesta para que los ganaderos salieran de su apatía.

Nos referimos al Reglamento para aplicación de la ley del Descanso Dominical, en que, por lógico procedimiento, se incluía a los que solamente en domingo solían trabajar. Era, suprimir las corridas en domingo. No obstante el carácter de interinidad que se daba al Reglamento y publicarse finalizada la temporada taurina del otoño de 1904, la afición, sorprendida y alarmada, manifestó su deseo de aprestarse a la defensa en un mitin en los jardines del Buen Retiro, cuya importancia, éxito y entusiasmo no hemos de relatar.

Los muchos ganaderos que asistieron

¡Zaragata en Pinto, toros en Vallecas!

no se limitaron a exteriorizar su protesta en aquel acto, sino que acudieron a ejercitar sus derechos en forma legal. En las reuniones que con este motivo se tuvieron, en la correspondencia sostenida con los ausentes, en las visitas a los centros oficiales; en una palabra, en los cambios de impresiones de aquellos días están los orígenes de la Unión de Criadores de Toros de Lidia, que se constituyó el día 5 de abril de 1905 y que tuvo un anticipo de unión de ganaderos andaluces.

La denominación Unión de Criadores ya indicaba que la tónica de la Sociedad era la crianza, no la mera tenencia de ganado para la venta. De tal modo se miró esta condición, que no se admitió en la Sociedad a ninguno que no tuviera vacas de casta y que ingresaron en la Unión los criadores de Portugal: primero Palha, después Da Gama, luego el duque de Braganza y sucesivamente los demás.

Los que hayan tenido que organizar corporaciones sabrán apreciar la labor de los fundadores para animar, convencer, sacar de sus casillas a los criadores remisos, y la más ingrata de contener a los que, no siéndolo, pretendían la misma consideración. Se hubieran multiplicado las cuestiones de no tener un criterio completo, fundamental e indiscutible, y se adoptó el más sencillo: el de distinguir entre criadores y no criadores, sin aquilatar cualidades entre ganaderos buenos y malos, que entonces sí que habría el peligro de herir susceptibilidades.

La Unión fué así un hecho natural. El punto de vista del criador no es el mismo que el del compra-vendedor, porque tiene, aparte la afición a lo que cría, el crédito y fama de su ganadería, que depende del resultado de las corridas; al otro no le afectan los fracasos directamente, está detrás del cartel. Al criador, el resultado de los toros le afianza o le aleja de la plaza; el marchante puede volver con otro nombre. Los criadores, unidos, ahora, no hacían, por tanto, sino defender su prestigio y garantizar en varias formas el trato de sus productos.

Se combatió a la Unión, calificándola de monopolio los mismos que querían ejercerle. Y en realidad no era sino un rescate de derechos, pues para que la labor de la Unión fuera eficaz, tuvo que

arrostrar la responsabilidad de asumir atribuciones de que el poder público había hecho dejación, y de las que se apoderaban otros, con menos derecho que los criadores. Si la Autoridad, en defensa del público, hubiese prohibido que se anunciaran en la cartelera ganaderías que no existían, y que en algunas corridas se lidiaran al mismo nombre y sin justificación reses de distintos linajes y señales, y si de esto y otras cosas no se hubiera hecho abuso, los criadores no se habrían preocupado.

La Unión de Criadores de Toros de Lidia fué bien recibida por la afición, porque es sabido que la verdad se ve más que se oye, y lo que se vió desde un principio fué lo siguiente: que la Sociedad quería esclarecer y publicaba frecuentemente cuadernos con diseños y datos que ilustraban a los aficionados, deseosos de enterarse en cuanto a orígenes, castas y linajes; que el ganadero, que había venido defendiendo al toro personalmente, le defendió por la Unión con más eficacia; que se modificó la lidia, especialmente las puyas, con garantías para las partes interesadas; que se defendieron algunas ganaderías, predilectas del público, de los vetos de los lidiadores, etc., etc.

No hemos de descender a detalles—aunque merecían rectificarse numerosas inexactitudes de ayer y aun de hoy—, porque quisiéramos no resucitar aquí cuestiones después de firmadas las paces veintiséis años ha. Pero, sobre todo, lo innegable—porque se palpa—es que, al momento, selección y mejora de las castas, imprimió la Unión un ritmo más acelerado y extenso que el conseguido en tiempo de aislamiento, y que gracias a ello todavía hoy puede una Empresa cualquiera organizar una corrida-concurso de toros con las ganaderías que crea mejores, y de las demás se puede anunciar otra corrida de concurso con tantas probabilidades de éxito que podría competir con la primera. Y no una corrida ni dos: una feria entera así podría planearse, aun después del exterminio de tantas ganaderías en la zona roja.

Un día, la Fortuna se cansó de llevar a cuestras durante treinta años a la Unión. Había sido realmente un Sindicato ibérico y parecía que su signo la llamaba al caje actual del problema en la nueva or-

ganización sindical. Esto es sólo lo que motiva tratar aquí la cuestión razonadamente, como experiencia vivida para poder tomar lo más aprovechable, no lo innecesario ni extemporáneo ya.

El toro, que no es el carabao, ni el búfalo, ni el bisonte, pero tampoco el chivo, ni el borrego, ni la mona, continúa reclamando atención. Base y medida de la fiesta, sin él no se pueden calibrar las faenas ni se concibe emoción; él, por sí solo, la proporciona en encierros, Pamplona!, desenjaules, Valencia!, exposiciones, Sevilla! La Unión pudo defenderle y le defendió; ahora le corresponde al Sindicato. Y para ello, al redactar los Estatutos del Sindicato Nacional de Ganadería, se consiguó en el Cielo de la Producción el Grupo de Toros de Lidia; y con el deseo de reunir y eficaces asesoramiento se solicitaron sugerencias de los ganaderos que habían manifestado su adhesión a una circular que se envió a todos el 3 de noviembre de 1939. Se querían tomar palpitaciones de todas las corrientes y de todas las tendencias con la mira puesta lejos y alta, por cima de banderías.

En marcha esa labor, sólo como antecedente recordaremos, ya que la Unión llevaba escrupulosamente un registro de ganaderías en el que constaban el nombre y apellidos del ganadero, su residencia, divisa, señal y linaje, procedencia y antigüedad de la ganadería. En Madrid se llevaba un fichero donde, además de estos particulares, que constaban en el anverso de la ficha, se inscribía en el reverso el número, género y edad de las reses cada año, en esta forma clara y concreta: "Esta ganadería en 21 de marzo, se compone de N añuelos N esples, N uteros, N toros, N vaqueros, N vacas, N vacas. Total: N más N."

Los derechos nacidos de la inscripción se circunscribían a las reses registradas. ¡Qué mayor garantía! La ganadería se anunciaba en todo lugar y tiempo a nombre del actual propietario, pudiendo aclarar su procedencia exactamente. Y para casos de nombres o apellidos o procedencia confusibles con los de otros ganaderos, se exigía salvar estos inconvenientes sin menoscabo de intereses propios ni de los ajenos.

A la vista salta la necesidad imprescindible y urgente del Registro en bien del público, lidiadores, empresarios y criadores para no retroceder y volver al desbarajuste y confusión anterior a 1905 y también se ve claramente que debe llevarse en el Sindicato de ganadería ciclo de la producción. Es cuestión de crianza y sus problemas, y de la competencia de expertos criadores. De este Registro pueden enviarse a otros organismos los datos que necesitan. Como base podría utilizarse el Registro publicado por la Unión en 1932, anterior a lamentables escisiones de criadores, y las de reciente formación probarán la procedencia de todos los componentes de la vacada.

Las marcas a fuego sobre las res, que vienen usándose de tiempo inmemorial en España (se tienen datos, al menos, de la época de los romanos), tienen otras características que las marcas de fábrica y los rótulos de tienda: no son privilegios temporales, son derechos consuetudinarios que revalorizan el crédito y la antigüedad. En el Sindicato, vigilado por ganaderos, es imposible la suplantación. Ni es evadir impuestos; a los efectos contributivos se pueden establecer en las transmisiones de dominio y más o menos según la forma: herencia directa o colateral, compra o donación.

No caben ni son necesarios en este artículo más detalles. Todas estas cuestiones serán examinadas en el Sindicato, así como el desarrollo de otros planes que la Unión, siempre renovándose, proyectaba; como las encuestas entre ganaderos y asesoramiento de técnicos.

Ahora bien: los criadores pueden tener a gala haber formado una raza ennoblecida llamada por antonomasia de casta; reputación, aprecio de labor perseverante de varias generaciones de atibos y fracasos de los ganaderos más competentes, de cruzamientos afortunados, extensión de ganaderías famosas a expensas de las menos afamadas. Pero el verdadero problema, la bravura, continúa siendo un duende, que de unos se oculta, a otros se aparece, y de todos se burla.

Y ese estudio es acaso el fundamental para nuestro prestigio, como aportación a la ciencia ganadera del mundo. No cabe abandonarlo. Las experiencias y adelantos en psicología y genética descubrirán más despejados horizontes. En el Sindicato estará el eje.

A mula roma y toro hosco, no te pares de rostro.

UNA PLACA BORROSA



1905: Una placa borrosa... Desde la soledad de los cerrados han venido "a la casa del duque" los ganaderos del tiempo. Pajaritas y barbas, hongos y tirillas, reunión y unión en la ciudad; pero capas también y sombreros redondos. Un puñado de nombres ilustres: Bañuelos, Olea, y Conradi y Solís, con Urcola, Da Gama, y Llen y Guadalest; y Palha y Villagodio, y Collantes y Aleas, y Carvajal y Villalón... ¡Habría que hacer un día un transparente de siluetas numeradas, como el del parnasio literario que nos legó Esquivel!

Mientras tanto, mirad en primer término las sombras unidas, ya extintas, de los "fundadores". Los tres van con patillas alfonsonas: Pérez Tabernero el viejo—desabrochada la hopalanda—y Miura el cortijano—bajo su capa montañesa—ceden el centro, en donde luce a cuerpo, y por derecho propio, su ancianidad aristocrática y garbosa, D. Cristóbal Colón y de la Cerda, el de la casa de Veragua. Mansión hospitalaria, de brújula segura, esta "del duque".



HERENCIA DE ARTE Y DE GLORIA: JUAN BELMONTE



Saber llevar por la vida el peso honroso de un gran nombre no es tarea fácil. Menos aún cuando ese nombre, en la historia de un arte, tiene categoría de cumbre ingente y señera.

Hace casi treinta años, un Juan Belmonte irrumpió en el toreo con ímpetu revolucionario, violando normas, subvirtiendo costumbres, arruinando rutinas. En definitiva, como todo verdadero revolucionario, Juan Belmonte no hizo sino restaurar la tradición, buscar de nuevo las puras fuentes iniciales del arte del toreo, y, con ello, iniciar un Renacimiento, dar fecha y nombre a una nueva época. La Historia del Toreo tiene dos edades: antes y después de Juan Belmonte.

Sostener esa obra sin que el recuerdo haga palidecer al presente, sino que, por el contrario, lo que viene después acreciente y robustezca la memoria de lo que fue antes, es empresa ardua, honrosa y esforzada.

Juan Belmonte, el hijo del revolucionario del toreo de ayer, pasea hoy en triunfo su nombre, como una bandera de arte y de gloria.

Honra el apellido, y su gallardía reverdece los antiguos laureles, sostiene y acrecienta la herencia. Su arte no es imitación, que implicaría servidumbre. El es, de todas formas, un gran torero..., que se llama, además, Juan Belmonte. Y en sus tardes triunfales hace surgir en la memoria de todos el nombre de su progenitor. ¡Nada más y nada menos! Que ya dice un certero refrán castellano que "el que a los suyos se parece, honra merece"...

EL "AS" DE LOS NOVILLEROS: MIGUEL DEL PINO

Fragancia bravía de pinas a orillas de la belleza alegre del mar azul rutilante de sol... Cante y sal del Puerto, Puerto de Santa María, entre el Jerez flamenco henchido de soleras y Cádiz, señorita y marinera.

Miguel del Pino, torero del Puerto, tiene esa doble calidad de su tierra nativa: a un mismo tiempo fino y bravo, lidiador de enjundia y artista garboso.

Del Puerto de Santa María salió Miguel del Pino para imponer por toda la geografía taurina de España el predominio de su pujanza juvenil, de su noble ambición de gloria. Y su pundonor constante a prueba de cornadas y su ciencia de auténtico gran torero han hecho de este muchacho, en sólo una temporada, el novillero de máxima reputación, el más solicitado por las Empresas, el imprescindible en las fiestas de mejor categoría.

Bajo la experta dirección del prestigioso hombre de negocios taurinos D. Joaquín Gómez de Velasco, Miguel del Pino—el "as" de la actual novillería—se apresta a realizar una magnífica campaña que le llevará a finales de temporada a escalar, por derecho propio y justos méritos, un puesto preeminente entre los matadores de toros.



EL CARTEL DE FERIA DE SEVILLA



La experiencia, el rumbo y el valor de un gran empresario, que es, además, un gran aficionado—hemos nombrado a Eduardo Pagés—harán que este año las corridas que tienen por escenario el dorado albero de la plaza de la Real Maestranza de Sevilla recobren el esplendor y la categoría dignas de su historia. Los toreros más populares, las ganaderías más prestigiosas darán brillo y decoro a las corridas de toros de la Feria sevillana.

He aquí los carteles organizados con magnífico acierto por Eduardo Pagés:

DÍA 18 DE ABRIL.—Toros de D. Antonio Pérez, de San Fernando, para Manolete, Pepe Luis Vázquez y el Andaluz.

19 DE ABRIL.—Reses de doña Carmen de Federico, y como matadores, Manolete, Pepe Luis Vázquez y Gallito.

20 DE ABRIL.—Toros de D. Eduardo Miura, que lidiarán los mismos espadas que el día anterior.

21 DE ABRIL.—Ocho toros de Tassara (antes Villamarta), para Manolete, Pepe Luis Vázquez, Gallito y el Andaluz.

DOMINGO 26 DE ABRIL.—Novillos de Isaias y Tulio Vázquez (antes de Pedrajas), para Morenito de Talavera, Yoni y Miguel del Pino.

¡Primavera en Sevilla! ¡Corridas de toros de su Feria incomparable! ¡Ilusión ferviente, esperanza y alegre codicia de todos los buenos aficionados de España!

UNAS OPINIONES SOBRE LA FIESTA NACIONAL

Guillén-Salaya, Samuel Ros y José María Alfaro, van siempre a los toros

Por "JUAN LEÓN"



BUSCABA, según la orientación recibida, tres distintas opiniones sobre la fiesta única española de los toros. Me dijeron que Guillén-Salaya iba siempre a los toros, que Samuel Ros iba de vez en cuando y que José María Alfaro no iba nunca.

—El contraste de estas tres opiniones me dijo el director de SI—nos interesa. Me quedé confuso, porque de los tres tenía idea de que eran grandes aficionados y recordaba haberlos visto con frecuencia en la Fiesta Nacional.

—Y si luego resulta—replicó—que los tres son aficionados y van a todas o a casi todas las corridas, ¿qué hago?

—Pues contar lo que te digan. Importan sus opiniones.

—Bien; pero la primera será la mía, que para eso soy "Juan León".

—Bueno!

Y por eso primero tengo que hablar yo, aunque sólo sea, desde luego, por el peso abrumador de mi seudónimo: "Juan León". Nada menor. En coplas, romances y "caracoles", ¿quién no ha oído mentar a Juan León? Con el Tato, Cúchares y el Chiclanero hizo tertulia en el café de la Unión. Con ellos mismos alternó en las corridas de más trono de su época, allá por el ochocientos y tantos, cuando Isabel II...

El Sr. Juan León, que nació en Sevilla y murió en Utrera—según nos cuenta el Espasa—, que fué sombrerero por que sombrerero era su padre, y que se dejó atraer y suggestionar por los toros hasta entregarse a ellos de por vida, tenía de nuestra fiesta un concepto que para hoy quisiera la afición: conocimiento y valor en todas las suertes y brevedad y eficiencia a la hora de la verdad, la de matar al toro sorteando la tremenda media luna buida y mortal de sus cuernos.

Juan León, apenas trascendido en coplas, romances y "caracoles", seguiría viviendo como torero en la memoria de las gentes si Montes no hubiese llegado, arrogante, juvenil y pinturero a aplastar su fama.

El día que yo arrebaté su nombre para firmar unas modestas crónicas taurinas, apenas pensé tan sólo en la eufor-

nia de su prestigio flamenco; pero luego recordé que yo sabía algo más de Juan León. Recordé cómo González-Ruano lo había descrito, después de contemplarlo pintado al óleo en la casa de un marqués sevillano. Era cetrino y enjuto, y sobre sus deprimidas sienes se alargaban negros y gitanos tufos. Tenía un aire fosco, duro, violento y sólo en sus ojos brillaba una leve chispa de dulzura. Había en todo él un empaque, un decoro y una dignidad que le hacían aparecer como un hombre excepcional y poderoso que desbordaba su época en gracias y razones que otros hallarían después sobre la Fiesta Nacional, sobre nuestra fiesta.

A mí me abruma, me pesa el uso de su nombre como seudónimo, pero me da fuerzas, en cambio, para afirmar: los toros son nuestra fiesta, y su fuerza y su garbo están por encima de todas las fiestas populares del mundo. Es posible que un día se acaben los toros. La afición parece, en unos, remota y soterrada, mientras en otros es próxima y floreciente. Todos están hoy como hastiados, esperando, tan sólo, lo que nunca ven. A veces en una "buena tarde" reverdece la más antigua y estilizada afición, pero se teme que sólo sea el ocaso fulgurante, apoteósico, de una fiesta unida, como todas las cosas, a un ciclo inexorable con amanecer, orto y ocaso.

Si yo fuese de verdad Juan León, creo que en vez de ir a los toros, cada día que los hay, frunciría mi rostro en un gesto desdeñoso hacia estos toreros que



SAMUEL ROS

son a los de antes lo que la portada del Hospicio es al Partenón.

Y después de dicho "lo mío", atando las moscas por el rabo, cumpliré rigurosamente el mandato de contar a ustedes lo que me han dicho tres escritores de nuestro tiempo: Francisco Guillén-Salaya, Samuel Ros y José María Alfaro.

Guillén-Salaya, del corazón de la Vieja Castilla, el "hombre de Cuéllar", como le llamamos en la intimidad, el hombre de las ocupaciones y las preocupaciones, siempre atareado, activo y diligente, se roba el tiempo de donde sea para asistir a los toros. Desde que le conozco le encuentro en todas las corridas. Creo que hasta en las necturnas, aunque algunas veces me ha mostrado su repulsión por

este espectáculo en el que se toma a chufar una cosa tan seria como los toros; pero él, aficionado catador, asiste a ellas porque unos novilleros modestísimos pueden despuntar, con tal gracia, que sea digna de tenerse en cuenta, y entonces el enorgullecerse de haber descubierto una personalidad taurina.

Sabiendo tanto como sabe de toros Guillén-Salaya, toma en la fiesta una postura sencilla, casi ingenua, como de hombre que por primera vez la presencia y quiere dar su opinión y su emoción primeras.

Así, pues, es generoso con los modestos e intransigente con los consagrados. Perdona a aquéllos hasta la "espantá", y no transige, en cambio, con que éstos no



JOSE MARIA ALFARO

inicien su faena con la izquierda, sea el toro que sea.

Creo Guillén-Salaya que la fiesta taurina no puede acabarse, como no puede acabarse el renovar incesante de los días. Dice que el hastío sentido al final de cada temporada sólo es una forma de tomar impulso para acrecer la afición en el tiempo sin fiestas taurinas. "Cuando llegan esos días de febrero soleados y tibios, olvido el cansancio de las últimas corridas y espero el resurgir en la próxima primavera de una época esplendorosa de nuestra fiesta."

"Desde luego—añade—es imposible ser aficionado a los toros y perderse alguna corrida, por malo que sea el cartel. La sorpresa, el descubrimiento, se producen insospechadamente, como cuando Cagancho esculpió en la plaza de toros de Madrid aquellos lances a la verónica que sólo vimos aquella tarde y que, después, imitados o desfigurados, han sido escuela de toreros."

...

A los ocho años, Samuel Ros asistió por primera vez a una corrida de toros. Toreaban "el Gallo", Silveti y Gaona. Su sensación primordial fué de alegría. "Para mí, los toros son, desde entonces—dice—, arte y gracia, sin peligro. Una emoción de belleza y alegría fué cuanto me quedó de aquella primera asistencia a una corrida de toros. Para mí, el hombre dominaba a la fiera. No había posibilidad de desgracia..."

"Años más tarde—continúa—, tuve oportunidad de comprobar que la emoción de nuestra fiesta no llega a ser, ni

JUAN LEON

aun en la máxima tragedia, un espectáculo macabro, ni triste siquiera. Yo vi un día cómo un toro le atravesaba, precisamente a Silveti, el pecho de una cornada tremenda, frente a la localidad que yo ocupaba. Un chorro de sangre casi me salpicó; pero no fué esto lo más trágico para mí, sino mis impresiones después de la corrida, leyendo relatos de Prensa y escuchando comentarios en las tertulias, que mostraban la angustia de una vida en peligro, que no era la del torero, sino la del hombre."

"Después, Belmonte, fijó en mí una pasión desmedida por nuestra fiesta. Recuerdo haber asistido, en Valencia, con mi tío Rafael—llegando a la plaza en una "victoria" tirada por cuatro caballos—, a cuantas corridas se celebraban en el ruedo valenciano. Los días en que Belmonte toreaba eran para mí de singular emoción. Este hombre, pequeño, enteco y feo, me hizo el más fervoroso aficionado a la Fiesta Nacional. Mi pasión por su arte era tan exaltada, que no admitía ni la posibilidad de compararlo con otro, ni mucho menos admitir un insulto a Belmonte, en una mala tarde, por muy grande que fuese su infortunio."

"Admiré a Josecito, aunque no tanto por su arte como por ser fie. contraste de los valores de mi ídolo. Después, han pasado tantos años, han ocurrido tantos cambios que, la afición, apenas sé dónde está. Pero los toros me siguen gustando igual. No he hallado, desde luego, el sustituto de Belmonte, pero lo espero siempre. Cada vez que voy a los toros me acuerdo de él, pienso en la posibilidad de su resurrección. Cuando Juanito Belmonte se lanzó a los ruedos volví yo a las plazas con la misma ilusión de entonces. Y no puedo negar que algo de aquellas remotas emociones volvió a resucitar en mí; pero son otros estilos, otras modas..."

La admiración de Samuel Ros a Juan Belmonte es tal, que a través de su vida literaria, en la que tantas ocasiones tuvo para ser presentado a él, las rehuyó siempre porque no quería modificar su recuerdo. Pensaba que, acaso su presencia física, su conversación o cualquier otro incidente puramente personal, pudiesen desfigurar a aquel ídolo, que había sido la sustancia de su afición taurina.

"Ahora voy también a los toros—sigue Samuel Ros—. Siento, como enton-



GUILLÉN-SALAYA

ces, inexplicables emociones: como en aquel primer día que vi a Silveti alter-
nar con "el Gallo" y con Gaona; como
aquel otro en que vi el pecho de Silve-
ti destrozado por una cornada; como
aquellas tardes en que Belmonte ponía
mis nervios en tensión, exaltándome, po-
niéndome en el trance de discutir con
quien fuera y como fuera por defender-
le; y aunque estas emociones primeras
no han vuelto a repetirse, yo las espe-
ro siempre, y por eso voy y seguiré yen-
do a los toros."

"Ni que decir tiene que la fiesta de to-
ros me parece a mí un privilegio de nues-
tra raza. Ni boxeo, ni fútbol, ni equita-
ción, ni deporte alguno puede producir-
me emoción semejante. El afán de per-
sonalidad, centrado en un solo minuto de
la vida de un hombre con el deseo de
triunfar, arrojando el peligro de la
muerte, no existe en ninguna otra fiesta.
Nuestra fiesta es única y, por lo tanto,
sin comparación posible con nada. No
importa su falta de universalidad, ya que
una corrida cualquiera, la última que
pudiera celebrarse en el último rincón
de España, sin público casi, tendría para
mí la misma importancia esencial que
un éxito apoteósico ante todo un mundo."

Samuel Ros, literario y rotundo, ter-
minó así su emoción y su envidia:

"Me gustaría escribir con premio de la
Providencia, con ese mismo premio que
obtiene el torero cuando le sale el toro
y consigue su mejor tarde."

A José María Alfaro le gustan tanto
los toros, que hasta tuvo en su infan-
cia tentaciones de ser torero. A los quin-
ce años banderilleó becerros en festiva-
les benéficos y figuró en un cartel, na-
da menos que de Madrid, como bande-
rillero. Pero concretas delaciones de sus

amigos determinaron que sus padres le
encerrasen en casa, quedándose con es-
to al margen de la gloria taurina.

Sólo tenía trece años cuando presen-
ció la primera corrida en Burgos. To-
reaban Joselito y Belmonte. José María
iba acompañado por un tío suyo que era
un gran aficionado. Belmonte arrojó a
éste su capote de paseo y José María le

dió un firme propósito: Tenemos que
comprar—le decía—, en cuanto esto ter-
mine, dos becerros de buena casta, de
muy buena casta, y tenemos que lidiar-
los y estoquearlos tú y yo."

Véglison, muy aficionado también,
asentía a la propuesta de Alfaro, y am-
bos llegaron a la definitiva conclusión de
que, al terminarse la guerra, lidiarían



arrancó un hilo de oro, que ha guarda-
do como una reliquia hasta aquellos días
marxistas en que se hizo imposible guar-
dar nada.

Mientras le robaban aquel insignifican-
te y preciado hilo de oro, Alfaro estaba
en la cárcel; y cuando entre otras con-
versaciones y añoranzas con Manolo Vé-
glison llegaba a hablar de toros, se ha-

"mano a mano" unos becerros—no muy
adelantados, por si acaso—de la ganade-
ría más brava.

A José María Alfaro le gustan los to-
ros por su belleza. Afirma que la mayor
impresión estética que percibe el pueblo
español es la de los toros, porque coin-
cide con su temperamento la fugacidad
de la estética taurina.

Es una belleza que sólo queda en me-
moría, en febriles palpitaciones. Tiene la
tremenda sugestión de la lucha por la
vida enlazada con el sentido glorioso de
la muerte.

"Son toreros en potencia todos los es-
pañoles—afirma Alfaro—. Bien claro es-
tá en la conducta del "capitalista", del
"espontáneo". Este ser alocado es uno del
público e interpreta el afán que, timi-
deces, cobardías y prejuicios vencen en
los demás. Por eso, pese a todas las in-
conveniencias, el "capitalista", entre los
agentes de la Autoridad, despierta tan
grande simpatía en el público, y es aplau-
dido porque cada uno se aplaude a sí
mismo, desquitándose así de su cobar-
día, de su falta de valor para tirarse al
ruedo."

"Claro está que por estas mismas ra-
zones, los españoles no podemos decir ni
escribir nada bueno y auténtico sobre
nuestra fiesta, porque no podemos ser
objetivos. Por eso el mejor libro de to-
ros está escrito por un francés: Henry
de Monterland. Otros escritores extran-
jeros, aun con el preconcebido afán de
fustigarnos, no supieron sustraerse a la
belleza incomparable de nuestra fiesta."

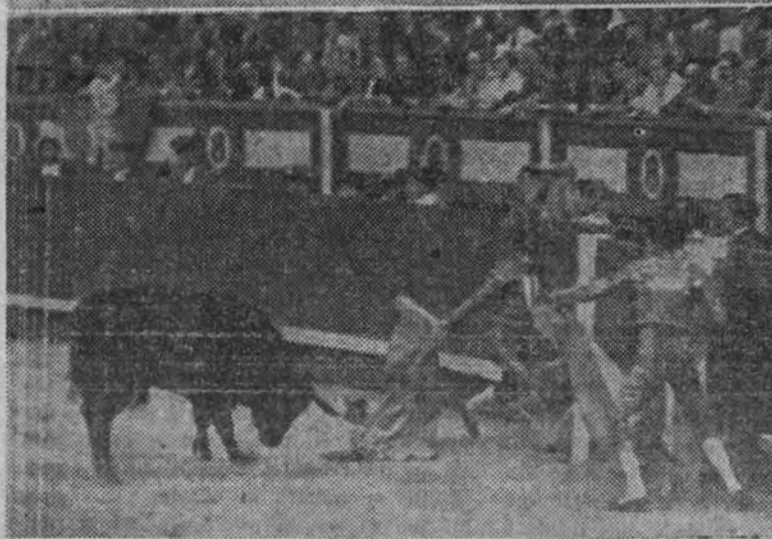
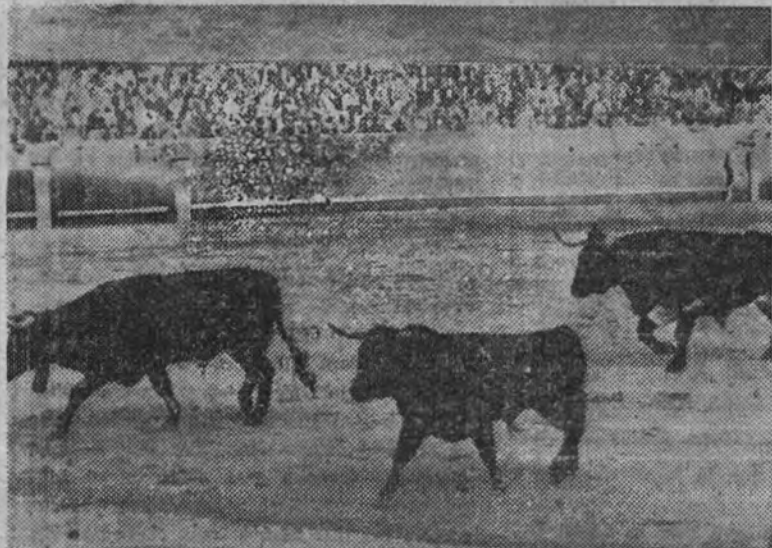
Y Alfaro termina, porque dice que si
siguiera por este camino no tendría tiem-
po ni espacio para contarme todo cuanto
se le ocurre:

"Si un día pudiera, este tema de nues-
tra Fiesta Nacional embargaría mucho
tiempo mi pluma."

...

Y yo, Juan León, ¡nada menos que
Juan León!, que fui a buscar opiniones
ajenas con afán polémico, rubrico con la
satisfacción de haber visto ratificadas las
mías por tan claras palabras.

¡¡NO!!



"SANGRE Y LUCES"

Traducción de un fragmento de la novela taurina francesa,
original de JOSEPH PEYRE,
Premio Goncourt 1935



PASABAMOS al regreso junto a la Plaza Vieja que, sin haber enarbolado aún su bandera de nave en crucero, erigía su vaso rojizo contra el cielo ultramar, y manifesté el propósito de visitarla. Hacía mucho tiempo que alimentaba yo el deseo de conocerla, como única decoración que en nuestra historia permanecía ignorada para mí, y ahora que desde fuera percibíamos el retumbar de los martillazos de los carpinteros trabajando hacia el fondo del ruedo vacío, próxima ya la reapertura de sus puertas, se me antojaba verla en su trance de aguardo. Pero dejaba creer a Ricardo que la idea de detenerme en ella me había asaltado de pronto en el camino.

—¡Qué rareza!—exclamó—. Jamás ha entrado nadie ahí en invierno. ¿Qué crees que vas a ver? Ni siquiera han llegado a corrales los primeros lotes de toros.

Le pedí me dejase. Hubiera preferido estar solo para visitar "la mezquita"; igual que gusta estarlo para vagar entre las naves desiertas de los templos, pero me quiso acompañar. Adivinaba yo su temor de encontrarse de nuevo con Noguera y Mariena, los cuales le esperaban para una última charla de negocios.

—Te salva el que no se me ocurra plantarte—musitó al propio tiempo que, de golpe, cerraba tras de sí la portezuela.

Yo había adelantado algunos pasos. Para sentir exactamente la vieja plaza, templo de derramas sangres que el cielo profundo—de sol invernal entre viento de sierra—apenas lograría desvelar, no había, sin duda, mejor preparación espiritual que la que yo traía en consecuencia de mi visita

al Sanatorio. Me encontraba por vez primera al pie del circo aislado, con su ámbito de catedral y sus troneras moriscas, que daban la impresión de abrirse hacia el abismo. No sé yo desde dónde me llega sensación semejante. Acaso como resultado de la vaga presencia de la muerte, siempre me ha parecido que las plazas de toros se alzan en la cumbre de una montaña o en un cantil de mar tajado sobre el precipicio.

El desgaste del enladrillado, mordido por el viento, el crudo sol y el hielo; surcado a media altura por el frote de las estriberas y bocados de los rocines molidos a golpes, produce una impresión como de herida, el peso de un pasado de penas y fatigas que, ya siempre, me ha sido perceptible. Entonces, Ricardo, acompañándome hacia la puerta, y como si hubiese querido romper en mí el efecto de una tan trágica aridez, me explicó que la Plaza Vieja iba a ser demolida.

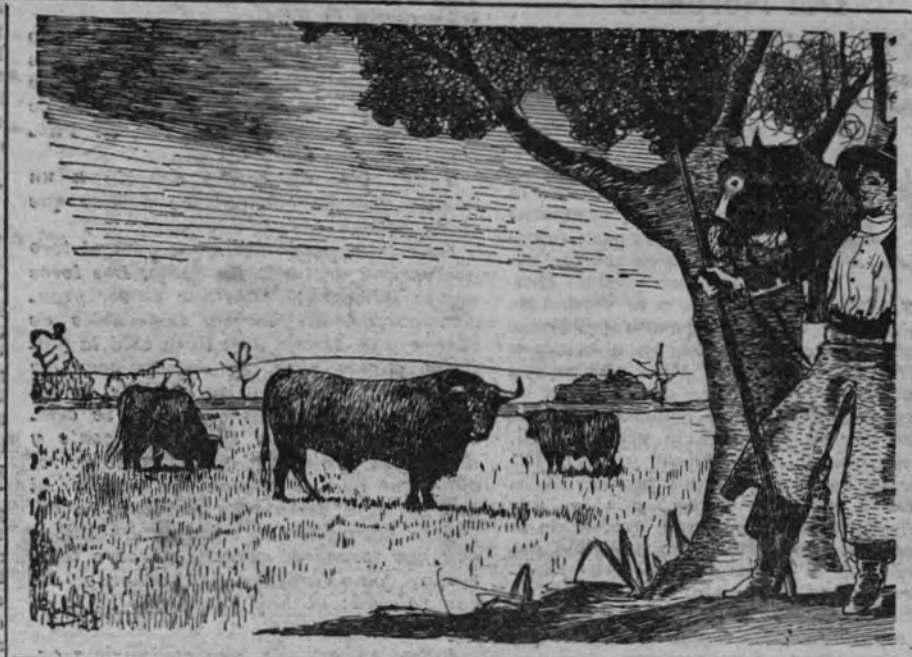
—Sólo este año le queda. La Monumental va a sustituirla. Por eso no se cuida ya.

Franqueada la puerta de caballos, me encontré frente al más apacible rincón de suburbio. Una vid seca tapizaba la tapia del jardín de la Conserjería. La higuera vieja, que en las tardes de toros de estío sombreaba a los jinetes, extendía por cima del abrevadero rural sus ramas cosidas de cicatrices de inválido. Los supervivientes del año anterior, caballos desherrados y ventrudos, desfilaban en lenta libertad por el piso de piedra, encharcado, de junto al pilón.

—¿Quiere usted ver a alguien, D. Ricardo?—interrogó ruborosa una linda muchacha que apareció atraída por la llegada del astro.

—No, no. Es... para un visitante. ¿Tienes las llaves?

—Pero, ¡si no hay nada que



ver! Cuando las corridas es cuando hay que venir—extrañó la moquita mientras regresaba en busca de su llavero.

En el momento en que íbamos a abandonar el patio, sobre el umbral de la cuadra—pulimentado por millares de salidas de muerte—apareció, lo mismo que un mirón, un caballo cenizo y estremecido de temblores, con las narices rosa.

—Con ése se ha entrenado, en Villaverde, su picador, el jovencito, D. Ricardo—explicó la mozueta al propio tiempo que, por el túnel donde invernaba la vieja calesa de los varilargueros, desembocábamos a la amplitud del redondel.

No había nada que ver, efectivamente, en el anillo vacío. Pero Ricardo se echó a andar sin dejar de mirar a la arena. Después, volviéndose hacia mí, me anunció:

—Mira; aquí fué donde cogieron a Granero...

Indicaba unos rastros invisibles con la puntera del zapato.

—Y aquí lo acabó el toro—añadió, mientras señalaba en los tabloncillos de barrera diversos orificios repintados. —Son las cornadas en el estribo. Si Granero no hubiera caído bajo él, todavía se hubiera librado. Pero cada golpe hacia carne. El aun tuvo la suerte de acabar de repente. Para mí la quisiera.

Me pareció como si hablara de un asesinato. El también había sido cogido en esta plaza. La capa de arena debía guardar salpicaduras de su sangre.

Nos encontrábamos en el cuadrante de ruedo batido por el viento. El aire glacial de la sombra me entraba por las mangas y me alcanzaba el corazón. Hicimos en silencio la vuelta del anillo, al tiempo que los carpinteros tornaban a martillar.

—¿Has visto ya bastante?—me preguntó Ricardo al fin. —Hace un frío espantoso en la plaza.

Vi entonces a la chica, llavero en mano, titubear ante una reja y mirar al torero.

—Si, mujer; por aquí, ¿por qué no?—dijo éste.

Era la puerta del subterráneo por donde las asistencias de plaza llevan a la enfermería a los diestros heridos. Arrebuajándose en su chal contra el tiro de aire de cueva que nos azotaba, la muchacha la abrió y ocultóse de prisa tras de ella para cerrarla pronto a nuestra espalda:

—Con esta corriente, la muerte se puede coger.

Ricardo marchaba, tosiendo, ante nosotros.

La enfermería, que se abría al extremo del túnel, era lo mismo que todas las salas de operaciones. Para mí, sin embargo, su mesa y sus camas estaban como ocupadas por fantasmas, entre los cuales se mezclaba el del propio Ricardo, sin que me cupiese ahuyentarlo. Ricardo mismo, ya en la puerta del fondo, situada entre un par de camillas, giraba ahora el picaporte diciendo:

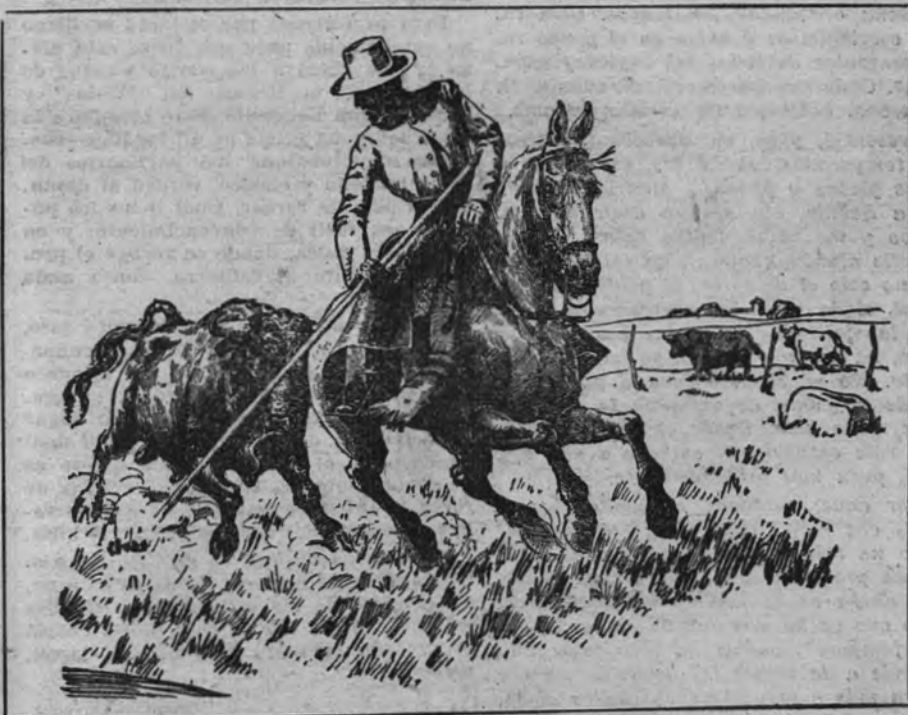
—Ahí tienes la cama donde llevaron a Granero. Y ahí, la capilla... ¡toma!, pues no hay luz.

En su recinto vacilaba una tenue penumbra de mariposa encendida. Sobre el altar, desnudo y descuidado, se erigía en su túnica blanca y su velo sombrío la imagen virginal de la Paloma.

Este número
**EXTRAORDINARIO DE
TOROS, DE "SI",**

ha sido planteado en su línea general y atendido en la realización de su detalle, por nuestro camarada

R. CAPDEVILA,
cronista de toros ó
ARRIBA



EL RESPETABLE PÚBLICO

Del Noroeste

SALAMANCA, FUENTE DE VIDA DE LA FIESTA



EMA ingrato éste del público de toros. Por que si cada aficionado se cree en posesión de todos los secretos de la tauromaquia, intentar agruparlos por regiones para discernir cómo piensan, cómo sienten y cómo vibran frente a la verdad de la fiesta, es tan difícil como peligroso. La gente, por lo general, va a la plaza a mirar, pero no a ver. Mira y se recrea en lo que tiene la fiesta de los toros de espectáculo luminoso y colorista, sin ver lo que hay en ella de arte y de técnica. Y, sin embargo, "toreristas" y "toristas"—que en estos dos grupos pudiera encajarse a los que "miran" y a los que "ven"—creen ser, cada uno, dueños de la verdad. Hay, ciertamente, una verdad halagüeña: la de que ambos núcleos—rebeldes en su independencia, antagónicos en su característica esencial—se funden en este magnífico latir español—racial—que es nuestra fiesta autonómica.

Nos llevaría el tema a disquisiciones largas, y no es oportuno en crítico provinciano de tan escasos méritos. Doctores tiene la profesión y la especialidad para establecer doctrina. Vayamos nosotros, "en corto y por derecho", al nuestro.

En esta región noroeste—línea vertical desde la divisoria de Galicia y Asturias hasta la alta Extremadura—, Salamanca viene a ser, si no el centro geográfico, sí la "diana" simbólica de donde la fiesta de los toros nace para esparcir su fuerza en zonas concéntricas, más débiles cuanto más amplio es su diámetro. La Salamanca ganadera—y también Valladolid, adonde emigraron no hace mucho los antiguos "angosos", y Zamora, con sus "coquillas" de Villagodio—, son, por afición y por raigambre, las provincias que mantienen y sostienen una estirpe "taurófila". Hacia el Norte, después de la "solución silenciosa", absolutamente silenciosa, de la comarca leonesa, la afición vuelve a adquirir ritmo—aunque débilmente y en sentido "torerófilo"—en el sur gallego, para dar su último impulso vital, al llegar al mar, en las fiestas agostinas de Coruña y Gijón. Y hacia el Sur, Plasencia y Cáceres se afanan, en sus ferias primaverales, por mantener el prestigio que les da el verse cercadas por regiones ganaderas.

Y así también, por esa peculiar idiosincrasia que el medio ambiente imprime, "nuestro" público—en general desumbrado por el mito torerista—pierde, lógicamente, en sensatez artística cuanto más alejado se halla de esta fuente de vida de la fiesta que es el campo charro.

Salamanca, abril de 1942.

"EL CLARINERO"

(De "El Adelanto", de Salamanca).



Del Norte

VASCONGADAS



PARA mí es un honor este encargo. Pero hay una dificultad insuperable para evadirlo. Porque me piden que analice ante los lectores de SI al público taurino de las Vascongadas y de Navarra, y luego que confesar, con el natural rubor, que en mis cuarenta años de revisor taurino no he visto una sola corrida de Pamplona, porque me aseguraron, de chico, que la gente no sólo baila en los tendidos al son de la chirimía, instrumento que tengo catalogado en la sección de los aborrecibles, sino que come bacalao en salsa, con lo que el espectador forastero y desentrenado tiene

que atender más a la integridad de su traje que a la lidia.

De las Vascongadas habré visto, a lo sumo, tres corridas en San Sebastián—una de ellas, por cierto, en honor de unos bravos marinos japoneses, héroes de la guerra ruso-japonesa—y una en Vitoria.

Total: Que SI se ha dirigido a un hombre que no conoce más público que el de Bilbao.

De éste si puedo decir que ama al toro por encima de todas las cosas. Los toros que se lidian en Bilbao han de ser grandes, gordos, lustrosos e impecables de cuerna y de remos. Tan llena está la plaza de Bilbao para ver descajonar los toros de sus magníficas corridas de feria, como los días en que éstas se celebran. Es un público serio, inteligente y severísimo. No tolera que se toree de rodillas, ni que se toquen los pitones, ni que se haga delante de los toros la bayadera casquivana y oriental. En Bilbao hay que torear de verdad, y, sobre todo, matar como ordenan los cánones. En una palabra: no hay guapo que se la dé con queso.

Bilbao es, además, una curiosísima excepción en todo el Norte de España. Produce toreros, como produce lingotes. De aquí... o de Altos Hornos han salido toreros como "Cocherito de Bilbao", al que aún después de muerto se le sigue rimando culto en un hermoso club de su nombre: "Fortuna", "Torquito", "Chiquito de Begoña", "Agüero", "Martín Bilbao", etc., etc., y una extensa pléyade de picadores y banderilleros.

¡Todo un misterio insondable!...

"DESPERDICIOS"

(De "La Gaceta del Norte", de Bilbao).



De Aragón

LA AFICION ZARAGOZANA



La "afición aragonesa" se nos ha pedido que hablemos, pero a la "afición zaragozana" nos circunscribimos. Por una razón sencilla: fuera de Zaragoza, capital, no hay "afición". En Huesca, en Teruel, en Calatayud, en Tarazona, en Barbastro... se dan una o dos corridas de feria "con espectadores de Zaragoza". Claro es que, como ha dicho Wenceslao Fernández Flórez en un reportaje recogido en su libro "El espejo irónico", en poblaciones españolas como las citadas "sólo hay dos aficionados y se sospecha de otro". Aficionados indudables y aficionados presunto que, en el caso de la afición aragonesa, los acumulamos a la masa de espectadores zaragozanos, puesto que, en cuanto se anuncia en nuestra plaza espectáculo de importancia, se ponen corbatas de vivos colores, aplican la cerilla a su puro respectivo y toman el tren o el autobús.

¿Cómo es el público de Zaragoza? Duero e hiriente, como el empedrado de una calle de pueblo. En las páginas de la historia de esta plaza se registran las broncas más horribles, continuadas en ocasiones fuera del circo, frente a la casa del empresario. Y muchas veces por motivos fútiles, y con el detalle pintoresco de que, a función de menor categoría, escándalo de mayores proporciones.

Típico también en esta "afición" es su "frore de manos" cuando puede echar por tierra los palos de un sombrero. Cuando se anuncia la presentación de un fenómeno descubierto "por ahí", parece hay especial satisfacción en amargarle la primera tarde. Luego se rectifica, se le reconocen sus méritos y—¿cómo no?—se da la verdadera categoría al cartel en que se incluye su nombre. Pero, desde luego, no se nos desmentirá si afirmamos rotundamente que la mayoría de los espectadores zaragozanos salen de la plaza más

contentos cuando el torero "modesto" dió el baño a una primera figura. El espectador que, al torear el "Niño de las Colas"—es un ejemplo—, dice con voz potente "¡Aprende, Guerrita!"—es otro verbigracia—, puede estar seguro que once mil espectadores, de los trece mil y pico que caben en la plaza, le acompañan, gustosos, en su denuesto. Es un triunfo de la "masa" sobre la "selección".

La afición zaragozana, alejados los tiempos de simpática pasión por Florentino Ballesteros (padre), no da trato de especial favor a los toreros aragoneses. La partida de nacimiento a nuestros noveles antes les perjudica que les favorece. Los espectadores de por acá, ante una faena, grande o chica, para juzgar de sus méritos no piden exhibición de cédulas personales.

Nos gusta en Zaragoza el toro bien presentado—toro que sea toro—, sin ser "toristas" a la manera de Bilbao. Y nos gustan los buenos toreros, especialmente los dominadores de la muleta. Público que ve buen número de funciones cada temporada, con una feria de la importancia de la del Pilar, es público que sabe dónde le aprieta el zapato, y sus opiniones pesan entre toreros y "taurinos". La plaza de Zaragoza no es una letra a la vista. En el palco presidencial podría colocarse un rótulo bien visible para los toreros de a pie y de a caballo, en el momento que los portugueses llaman de "las cortesías".

Un cartel que dijera: "En esta plaza, el que quiera honra que la gane."

DON INDALECIO



De Cataluña

AFICION Y PÚBLICO BARCELONÉS



En Barcelona hice yo mis primeras armas de crítico taurino. Pertenecía a una Peña famosa, digna de que Gómez de la Serna la hubiera consagrado un voluminoso estudio en Greñerías... Era una Peña restringida y la formaba el verdadero cogollo de la afición barcelonesa: una pequeña oficialidad sin tropas. Casi todos escribíamos; y había en el grupo representantes de todas las regiones españolas. Cada vez que moría un caballo en la arena, bebíamos un sorbito de anís.

Presencé, pues, en Barcelona, lustros de temporadas, salvo las escapadas a otras plazas y ferias, a Madrid, al Norte, a Sevilla, etc. Quiero decir que coño y me sé al dedillo aquel público, aquella afición. ¡Digo... no sé! El público, no sólo el de toros, el público en general, el de todos los espectáculos y todas las latitudes españolas ha evolucionado, ha variado mucho, se ha transformado. No sé si para bien o para mal. Desde el punto de vista de la composición, para bien. Desde el de la pasión, que vale entusiasmo, entrega a una afición, para mal probablemente.

Por aquel entonces, el público barcelonés era muy "ruidoso". ¡Qué broncas! Pero no solía llegar la sangre al río... Nunca presencié allí conatos de incendio, que ahora no se ven en ninguna plaza, pero que yo he presenciado en varias "in illo tempore", por si un toro tenía kilo de más o de menos (es decir, de menos) o era más o menos manso (mejor dicho, más)... Pero escándalos, bullanga, bastones esgrimidos y ruido ensordecedor... eran cosa harto frecuente.

Cuando venía uno a Madrid, lo que más sorprendía era aquel silencio de la inolvidable plaza vieja, en que se oía en el 10 el comentario—sin bocinazo—de un inteligente del 2. Y el ruido de las zapatillas en la arena, el choqueteo de los palitroques prendidos... Ahora, todos los públicos se han nivelado bastante:

en Barcelona se grita menos, y en Madrid se calla menos también.

Madrid tenía su abono. Era la cátedra. Daba muchas más corridas de toros que Barcelona y menos novilladas. Ahora, un empresario "sui generis" ha logrado derrotar a Madrid en cantidad de corridas y en calidad de carteles. Con desechos, tal vez, de toros; por procedimientos personalísimos de administración; pero el hecho es que allí torear las figuras el doble o triple de veces que en Madrid para vergüenza de la Empresa madrileña, que no acierta a detener el derrumbamiento de todos los tradicionales prestigios de esta plaza, que siempre fué tribunal supremo y cátedra máxima del toreo.

Barcelona gustaba antes—esto duró hasta la aparición de Ortega—de "hacer" novilleros; no diré de descubrirlos, pero sí de consagrarlos. Era como el Instituto del torero. De allí, con el cartel de allí, venía a Madrid, al preparatorio y al doctorado. ¡Al doctorado! Ogaño, hasta de tomar aquí la alternativa huyen los toreros. Desde Pepe Bienvenida, ningún matador de toros la tomó en Madrid... Y hace once años. ¡Bien haya quien vuelva por los fueros madrileños!

DON QUIJOTE



De Levante



En esta Valencia luminosa, donde es su cielo constante arco iris, podríamos decir sin rodeos se siente preferencia por los toreros "largos", de esa inconfundible escuela sevillana, tan múltiple y varia de facetas. Marcha bien ese revoltijo de suertes brillantes que sólo en la citada escuela se resuelve.

Este público valenciano de nuestra fiesta taurina, sin género de duda uno de los más correctos de España, agradece en mucho la voluntad del torero; tanto, que en muchas ocasiones, ante esta voluntad, no repara en defectos. Inteligente como el primero y con una vieja solera de aficionados de verdadera solvencia.

Esta preferencia por el toreo sevillano no es obstáculo para que fuese esta plaza la que lanzó a los cuatro vientos de la Península la llegada del "Mesías" y creador Juan Belmonte. Esto simplifica la explicación del grupo de aficionados (bastante numeroso) que son partidarios del toreo rondeño y clásico, verdad al desnudo del arte de torear. Cual todos los públicos, es fácil de convencimiento, y en esta fiesta única, donde se recoge el premio inmediato al esfuerzo, nunca anda remiso.

Buenos conocedores del elemento toro, saben que dan mejor juego los cornúpetos "correos de carne", ya que tampoco ignoran que los toros "regordios" se agotan a las pocas carreras, sin dar lugar al lucimiento de los lidiadores y, al final de cuentas, el público lo que quiere es fiesta brillante. El tipo para corridas de toros le satisface hoy con 22 ó 23 arrobas, y los novillos con sus 230 a 240 kilos.

Del entusiasmo que en esta tierra existe por la fiesta de toros queda como prueba el éxito de las últimas tres corridas falleras, en las que el empresario colocó el deseado cartelito "No quedan localidades".

"RECORTE"

(De "Levante", de Valencia).



De Andalucía oriental COMO LO VI Y COMO LO VEO

MATIZAR las diversas formas de reaccionar ante el espectáculo taurino del público del Suroeste de Andalucía — Córdoba, Jaén, Granada, Málaga y Almería no es tarea fácil, porque en los espectadores de este sector de España se han operado muchos cambios; se han dividido las opiniones y los gustos de tal forma que, francamente, no creemos sea este — el de ahora — "nuestro" público.

Mi convicción es firme, porque he logrado conocer diversos públicos en varias épocas del toreo, y muy particularmente desde los buenos tiempos de Ricardo Torres "Bombita" y Rafael González "Machaquito", hasta los de hoy.

Al público de "aquellos" tiempos le llevaba a la plaza el toro. Al actual, lo atrae el torero. En los tiempos actuales gustan más — por estas latitudes — las faenas preciosistas que las realizadas con amor propio. Claro es — justo es decirlo — que no existe, ni mucho menos, el peligro de antaño, y por esto quizá sea por lo que el valor no se cotiza tan alto como el arte alegre, pinturero y de pura filigrana: de "barroquismo" con la percalina y con la franela. Como consecuencia de esto, el público ha dejado en el olvido otras admirables suertes del toreo, entre ellas, la bella de varas y la bizarra suerte suprema. Y así se ha dado el caso de que en la plaza malagueña, ante un pase por alto, estatuario, majestuoso — ¡valgan verdades! —, la gran masa de espectadores, puestos en pie sobre sus asientos, pidieron a la Presidencia — que la concedió — la oreja del astado para un espada que había recibido los tres avisos por su evidente desacuerdo con el estoque.

El público de mi tierra malagueña — el público actual — no es dado a animar y proteger a los diestros noveles. Ni en la calle ni en el ruedo. Pasaron los tiempos de Paco Madrid, "Larita" y otros, que lograron el aliento y el entusiasmo ferviente de su público, creando "partiditas" que llenaban las localidades de la plaza cuando ellos actuaban y originaban en los tendidos del coso, y hasta en las calles inolvidables "broncas". Después ya, uno de nuestros últimos paisanos — el Niño de la Palma — sufrió en esta plaza malagueña los mayores desvíos del público, que perdió el entusiasmo por los toreros de la tierra, desde la esfumación de aquel "Joseito de Málaga", rival constante de "Carnicerito" y peleón con base frente a la torería de fuera.

Todo lo contrario del público cordobés — ¡manes de "Lagartijo", "Guerrita", "Machaquito" y Manolete padre —, que es entusiasta y alienta a sus principiantes. Poca cosecha obtienen, a pesar de abonar mucho; pero algo recogen.

De los restantes públicos de Andalucía oriental, el de Granada hace también lo posible para crear toreros que prolonguen la tradición de su "Frasquito" y sus "Lagartijillos"; parece que la semilla no agarra, por ahora.

Pero, de un sitio u otro, todo volverá. Si me encargó una "faena" breve. Y para hacerla más breve, la remato "en los bajos" de la cuadrilla que firmo.

"ALAMARES"

(De "Sur", de Málaga)



De Andalucía occidental EL PÚBLICO DE TOROS DE SEVILLA



ECIENTEMENTE, en una conversación sobre las corridas de toros de la próxima feria de abril, escuché de un taurino significado esta confidencia:

—Sevilla cuenta con un público y una afición, ante los que ningún torero ha osado "descararse" todavía.

Quería decir, simplemente, que este público no ha abdicado por entero — quitamos por nuestra cuenta y por la experiencia de nuestra observación un poco de intensidad a la frase transcrita — sus prerrogativas. Precisamente por esta razón, bien conocida de los que en la actualidad se visten de torero, las corridas de Sevilla tienen siempre mayor dureza que en casi todos los ruedos de España.

Citemos, como ejemplo, la prueba con Miura, que este año se repite.

Desde "Guerrita" — ¿para qué remontarnos a épocas más remotas? — todos los toreros, por muy alto que hayan llegado, tienen que cumplir con el público sevillano el compromiso de torear los toros de Miura de la corrida de abril, toros cuya lidia — como es bien conocido — está reservada en todos los demás ruedos de España a espadas de segunda o tercera categoría.

A pesar de este respeto de los profesionales del toreo, nosotros estimamos que el público de Sevilla ha perdido en la actualidad muchos puntos en aquella objetividad certera y justa que le había ganado la fama de ser el más ecuaníme de España. Mantiene, por ejemplo, una intransigencia respecto a las novedades, que hace con frecuencia realmente difícil la integración de los carteles de toda una temporada, por la razón — aun no comprendida por la gran masa de aficionados — de que todas las funciones no pueden acoplarse a base de toreros consagrados en el propio ruedo del Arenal. Y así se ha dado recientemente el caso de toreros de positivo mérito que, después de llenar más de una vez la plaza madrileña, presentáronse en la Maestranza ante un vacío desconsolador.

Por contrapartida de esta inconsecuencia, podemos señalar con entera verdad la repulsa unánime a las reses faltas de respeto, hasta el extremo de que es proverbial entre ganaderos y toreros lo que en Sevilla no pasa en novilladas, se lidia en muchos sitios de España, sin incidentes, en corridas de toros de gran postín. Porque no es un secreto, se puede escribir que ganaderos de tanta escrupulosidad como los señores Hijos de Pablo Romero, dejan pasar temporadas y temporadas sin lidiar reses en la plaza de Sevilla, "porque no encuentran en ninguna camada un lote que pueda presentarse en la Maestranza". Y la misma razón alega la señora Viuda de Concha y Sierra, D. Félix Moreno, etc., etc.

Si este mismo sentido del verdadero valor de la fiesta se mantuviera en todos los órdenes, sería enteramente exacto el concepto que en otros medios tienen del público sevillano. Pero ello no es así. En realidad, se va deformando el gusto y el instinto de nuestro público, que se manifiesta ahora con frecuencia de manera realmente desconcertante.

Sin pretender concretar un cuadro completo de las características específicas del público de toros de Sevilla, podemos señalar como más principales las siguientes:

Primera. Falta de fe en los toreros noveles, sobre todo si no son de Andalucía.

Segunda. Intransigencia con las "combinaciones" de entre bastidores de las primeras figuras.

Tercera. Intolerancia absoluta a reses faltas de respeto, y

Cuarta. Seguridad en el juicio colectivo. Porque es evidente que todos los que ganaron en la Maestranza la consideración de toreros, ganaron también, por las buenas o por las malas, la cúspide de su categoría.

Finalmente diré que estas cualidades del público sevillano irradian al ambiente taurino de otras ciudades del Sur occidental de España — Cádiz, Huelva, Jerez de la Frontera, Puerto de Santa María, Badajoz —, donde, salvando un entusiasmo de tipo localista, sólo caben los espectáculos justos de los días solemnes, a base siempre de primeras figuras, precisamente por la falta de fomento de la afición que supone la indiferencia ante los valores "exóticos".

Enrique VILA

(De "FE", de Sevilla.)



De la zona centro

LA AFICIÓN DE LA ZONA CENTRAL



¿CÓMO es el carácter local la masa de aficionados taurinos de la región central de España?

Al examinar el problema hay que declarar previamente que en esta zona no está incluida la plaza madrileña, sino sus alrededores. Y añadir que estos alrededores tienen la amplia extensión de cien kilómetros a la redonda.

Echemos por delante que la zona central de España se ha destacado siempre por su buena producción de toros y toreros. En Aranjuez nació Ángel Pastor. Segoviano es el enigmático Victoriano de la Serna. Alcarreño es Saleri, el jubila-do. Y toledano, y de los buenos, es el famoso espada Domingo Ortega. Tampoco en toros anda mal la región referida. Las ducales vacadas ribereñas de Veragua y de Tovar hicieron en sus prados su abuelo, como las serranas numerosas, desde Esteban Hernández hasta Montoya, y las muy famosas colmenareñas, con siglos de brava ranciedad, que pregonan el renombre de los Martínez, los Bañuelos, los Gómez y los Aleas.

Es indudable que en terrenos así "productores" de la fiesta ha de dominarse por fuerza la crítica técnica del toreo.

Pero así y todo, la afición de estos alrededores no tiene en realidad un carácter definido, una recia personalidad. Y es que la permanente infiltración de la afición madrileña "excursionista" borra en absoluto su esencial fisonomía. La afición madrileña desborda, en efecto, la capital, y alimenta su andariega predisposición, persiguiendo el perfil torero por los cosos de las cercanas poblaciones.

Y unas veces es un ferial famoso y tradicional el que, casi a las puertas de Madrid, se celebra; otras es el anuncio de una divisa desterrada de la plaza grande o el renombre de un torero peleado con la Empresa madrileña lo que justifica el viaje a las afueras con la bota al hombro, que es lo castizo en estos casos. Cuando no son los toros el pretexto de la excursión.

¿Quién no estuvo un domingo estival en los toros de Segovia sólo por el gusto de pasar la mañana deliciosa en La Granja? ¿Quién no volvió de una corrida primaveral de Aranjuez sin más recuerdo de la fiesta que el sabor de los ricos fresones?

Así los elementos que integran un programa de éstos — lidiadores y ganaderos — saben que la afición madrileña integra buena parte del público, lo que valoriza, naturalmente, en el graderío tanto el elogio como la censura.

Diríase, utilizando un símil jurídico, que el público madrileño tiene jurisdicción prorrogada en los circos de la zona central.

El cronista tiene aquí que declarar que fué siempre un apasionado entusiasta del bullicioso excursionismo taurino, desde los tiempos heroicos del tren "botijo", con parada en todas las estaciones, hasta la cómoda época del coche de turismo..., con parada en todos los bares.

¡Cuánta alegría antecedente en los preparativos de estos viajes! ¡Cuánto inolvidable recuerdo!

Un día detonante, de feliz y ruidosa juventud, fuimos a torear en una becerra aristocrática de Alcalá de Henares. Otra tarde de trueno fuimos a Aranjuez a ovacionar a Ricardo Bomba y a darle el "trágala" a Mosquera, que lo tenía desterrado de la plaza de Madrid. Otro alegre día fuimos a Toledo a presenciar la triunfal prueba de Belmonte cuando volvió a dejarse la coleta. Y otro día triste, muy triste, fuimos en mala hora a Talavera a presenciar la tragedia que nos arrebató al más grande de los toreros.

Pero en todas esas romerías de afición y juventud fuimos llenos de ilusión, esa "dorada ilusión de alas abiertas", que es alma y vida de la fiesta de toros.

CURRO CASTAÑARES



De Madrid

EL ACTUAL PÚBLICO MADRILEÑO



E ha repetido hasta la saciedad que el público de Madrid es el más inteligente de España. Puesto en trance de corroborarlo o de negarlo, más me inclinaría a aquello que a esto. Existe una razón, entre otras, que justifica esta supremacía crítica de los madrileños sobre

los demás públicos españoles. En el albero de la Monumental por antonomasia se celebran bastantes más festejos que en ningún otro. Ello hace sobradamente comprensible que en Madrid exista, al par que una mayor — y más numerosa — afición, más saber e inteligencia tauró, maca que en otras plazas.

Sin embargo, al coso de la capital de España acude (como a todos los cosos habidos y por haber) un sector grande de espectadores que no saben distinguir un "farol" de una "revolera". Es la masa neutra, es el público que va no a ver cómo se lidian los toros, sino a ver — en el mejor de los casos — cómo "queda" este o aquel torero.

Pero este público es, generalmente, comedido, y se deja arrastrar con facilidad por las apreciaciones del sector inteligente — la cátedra —, sumándose pronto y de buen grado a sus muestras de aprobación o desagrado.

Sentada esta personal apreciación, me refiero ahora al público como un todo homogéneo.

Siendo, sin duda alguna, inteligente, no siempre es ecuaníme.

A las veces lo creo indulgente en demasía, mientras que otras es injustamente severo. Podría apoyar este aserto con referencias que no son del caso sacar a colación. Una sola, como muestra: ¿Qué es sino excesiva benevolencia su actitud, recientemente censurada con justicia por toda la Prensa, con los espontáneos que, con mayor frecuencia de la que fuera menester, perturban la lidia con sus siempre desdichadas intervenciones?

En otro aspecto, dudo de que exista un público más consecuente y dócil. Es puntual en acudir siempre a las citas. Y lo hace sin queja ni protesta de ninguna clase. Quizá por ello se abusa de él con una lamentable frecuencia. Toda muchedumbre, pero ésta más que otra ninguna, tiene alma infantil.

Ocasionalmente, el "palsanismo" le ha llevado a sufrir ofuscaciones. Ello es humano y disculpable si se tiene en cuenta que la dicha razón no le arrastró nunca a cometer grandes errores.

Por lo demás, el público de Madrid — como casi todos los públicos — posee virtudes y defectos. Es tornadizo, voluble y en algunos momentos llega a rozar la frivolidad. Pero también sabe ser justo y ecuaníme, no aceptando falsas aureolas de oropel y percalina.

Y como la más grande de aquellas virtudes tiene, sin duda de ningún género, la de ser uno de los públicos más correctos y educados de España.

A. BUTLER

(Director de "Sol y Sombra", de Madrid.)



El toro de cinco y el torero de veinticinco.

¡Toma toros y dámelo todo!

Agua cerca y vaca blanca, sacan peso y hacen casta.



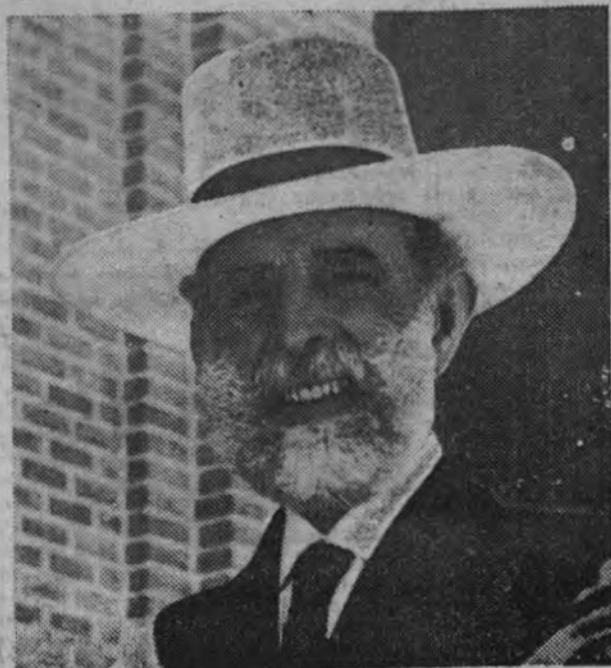
GALERIA GANADERA DE HONOR



Excmo. Sr. D. Juan Pedro Domecq



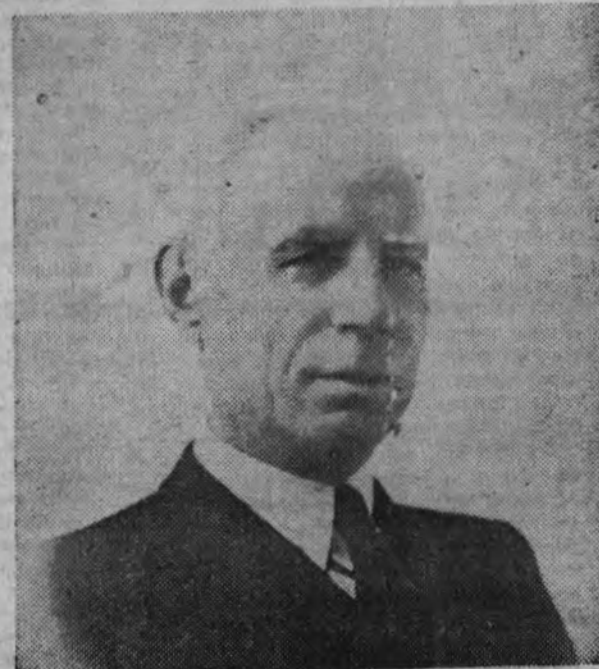
Antigüedad: 2 agosto 1790
Divisa: blanca y encarnada
JEREZ DE LA FRONTERA
(Cádiz)



Don Manuel García Aleas



Antigüedad: finales siglo XVIII
Divisa: encarnada y caña
COLMENAR VIEJO
(Madrid)



Don Félix Gómez Ugalde



Antigüedad: 3 octubre 1831
Divisa: azul turquí y blanco
COLMENAR VIEJO
(Madrid)



Don Félix Moreno Ardanuy



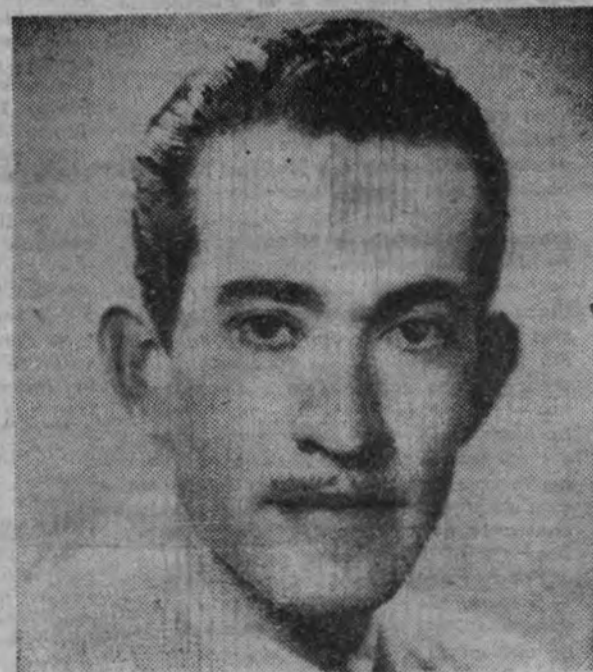
Antigüedad: 14 julio 1845
Divisa: Azul celeste y blanca
SEVILLA



Excma. Sra. D.ª Carmen de Federico, de Urquijo



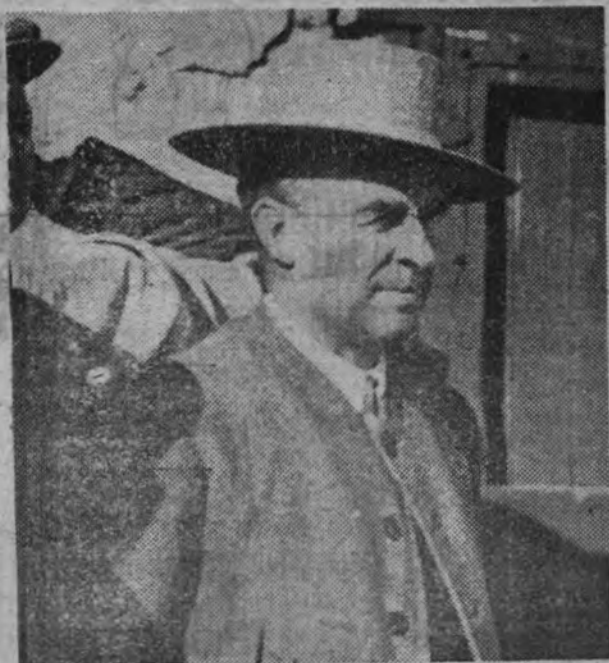
Antigüedad: 13 octubre 1848
Divisa: negra y grana
MADRID



Don Eduardo Miura Fernández



Antigüedad: 30 abril 1849
Divisa: grana y verde
(Negra y verde, en Madrid)
SEVILLA



Don Antonio Pérez Tabernero



Antigüedad: 7 julio 1907
Divisa: amarilla, azul y encarnada
MATILLA DE LOS CAÑOS
(Salamanca)



Excmo. Sr. Conde de la Corte



Antigüedad: 17 mayo 1928
Divisa: encarnada, oro y verde
ZAFRA LOS BOLSICOS
(Badajoz)



Don José Escobar



Antigüedad: sin presentar
Divisa: oro, verde y negra
MÁLAGA